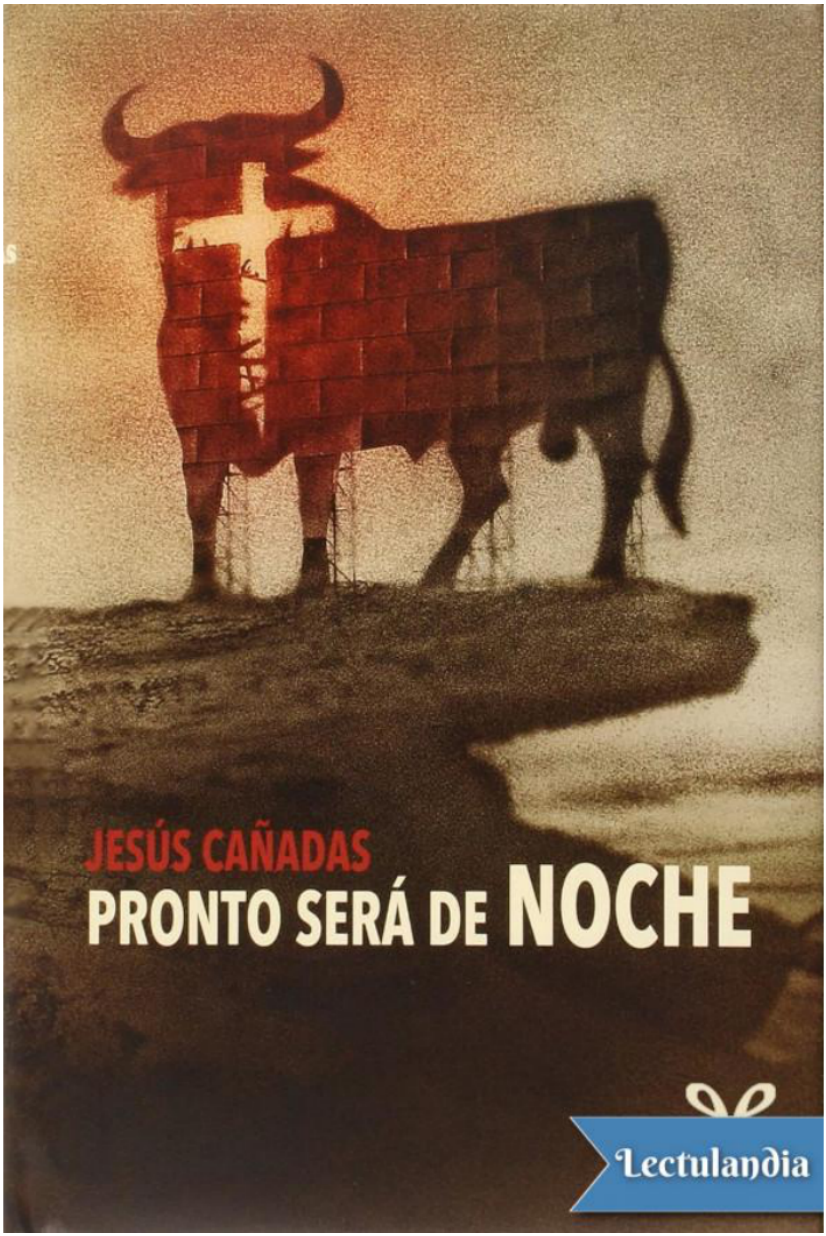
JESÚS CAÑADAS
PRONTO SERÁ DE NOCHE
Lectulandia

«Pronto será de noche, pero no habrá diferencia. El cielo, seguirá teniendo ese color incómodo. El fuego que baila en las ventanas sacará a la ciudad de su ceguera. Será de noche, pero no estará oscuro. Caerán pájaros muertos del aire. Golpeando el suelo con un sonido de guantes empapados».

Ese de ahí es Samuel. Es policía, o lo era. Ahora está atrapado en un atasco infinito. Como tú y como yo. Miles de coches en medio de una autovía que se dirige hacia el sur; aunque eso poco importa. Lo que importa es que huimos. Somos una multitud desesperada rumbo a ninguna parte mientras el mundo se derrumba a nuestro alrededor.

La negrura se extiende detrás de nosotros, nos persigue. No nos queda más que avanzar. Los metros cuestan horas, el calor sofoca, el aire es de barro. Y justo cuando parece que nada puede empeorar, sucede: en medio de esta nada inmensa, un conductor ha aparecido muerto. Estrangulado.

Samuel necesita descubrir quién ha sido, y sobre todo por qué. Por qué aquí, por qué ahora. Mientras la oscuridad avanza y el tiempo se acaba, un simple acto puede bastar para darle sentido a todo.

Así que vamos, vuélvete a tu coche. Acurrúcate en el asiento. Cierra por dentro y, por favor, no te duermas. Por lo que más quieras, no te duermas. Porque cuando caiga la noche, tú podrías ser el siguiente.

Jesús Cañadas

Pronto será de noche

Valdemar: Insomnia - 8

ePub r1.0
Titivillus 25-12-2024

Título original: *Pronto será de noche*
Jesús Cañadas, 2015
Ilustración de cubierta: Óscar Sanmartín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Albo López

Todos los que esperaban estar muertos antes del fin del mundo miraron hacia arriba y sintieron en sus estómagos lo que siempre temieron.

ALAN MOORE

Una especie de contradicción con la vida humana. Una búsqueda de la desgracia, de la infelicidad.

JULIO CORTÁZAR

Solo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros, pero conozco cómo acortar las veredas.

JUAN RULFO

PRONTO SERÁ DE NOCHE, pero no habrá diferencia. El cielo seguirá teniendo ese color incómodo. El fuego que baila en las ventanas sacará a la ciudad de su ceguera. Habrá árboles crepitando sobre montañas de brasas, como ahora. El olor seguirá ahí. Y el estruendo. Será de noche, pero no estará oscuro. Caerán pájaros muertos del aire. Golpeando el suelo con un sonido de guantes empapados. Igual que ahora.

El coche se mueve a trompicones. Hay dos hombres sentados delante. Están hablando. No puede verles. Le han tapado la cara con algo negro, un pasamontañas, un verdugo. Ahí dentro huele mal. No sabe si se trata del pasamontañas o del coche. Fuera huele peor. El coche traquetea. Se detiene, vuelve a moverse y a detenerse una vez más. Como si le costase avanzar. Como si algo o alguien intentase detenerlo cada pocos metros. Él, desde el asiento de atrás, dentro de la negrura del pasamontañas, no puede hacer nada salvo sentir un vacío en el estómago y pensar: esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Una mujer grita cerca de ellos. Pide auxilio. El coche acelera, el grito se aleja. Se desmenuza en el aire y lo reemplazan otras voces. Otras bocas. Es la última vez que viaja en coche.

Los dos hombres le insultan.

Esto se acaba.

Cabrón.

Quién lo iba a decir.

Hijo de puta.

Casi te hacemos un favor.

Cerdo.

Él no contesta. Se aburren, o deciden que no vale la pena gastar saliva. Está tumbado en el asiento de atrás. No le han atado las manos. No le han atado los pies. Podría moverse pero no se atreve. Tampoco sabe qué podría hacer. Abrir la puerta, salir del coche y

echar a correr. Es la idea más estúpida que se le podría ocurrir a cualquiera. Saltar de un coche con la cara cubierta. No, mejor quedarse ahí. Mejor no moverse. Dentro de lo negro se está seguro. Dentro no tiene que ver el color del cielo. No tiene que mirar por la ventanilla. No tiene que enfrentarse a lo que pasa en la calle.

Esto se acaba.

Lo negro está bien. En lo negro no hay caras, ni bocas. Ni cielo.

El coche se detiene. Los cierres chasquean. Se han bajado. Una ráfaga de aire frío se le mete por las perneras. Se abre la puerta de atrás. Él se encoge. Dos pares de manos lo agarran, tiran de él. Lo revuelcan por el suelo. Rueda de la misma manera que rueda un saco lleno de algo que se ha podrido. Ya no le hablan.

Este es el momento en que debería decir algo. Intentar convencerles. Suplicar, a lo mejor. Pero de qué serviría. Como si suplicar hubiese librado a alguien de lo mismo que está a punto de sucederle a él. Está temblando. Una mano le arranca el pasamontañas. Preferiría que no lo hubiera hecho. Ahora puede ver.

Tiene miedo.

Están en un descampado junto al Manzanares. La hierba está seca. Hay fogatas cerca. Gente que ha prendido fuego a su familia. Que ha prendido fuego a sus amigos. Que ha prendido fuego a desconocidos. Algunas figuras todavía se mueven. Desde aquí se ve el Puente de Segovia. Hay personas saltando desde el puente. Un goteo de personas. Una. Otra. Otras dos, abrazadas.

El viento trae hasta ellos el sonido que hace la ciudad al morir. Todos los edificios que se ven desde aquí están ardiendo. No son una excepción. La ciudad entera está en llamas. Sobre sus cabezas se extiende ese color incómodo. Pronto será de noche, pero no habrá diferencia. Para entonces ya lo habrán matado.

En algún momento lo han puesto de rodillas. Ni siquiera se ha dado cuenta. Están detrás de él. Se oye el *clic* que emiten las pistolas que se amartillan. No suena como uno se imaginaría. Una bala va a alojarse en su cerebro. Es la última vez que piensa en balas. Es la última vez que piensa que no quiere morir. Los dos hombres vuelven a insultarle.

El coche está cerca de ellos. Un coche normal, anodino, de color oscuro. Un aparato sobre el techo emite ráfagas y ráfagas de luz azul. Su nombre técnico es *led*, aunque todo el mundo lo llama

pirulo. Él, de rodillas, las manos sobre la cabeza sin que nadie se lo haya pedido, mira la luz del *led*. Las ráfagas de luz azul le cubren, le bañan, y siente que se va. Se vuelve a ir. Primero el aura, luego la visión, luego la nada. Le tiembla la mandíbula. En otras ocasiones se ha mordido la lengua y ha sangrado. Sus manos se sacuden. Sus ojos se elevan más allá de la ciudad moribunda, desaparecen tras los párpados.

Una pistola se apoya en su nuca.

Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Es la última vez que tiene una ausencia.

1

DE VEZ EN CUANDO SE PELEAN ENTRE ELLOS. Alguien que pierde los nervios. Se insultan. De alguna parte llegan gritos. A veces son de niños, de mujeres. Una vez sonó algo que parecía un disparo. Todos salieron a mirar, pero nadie supo de dónde venía. No pasó nada más. Samuel echó mano a la guantera. Si hubiera sido cerca, quizá la gente habría echado a correr y esto se habría acabado. No fue así. No se ha acabado nada.

Excepto el mundo.

Por lo menos ya no suenan los cláxones.

Samuel está en el carril central. Si mira a través del parabrisas ve coches. Tres carriles atestados que se extienden hasta donde alcanza la vista. Kilómetros de coches parados delante del suyo en mitad de una autopista de tres carriles. Gente que huye de lo que está pasando. Como si hubiese algún lugar al que huir.

Si mira hacia el carril de la izquierda, Samuel ve el coche de Ruth. Detrás de ella está el coche de Tote, y detrás de él asoma la cabeza del autobús de los niños. Frente a Samuel, en el carril central, está la chatarra de Alicia, y detrás de él la caravana del hippie, con esas lunas tintadas que tanto lo mosquean. En el carril de la derecha está el coche de Abreu, luego el coche amarillo, seguido del taxi de Alfonso.

Al principio son solo rasgos. El hippie de la caravana. El médico del coche amarillo. El flacucho con mala pinta del coche hecho polvo. La chica de las gafas. Pero poco a poco, a medida que las horas han ido dando paso a los días, se han convertido en personas. En personas importantes. Quién sabe, si eso que tienen atrás les alcanza, si el cielo vuelve a adquirir ese color incómodo, serán las últimas personas con las que hable.

Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Samuel no sabe quién está delante de Ruth, de Alicia o de Abreu. No sabe quién anda por detrás del autobús, o del hippie, o del taxi de Alfonso. Tampoco le importa. Para él, para todos ellos, el mundo se ha convertido en un escenario a medio desmontar. Cree que Alicia conoce al que tiene delante, pero no habla mucho de él. Todo se vuelve borroso un par de coches en cualquier dirección. El asfalto tiembla en el aire cargado de gases. Son un tablero de ajedrez en el que ya no juega nadie. De vez en cuando se pelean entre ellos. Una vez sonó algo que parecía un disparo. Qué más da. Cientos de miles de coches que apenas se mueven. Gente parada que intenta escapar de lo que tienen detrás. De ese color incómodo. Como si hubiera un lugar adonde hacerlo. Veinte metros por la mañana. Cincuenta cuando empieza a refrescar. Uno se despierta sobresaltado en mitad de la noche, arranca, conduce quinientos metros, intenta dormirse de nuevo. Las luces de freno titilan de un modo que hace pensar en un código de señales que nadie sabe traducir porque en realidad no dice nada. Las ideas que se le meten a uno en la cabeza. Las horas pasan lentas. Cociéndose en el calor y el aburrimiento.

Y ahora esto.

Samuel, dentro de su coche, mira a su derecha.

Al coche amarillo.

Ahora, esto.

Samuel está delante del coche amarillo. Ahora mismo no sabría decir de qué marca es. Suele retener en la cabeza los detalles. Es lo que hace un buen policía, y Samuel es uno de los buenos. Pero desde que está en la carretera no lo consigue. Todos los coches se han convertido en el mismo.

Si cierra los ojos, Samuel es capaz de decir en voz alta la matrícula de los ocho automóviles que rodean al suyo. El coche de Samuel está en el carril central. Frente a él está la chatarra de Alicia. Luego el de Abreu, el del médico, el taxi de Alfonso, la caravana del hippie, el autobús, el coche de Tote, el de Ruth y de nuevo el de Alicia. Todo empieza y termina en Alicia. Samuel sabe recitar todas las matrículas. También puede hacerlo en sentido contrario a las agujas del reloj. Pero por algún motivo las marcas se le escapan. Quizá hay algo que no funciona en su cabeza. Quizá es un tumor. Quizá se está muriendo.

No quiere pensar en eso.

No quiere pensar en el sueño que tuvo anoche.

Está amaneciendo.

El coche amarillo es un deportivo caro. Tiene dos puertas delanteras y un maletero. Eso significa tres puertas. Un coche caro. Deportivo. Para acceder a la parte de atrás hay que reclinar el asiento del copiloto. Probablemente también se pueda reclinar el del conductor. Ahora mismo no podría comprobarlo. A primera vista, el coche amarillo funciona. Tiene las luces encendidas. El motor ronronea, un gasto de gasolina inútil, aunque la gasolina del coche amarillo ya no vaya a servir. Las llaves están puestas en el contacto. Los cierres echados. Los limpiaparabrisas se mueven, la goma rechina contra el cristal con un sonido desagradable. A Samuel le recuerda a algo. Un niño llorando, quizá. O ese sonido que hace un perro cuando uno le da una patada. Chirrido, pausa, chirrido. Probablemente haya molestado a todo el mundo durante la noche, no lo sabe. A él no le ha molestado. Se acordaría. Es lo que hacen los policías. Recordar detalles que resuelven un caso.

Un caso como este.

Dentro del coche amarillo hay un cadáver.

Samuel no es el único que contempla el coche amarillo. Hay más personas junto a él. Tres, en total. Tote, Abreu y Ruth. Alfonso está encerrado en su taxi. Inés debe de estar en el autobús, con los niños. Acaba de amanecer. Alicia no se habrá despertado todavía. Samuel tiene ganas de hablar con ella. El cielo clarea. Dentro de poco saldrá el sol.

Samuel no quiere pensar en eso. Prefiere pensar en el coche amarillo, en el cadáver. En qué van a hacer.

—¿Qué vamos a hacer?

El que ha hablado es Tote. El flacucho con mala pinta. Está mirando a Samuel. Tiembla, aunque Tote siempre está temblando. Siempre muy nervioso. Samuel le conoce desde hace poco tiempo. Tote es muy delgado. Tiene el pelo castaño y largo. Entradas que le llegan hasta la mitad de la cabeza. Perilla descuidada. Ojos de rana. Tote apoya el peso en un pie y en otro. Se rasca los antebrazos. Mira a todas partes. Al cielo. Hacia atrás. Tote no debería mirar hacia atrás, pero lo hace.

Tote repite:

—Samuel, ¿qué vamos a hacer?

—De momento meteos en los coches. Tengo que pensar en cómo ha pasado esto.

Todos le miran. Le gusta la sensación de que le miren. De que esperen a ver qué quiere decir. De que dejen que él se encargue.

Abreu, claro, es el primero en protestar:

—¿Cómo que nos metamos en los coches? ¿Con este marrón?

Abreu viste mejor que cualquiera de ellos, pero huele peor. Tendrá unos treinta años, la nariz ganchuda y muy mala cara. Se nota que se depila el entrecejo. El coche de Abreu está a la derecha del de Alicia. Eso significa cerca. Aquí todo está cerca. Pero esto queda muy lejos de todo.

Abreu se está quedando calvo. Aunque no le va a dar tiempo.

—Esto no es un marrón, Abreu. Es una persona muerta. Necesito entender cómo ha sucedido y no quiero que estéis en medio.

—Está cerrado por dentro.

Esa ha sido Ruth. Acaba de intentar abrir la puerta del copiloto. Ruth es una cincuentona espigada, raíces grisáceas ensuciando una cabellera oscura y lacia. Conduce un vehículo familiar, ancho y de color metalizado. Tiene siempre la cara arrugada, como si todo le diese asco. Samuel ha hablado poco con ella, pero eso es porque ella habla poco con todo el mundo.

Samuel repite:

—Meteos en vuestros coches, por favor.

Tote pregunta:

—¿Y si empezamos a movernos?

Samuel se está enfadando.

—Mira para delante, Tote. No vamos a empezar a movernos. Haced el favor de meteros en vuestros coches.

Esta vez le hacen caso. Ninguno rechista. Samuel se queda delante del coche amarillo. Cruzado de brazos. Los ojos cerrados. Respira hondo. Cálmate, se dice. Cálmate.

Esta gente te necesita.

Le necesitan.

Acaba de empezar.

Ya ha salido el sol. Un círculo de luz cruel que abrasa una orilla interminable de coches. Samuel se pregunta adónde van. Se pregunta cuánto les queda para encontrar el desvío, la bifurcación,

la salida que les lleve más cerca de su familia, de sus amigos. Más cerca de comprobar que no hay salida.

No mires atrás, se dice. No mires al cielo.

A su derecha hay un coche amarillo con ventanas sin vaho.

No lo mires, se dice. Aún no. Mira al frente. Hacia Alicia. Se acaba de despertar. Eso es, mírala a ella.

Tiene que contarle lo que ha pasado.

Samuel no es un tipo imponente. Apenas sobrepasa el metro setenta, pero tiene las manos grandes y velludas, los hombros anchos. Cara de seriote. Ahora que ha dejado de afeitarse, su expresión se ha vuelto agreste, casi amenazadora. Sabe sonreír, claro que sabe sonreír. Pero no suele hacerlo. Le han pegado más de una vez. Lo evidencian las pequeñas hendiduras que tiene en la mandíbula y en los pómulos. Ahí no crece la barba.

El automóvil es rojo. Samuel mira por la ventanilla. Alicia está despierta. Tiene las manos sobre el volante. Manos regordetas, de piel pálida y aspecto delicado, con las uñas muy cuidadas y diminutas. Tiene las gafas puestas, unos cacharros gruesos de pasta marrón, demasiado grandes para su cara. Está mirando al frente, a nada en particular. Suele hacerlo, pero en eso no es diferente de los demás. Sus ventanas sí tienen vaho. Samuel golpea el cristal con los nudillos. Alicia pulsa un botón, el cierre salta y Samuel abre la puerta. Una vaharada de olor corporal lo abofetea. No le resulta desagradable. Antes de entrar se recoloca los vaqueros y se peina con los dedos. El pantalón le empieza a bailar en la cintura. Aún no se ha preguntado cuántos días pasan hasta que uno se muere de hambre.

Alicia dice:

—Buenos días, madero.

Se acomoda en el asiento. Está bien que sea él quien le dé la noticia. Es lo correcto. Aunque pensaba que sería más fácil hacerlo. Empieza a hablar. Tose. Vuelve a intentarlo.

—El médico está muerto.

Alicia echa la cabeza hacia atrás. Tiene los ojos muy abiertos. Muy claros y muy abiertos. Aún no se ha peinado. Mechones negros desordenados. Se diría que no se da cuenta cuando sus manos se cierran sobre su prominente barriga en un gesto protector. Alicia está embarazada de nueve meses. Viaja sola.

—No me jodas.

Alicia tiene una voz aguda pero suave. Samuel pensaba que todas las embarazadas son seres dulces que irradian ternura allá donde van. Eso demuestra que Samuel no ha tenido cerca a una embarazada en su vida. Alicia es la prueba de que se equivoca.

Samuel no dice nada. Ella pregunta:

—¿Cómo ha sido?

Duda si explicárselo o no, pero se da cuenta de que lo sabrá todo con pelos y señales antes de que anochezca.

—Lo han estrangulado.

El mentón de Alicia tiembla. Es demasiado joven para estas noticias. Es demasiado joven para todo lo que está pasando.

—Joder, coño. ¿Cómo…? ¿Quién…?

La interrumpe un pitido estridente. Se le arruga la cara. El pitido se repite. Es un teléfono móvil. El teléfono móvil de Alicia. Está sobre el salpicadero. Vibra. Suena. Alicia lo mira. Samuel lo mira. Alicia lo coge. Hay un nombre en la pantalla. Un dedo se desliza y guillotina el pitido. Alicia devuelve el teléfono al salpicadero con una mezcla adulterada de desgana y alivio.

—Perdona.

—No pasa nada.

Sigue un silencio.

—¿Quién ha sido?

Samuel apoya la cabeza en el respaldo del asiento. Buena pregunta. Quién ha sido. En el carril de la derecha, Abreu intenta aparentar que no les está espiando. Ruth, a su izquierda, no es tan considerada. Quién ha sido. Porque ha sido alguien.

—Lo ha encontrado Tote. Debe de haber sucedido por la noche.

—No creerás que ha sido Tote.

La voz de Alicia se hace agua. Sus mejillas enrojecen, vuelve a protegerse la barriga con un brazo. Le brillan los ojos.

—No sé quién ha sido. Pero lo voy a averiguar.

—¿Cómo que lo vas a averiguar?

Samuel se encoge de hombros y abre la puerta.

—Soy el único policía que hay por aquí.

Antes de cerrar la puerta, escucha la voz de Alicia, hablando más para sí misma que para él:

—No creo que fuera médico de verdad.

Samuel cierra la puerta del coche de Alicia. Ruth le sigue con la mirada. Su boca se arruga en una mueca de disgusto. Una mosca pasa volando delante de sus ojos. El aire acondicionado ruge, ahogando su zumbido. Está puesto al máximo. La piel de sus brazos, erizada. A su derecha, Alicia apoya la cabeza en el volante. Parece que está llorando. Probablemente no se cree lo que ha pasado.

En el retrovisor, las arrugas alrededor de los ojos de Ruth se acentúan.

—Pobrecita de ti. Das asco, hija. Tendrías que haberte quedado en casa. Como te nos pongas de parto aquí, buena nos la vas a liar. Y ahora encima sin médico.

Ruth tiene las manos sobre el volante, un gesto tan parecido al de Alicia y a la vez tan distinto. La mosca se posa sobre su mano derecha.

En un susurro, dice:

—No te preocupes, cariño. Ya casi estamos en casa. Enseguida llegamos. Que les den a todos estos. Un poco más y llegamos a casa. Eso, a casa.

Ruth separa la mano izquierda del volante. El aire acondicionado ruge. La levanta. La mosca no se mueve. Ruth la contempla. La mano levantada, quieta. El vello de su piel, erizado. Da un manotazo.

Y aplasta la mosca.

2

DENTRO DEL COCHE AMARILLO HAY UN CADÁVER. El cadáver de un hombre.

Samuel no recuerda su nombre. Se lo dijo al principio. No lo volvió a repetir. Es curioso, recuerda el de los demás pero el suyo se le ha olvidado. A lo mejor él tampoco recordaba el de Samuel. No se puede decir que fueran amigos. Aquí no hay de eso. Pero habló con él. Le contó cosas.

Probablemente averiguaría algo más si lo examinase de cerca, pero tendría que forzar la puerta. El coche amarillo está cerrado. Los cierres están echados. La llave en el encendido, girada. No hay otra manera de entrar. Ni de salir.

Tengo un asesinato. Tengo un cadáver. Tengo un coche amarillo cerrado por dentro.

Samuel aprieta los puños contra el cristal del conductor. Si da un puñetazo, probablemente rompa el cristal, pero es más probable que se parta la mano o se haga un corte. Respira varias veces. El calor está empezando a aumentar. Huele a tierra, un olor áspero, seco. Todos lo están observando, Samuel lo sabe. Abre las manos. Se va calmando poco a poco.

Tengo algo más.

Quién ha sido.

Tengo un asesino. Joder. Alguien ha matado al médico. No sabe cómo ha podido salir de un coche cerrado por dentro, pero se lo va a preguntar. En cuanto lo encuentre. Porque va a encontrarlo. Es lo que hacen los policías. Y Samuel es policía.

Tote. Lo encontró Tote.

Ve a hablar con Tote.

El atasco se despereza. La gente empieza a salir de sus coches. Bajan al arcén a hacer sus necesidades. Algunos intentan hacerlo sin que nadie les vea, otros lo dejan por imposible. Se protegen del sol con

pañuelos o se anudan camisetas a la cabeza. Hay quien baja las ventanillas y prefiere quedarse dentro, comunicarse lo menos posible. Rezar para que pase pronto, para que el atasco termine de una vez. Algunos simplemente se sientan en el quitamiedos y lloran. Nadie se les acerca, no hay palabras ni ánimos que los consuelen. Otros charlan con sus vecinos para engañar al tiempo y al hambre. Mejor contarle tu vida entera a un desconocido que pensar en lo que te ha traído hasta aquí. Luego vendrá el calor, y con él la sed. Entonces callarán para ahorrar saliva.

El automóvil de Tote está a la izquierda del de Samuel. Tote está apoyado en el capó. Fumando. Contempla el llano más allá del quitamiedos. No hay mucho que ver. La hierba está empezando a morirse. Las semillas se pudren. No hay animales. Todo es un borrón parduzco. Todo.

Tote dice:

—¿Qué pasa, socio? ¿Cómo vas de agua?

Le da una calada al cigarrillo. Las manos de Tote son manos de calavera. Dedos largos de uñas sucias. Nudillos muy marcados. Tiemblan todo el rato. Cuando no tiene nada entre los dedos, los mueve como si pasara una moneda invisible entre ellos.

La puntera de su zapato repiquetea en el suelo. *Tap, tap, tap, tap, tap*.

Tote dice:

—Creo que ayer por la noche vi a una loca, ¿sabes? Miré a un lado del coche y la vi. Así, de refilón. Era vieja y estaba gorda. Llevaba un camisón; estaba chorreando. Hostia, ahí parada, en mitad de la carretera. A lo mejor era gasolina, socio. Yo qué sé, a lo mejor era otra cosa.

Tote hace una pausa.

Y dice:

—Creo que tenía un cuchillo.

—No me irás a decir que una vieja loca ha matado al médico.

—No, hombre. Vamos, no creo.

Siguen unos segundos de silencio. Tote fuma. Samuel contempla la brasa consumiendo la punta del cigarrillo. Tote suelta todo el humo de golpe y dice:

—¿Tú qué crees?

—¿Dónde estuviste anoche, Tote?

—Estaba en Eurovegas jugando al chinchón, no te jode. ¿Dónde iba a estar, socio?

Samuel no contesta.

—¿Crees que lo maté yo?

Samuel no contesta.

—Joder, Samuel, pues estaba en el coche. Echado para atrás en el asiento, más incómodo que un dedo en un culo y cagado de miedo, porque te juro por mis muertos que vi a una vieja.

—A esa vieja la soñaste, Tote. Y no creo que hayas sido tú, no.

El alivio de Tote es palpable en la siguiente calada. Cierra los ojos mientras disfruta del alquitrán que se aposenta en sus pulmones. Deja escapar el humo como si fuera su último cigarrillo. Quizá lo sea. *Tap, tap, tap, tap, tap*.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Samuel mira más allá del arcén. La llanura va adquiriendo poco a poco un tono moribundo. Un color que no recuerda a nada. El cielo está despejado. Aún no se ha contagiado de ese color incómodo. Hay casas a lo lejos, un par de motas blancas que salpican la piel muerta de la tierra. No están ardiendo, estas no. Por lo que Samuel sabe, dentro podría haber una familia entera ahorcada de la misma viga, los pies oscilando en un último baile con el viento. Podría haber un padre rajándole el cuello a su mujer y a sus hijas, ahorrándoles lo que vendrá después. Podría haber una vieja embutida en un camisón mojado, escamas ateridas en la piel fláccida, afilando un cuchillo y esperando a que anochezca para dejar suelto algo de lo que no se hablaba cuando aún había un mañana.

Samuel dice:

—Nadie caminaría a gatas entre los coches en mitad de la noche para meterse en uno cualquiera y estrangular al conductor.

—No, claro… ¿qué?

—Quienquiera que haya sido, no ha venido de lejos.

—No te sigo.

Samuel se rasca la barba y dice:

—Conocía al médico. Lo conocía y lo mató. Se me ocurre que…

—Hostia puta.

Tote se queda rígido. Está mirando por encima del hombro de Samuel. Él sigue su mirada. Y lo ve.

Abreu y Alfonso están junto al coche del médico.

Están intentando abrirlo.

Ambos murmuran junto a la parte trasera del deportivo del médico. Alfonso, agachado, forzando con un destornillador el depósito de gasolina. Detrás de él, Abreu encorvado, las manos en las rodillas. La postura que adoptan los señoritos de ciudad mientras un mecánico les arregla el motor.

Samuel llega hasta ellos en diez pasos. Alfonso no le ve llegar. Abreu sí. Levanta las manos y se hace a un lado. Samuel le da un empujón a Alfonso. Puede que no calcule bien la fuerza. Puede que sí. Alfonso cae al suelo y rueda hasta dar contra el parachoques de su taxi. Suelta un grito. El destornillador cae al suelo con un tintineo.

—¿Qué cojones haces, gilipollas?

Alfonso se pone en pie con dificultad. Abreu tiene los puños cerrados, pero en cuanto Samuel cierra los suyos su expresión cambia y sus manos cuelgan.

—Te has pasado, Samuel.

—¿Me hacéis el favor de decirme qué estáis haciendo?

Alfonso aún no debe de haber cumplido los cincuenta, pero las arrugas y el pelo salpicado de canas le hacen parecer mayor, más estropeado. Tirantes marrones, torturados, sujetan un barrigón sedentario. Al lado de Abreu resulta casi una imagen cómica, pero en su expresión no hay rastro de humor. Abre la puerta del taxi, rebusca dentro y saca una llave inglesa medio oxidada, tan grande que podría abrirle la cabeza de un golpe a cualquiera. A Samuel, por ejemplo. La enarbola con unas manos grasientas y rotundas, manos de nudillos encallecidos que anuncian violencia inmediata.

—Ven y empújame ahora si tienes cojones.

Abreu se sitúa a su espalda y dice:

—Venga, Samuel, hombre. Al médico la gasolina ya no le va a servir. No sabemos cuándo vamos a salir de aquí y no queremos quedarnos tirados en mitad de la autopista.

Samuel niega con la cabeza. Muy despacio.

—Este coche es la escena de un crimen. Y la escena de un crimen no se toca.

Tote aparece al lado de Samuel. Traga saliva al ver la llave inglesa en la mano de Alfonso y al instante se parapeta detrás del

policía.

Los puños de Samuel se aprietan aún más. Abreu da un paso atrás. Alfonso, en cambio, está acostumbrado a tratar con hombres con los puños cerrados.

—¿Quién cojones te crees que eres para decirnos lo que tenemos que hacer?

—Soy policía.

Alfonso dice:

—Y una mierda. Tú serías madero en la ciudad, pero eso aquí ya no importa.

—Solo quiero ayudar —dice Samuel.

El taxista no escucha. Ya ha entrado en otro nivel de comunicación en el que él es el único que habla:

—Nos vamos a llevar la gasolina del médico. Y como te metas en medio te abro la cabeza.

Abreu dice:

—Mejor que no te pongas tonto, madero.

Samuel da un paso al frente.

—Vas a ver tú lo tonto que se pone el madero.

Una voz les interrumpe:

—Buenas.

Se vuelven.

Junto al taxi de Alfonso hay un hombre maduro. Debe de haber pasado ampliamente los sesenta años. Lleva una camisa de cuadros que solo le puede sentar bien a alguien acostumbrado a que le llamen abuelo. Su barriga no es tan impresionante como la de Alfonso, pero podría llegar a serlo. Si tuviera tiempo. Si no estuviera pasando esto. Apenas queda un rastro oscuro en la mata canosa que es su cabeza.

—Os he estado oyendo desde ahí atrás y me preguntaba, digo yo, que qué sería tan interesante para que se arme todo este jaleo.

Todos se han quedado mudos. El hombre se planta entre ellos. La barba que le empieza a ensombrecer las mejillas no mengua su expresión franca. Ante esa mirada de ojos negros Samuel se da cuenta de lo absurdo de la situación. Alfonso ha bajado la llave inglesa.

—Pero vamos, que tampoco quería interrumpir, vaya. No sea que por haber llegado el último me lleve la primera bofetada.

—¿Y usted quién es? —pregunta Alfonso. Su tono de voz ha cambiado.

—Yo soy el que lleva todo este tiempo detrás de ti, artista. Si te diera por mirar por el retrovisor de vez en cuando, ya te habrías cansado de verme la cara.

Tote anuncia:

—Quieren llevarse la gasolina del… o sea… del…

—Es la escena de un crimen —repite Samuel, empecinado—. Nadie va a tocar nada.

El anciano se vuelve hacia él.

—¿Eres policía? —Samuel asiente—. Hombre, pues encantado. Me llamo Cándido.

Le tiende la mano. Es un gesto tan extraño, tan fuera de lugar, como todo lo que está pasando. De algún modo, un gesto tan básico diluye el resto de la tensión que quedaba entre ellos.

—Samuel.

—Encantado, Samuel. Estos dos señores tienen razón.

Un fruncimiento de ceño. Cándido no le deja protestar; se vuelve hacia Alfonso y Abreu.

—Mirad, no parece que nos vayamos a mover en breve. Seguro que tenéis tiempo de sacar la gasolina luego. Si andáis cortos de agua, a mí me quedan un par de garrafas todavía.

—¿Un par de garrafas? —Abreu, atónito.

—Hombre precavido vale por dos. Me imaginaba que me encontraría con un atasco. Lo que no esperaba es que fuera tan grande.

—Se acaba usted de convertir en mi mejor amigo. Me llamo Javier Abreu.

—Encantado, Javier. —Se vuelve hacia Alfonso—. Y usted es…

—A mí no me lieis. Pero la gasolina nos la llevamos antes o después. —Se besa el índice y el pulgar—, por estas.

El taxista da media vuelta. Abreu, al verse en minoría, regresa a su automóvil, cuidando de no cruzar la mirada con Samuel.

—Ha calmado usted los ánimos, Cándido —dice el policía.

—Bah. Suele dar más reparo pegarle a un viejo. Y no me llames de usted, hombre. ¿Necesitas ayuda con este percal?

—Ya me apaño solo, gracias.

Cándido asiente. Se dirige a Tote:

—¿Qué te parece si nos echamos un trago de agua y dejamos trabajar aquí al amigo? No está muy fresca, pero menos da una piedra.

—Cuenta conmigo.

Se alejan. Samuel aún puede oír la voz cascada de Tote expresando sus sentimientos de la mejor manera que puede:

—Cándido, ¿no? Eres la polla, tronco.

Samuel rescata una chaqueta de cuero del asiento de atrás de su coche. Se envuelve el brazo con ella. Da un golpe seco con el codo y el cristal del copiloto salta en pedazos. La alarma empieza a sonar. Un pitido rítmico, muy alto y muy desagradable. La gente sale de sus automóviles a mirar. Samuel acciona el cierre y abre la puerta. Se agacha, alarga la mano hacia el contacto. El médico tiene la lengua fuera, le cuelga hacia la derecha. Hace pensar en un mazacote de papel mojado. Sus ojos están clavados en el techo. La alarma suena. Los ojos del médico. La lengua. Papel mojado. La alarma.

Samuel saca las llaves del contacto y pulsa el botón.

El sonido enmudece.

El médico sigue mirando al techo.

Dentro del coche no huele especialmente mal. Samuel habría esperado olor a podredumbre. A muerto. Pero recapacita, el médico lleva muerto pocas horas. El calor hará su efecto dentro de poco, pero aún no ha empezado. Aquí no huele a cadáver. Huele a algo distinto.

El cuerpo del médico es el elefante en la habitación. Samuel no quiere mirarlo, pero se obliga.

El médico es un hombre de mediana edad. Tiene el pelo corto, castaño. Su piel era muy morena, aunque ahora la ha sustituido el tono gris azulado de la cianosis. Hinchazón, ojos desorbitados… debió de sufrir mucho.

Sus manos están apoyadas a ambos lados del asiento. Tiene el cinturón de seguridad abrochado. Hay una correa de cuero marrón alrededor de su garganta. Está hilvanada en una hebilla plateada. El nudo abarca su cuello y la parte de atrás del respaldo para la cabeza. Con esa correa han matado al médico.

En la piel se distinguen varias depresiones horizontales. Samuel cuenta al menos cinco a ambos lados de la nuez. Forcejeó. Intentó

zafarse; probablemente tiene rastros de su propia sangre bajo las uñas.

No hay marcas en los labios ni alrededor. No intentó cubrirle la boca. Se limitó a estrangularlo. Rápido y brutal.

El médico lleva una camisa con el botón del cuello abierto y un pantalón de chándal. La camisa y el pantalón no casan, quizá se lo ponía para conducir de noche. El asesino estaba detrás de él. Lo dejó entrar porque lo conocía y confiaba en él. O quizá estaba escondido. ¿Dónde? ¿Agazapado en el asiento de atrás? ¿Podría no haberlo visto el médico?

Lo mató y salió, a pesar de que el coche estaba cerrado y la llave en el contacto.

¿Cómo?

Mierda.

Samuel piensa. Rebusca debajo del asiento del copiloto. Encuentra una palanquita y la pulsa. El asiento se reclina hacia delante. Pasa a la parte de atrás del coche amarillo.

Y una voz dice:

—Me cago en la puta.

Tote se lleva la garrafa a los labios. Bebe con cuidado de que no se derrame ni una gota. Cándido le observa, los brazos cruzados, apoyado en la puerta de su coche. Cuando aparta la garrafa, emite un gemido de satisfacción y vuelve a respirar. Se la devuelve.

—De verdad, socio, eres la polla.

—Gracias. —Cándido acepta la garrafa y limpia el gollete con el dorso de la mano—. Cuando quieras aquí hay más.

—De escándalo.

—Tu nombre es Tote, ¿verdad?

Él asiente. Sus ojos vuelven a vagar por todas partes, perdida la atención con la misma velocidad que la sed.

—¿Cuánto hace que no te metes, Tote?

—¿Qué? ¿Qué dices, socio?

La alarma del coche del médico empieza a sonar. Tote pega un salto como si el sonido le estuviese acusando de algo. Cándido mete la garrafa por la ventana del asiento trasero y dice:

—Te he preguntado que cuánto hace que no te metes.

El sonido de la alarma se introduce a puñados en los oídos de Tote.

—Socio, a mí no me vengas con rollos, ¿eh? Que yo no me meto nada.

La alarma no se calla. Le eriza los nervios. ¿Por qué parece que el puto viejo no la oye?

—Yo diría que por lo menos ha pasado una semana. ¿Son ansiolíticos? ¿Clonazepam? ¿Has empezado ya a ver cosas?

—¡Te estoy diciendo que me dejes en paz! —Algunas caras se vuelven hacia ellos. Tote baja la voz—. A ver si te crees que porque antes no te han calzado una hostia yo no voy a ser capaz.

Cándido levanta las manos en un gesto conciliador. La alarma enmudece.

—Te lo pregunto porque llevo Tranxilium en el coche. No te va a hacer ni la mitad de lo que necesitas, pero un par de pastillas vienen mejor que nada, ¿no?

Hasta este momento, Tote ha mantenido una postura que recuerda a la de un animal que se despierta por primera vez en una jaula. Ahora su cara se tuerce al tiempo que su cuerpo se relaja.

—¿Llevas Tranxilium en el coche, socio?

—Llevo Tranxilium en el coche, socio. Pero el Tranxilium no es como el agua. El agua es gratis.

—¿Y el Tranxilium no?

Cándido niega.

—Si yo no quiero, tú ni lo hueles. El Tranxilium tiene un precio.

—¿Y cuál es el precio?

—Que hagas algo por mí.

La confusión en el rostro de Tote da paso a la desconfianza. Ahora es cuando me pide que se la chupe. O que le deje chupármela, vete tú a saber.

—¿Qué quieres?

Cándido se lo dice.

Y la desconfianza da paso a otra cosa.

—Me cago en la puta.

Samuel se sobresalta.

Es Alicia quien ha hablado. Claro, quién si no. Alicia está fuera del deportivo, la cabeza asomada. Lleva un top blanco de tirantes muy finos, la barriga y los pechos parecen a punto de reventarlo. Manchurrones oscuros de sudor. Sudor caliente. Sudor salado.

—Es mejor que te vuelvas al coche, Alicia. Vas a coger una

insolación.

—Estoy flipando.

—Vuélvete al coche, Alicia, por favor. Esto no es un juego.

—Oye, no te pases, que yo no estoy jugando. Es que me voy a volver loca sentada ahí sin hacer nada.

—Pues aquí no puedes estar.

—Pues échame a patadas, listo, que eres un listo. Dame una paliza. Es lo que hacéis los maderos, ¿no?

Samuel echa todo el aire por la nariz. Madero. La misma palabra que ha dicho Abreu, y sin embargo tan distinta cuando la dice ella. Alicia le mira, desafiante. No hay ni rastro de animosidad en su expresión. Casi sonríe. Casi. Atrévete a contestarme. A darme una paliza. Atrévete, madero.

—Quédate ahí y no toques nada.

Del retrovisor cuelga un muñeco de Bob Esponja con una cabeza demasiado grande para unas piernecitas que se balancean como las de un ahorcado. El soporte de un
GPS
en un lugar inusual; puede que el médico fuera zurdo. No hay colillas en el cenicero. En el suelo hay migas de pan, un papel de plata arrugado, el envoltorio de un paquete de patatas fritas. También hay una botella de agua a la que le queda un resto. Gotas de condensación en su piel de plástico. El cinturón de seguridad, ya se fijó antes, está abrochado. Absurdo. Dormir con el cinturón puesto. Tanto el cinturón como el volante están cubiertos por unas fundas de color azul chillón, también con motivos de Bob Esponja. No cuadran con la sobriedad del resto del coche. Quizá una excentricidad. O quizá un regalo de sus hijos.

En el suelo frente al asiento del copiloto hay un estetoscopio. No es lo que uno esperaría encontrar en el coche de un muerto. La postura del médico no indica que intentase agarrarlo. Simplemente está ahí, como si fuese lo último que usó antes de morir. Como si lo hubiera dejado al lado para seguir conduciendo. Samuel debería apuntar algo de esto. Es lo que hacen los policías, apuntar detalles que luego resolverán el caso. Pero por alguna razón no lo hace.

En la parte de atrás hay más envoltorios de comida. Una bolsa de deporte con ropa. Un paquete de galletas de chocolate recién empezado. Una revista de cine. Un pantalón chino, de color beige,

doblado con pulcritud. Sin correa.

En el asiento trasero, justo detrás del médico, hay una mancha pardusca. Podría ser chocolate de las galletas. No es chocolate.

Con cuidado, Samuel se sienta junto a la mancha. Tiene forma irregular, recuerda a un triángulo abierto hacia fuera. Separa las piernas y pasa la mano por encima, consciente de que no debería hacerlo. El asiento está frío. Samuel no se siente cómodo sentado ahí. Le hace pensar en la parte de atrás de otro coche.

Alicia señala la mancha y pregunta:

—¿Eso qué es?

—Es sangre.

—¿Seguro? No lo parece.

—Lo es.

—Joder.

El extremo de la correa cuelga por la espalda del asiento donde está sentado el médico.

—El asesino sacó la correa del pantalón. La pasó por la cabeza del médico y por el reposacabezas, para que no pudiera moverse. Apretó. El médico intentó librarse. Si no hubiera tenido el cinturón de seguridad puesto, quizá habría podido revolverse. El asesino solo tuvo que agarrar el extremo del cinturón y echar el cuerpo hacia atrás. Su propio peso acabó de estrangularlo.

—¿Y la sangre?

—No lo sé. Quizá estaba sangrando ya. Quizá se cortó.

Eso dice, aunque no lo cree. Aquí no hay cosas afiladas. Un asesino sangrando. Eso suponiendo que la sangre sea del asesino.

Se fija en otra cosa. El médico tiene dos anillos de oro en el dedo anular. Viudo.

Adónde ibas. Con quién ibas a encontrarte. De quién ibas a despedirte. ¿Ibas a ver a tus hijos? ¿Te regalaron tus nietos ese muñeco y esas fundas? ¿Está tu mujer enterrada en algún pueblucho perdido en la meseta? Qué te hizo meterte en este coche para que te mataran. Qué soñabas antes de que te despertase la presión en el cuello. No sabías que la muerte te esperaba aquí dentro. No sabías que este sería el último coche en el que entrarías, que este sería el último aire que respirarías. Algo te llevaba al sur, como a todos nosotros, pero conseguiste cabrear a alguien lo suficiente como para que no te permitiese llegar.

Tengo un asesinato. Un cadáver. Un arma del crimen. Un asesino.

Pero no tengo un móvil.

Por qué te han matado. Joder, por qué.

—¿Te encuentras bien, Samuel? Estás pálido.

Él niega con la cabeza. Se lame el labio superior. A su lengua se adhieren gotas de un sudor templado y agrio. Con la que se nos viene encima. Con toda esta mierda, ¿cómo se pueden tener ganas de matar?

Pero claro que se pueden tener ganas de matar. Ya no hay policía. Ya no hay jueces. Nadie va a ir a la cárcel. Cuando el mundo se va a la mierda, ¿qué te impide agarrar un cuchillo y comprobar qué se siente a la hora de clavárselo en la barriga a otra persona? ¿Qué te impide violar a una niña discapacitada? ¿Por qué no rociar de gasolina la cuna donde duerme tu hijo? ¿A qué sabrá la carne humana? ¿Quién te va a castigar si la pruebas?

No hay consecuencias, se dice. No hay represalias. No, con eso que tienen detrás. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba. Ya les han condenado a todos a muerte. No habrá nadie que les recuerde por lo que hicieron o dejaron de hacer.

Samuel piensa en Tote. Piensa en la vieja que vio anoche. La que creyó ver. Un escalofrío le recorre la espalda.

—Vámonos de aquí, Alicia.

—¿Ya está? ¿Ya tienes todo lo que necesitas?

—No sé lo que necesito, pero no aguanto más aquí dentro. Voy a avisar a Abreu y a Alfonso. Que se lleven su puta gasolina.

—Venga. Te invitaría a una cerveza, pero ni yo puedo beber ni tenemos ningún bar cerca.

Samuel suelta el aire por la nariz.

—¿Quieres llevarte las galletas del médico? Lo mismo que la gasolina, a él ya no le van a servir.

Ella se encoge de hombros.

—Mejor dáselas a Inés. Le vendrán bien para los niños —se detiene a recolocarse las gafas—. Samuel, ¿quieres que hablemos de lo que pasó anoche?

Samuel se queda paralizado. El corazón se le desboca. Incluso siente un ligero mareo.

Alicia le mira. Las gafas amplían sus ojos marrones hasta el

infinito. Si solo pudiera detenerse medio segundo en ellos, si su propia mirada no rebotase a todas partes. Si no le faltara el aire. Al final es ella quien dice:

—Está bien. Lo olvidamos, no pasa nada.

Y sale del coche. Samuel se queda ahí. Como si fuera tan fácil llamar a las cosas con palabras. Como si fuera tan fácil olvidarse.

Dos horas más tarde, el deportivo del médico está en el arcén. Entre todos lo han empujado a un lado. El metal abrasando. Le ha tocado a Samuel girar el volante, nadie más ha querido acercarse al cadáver. Nadie, ni siquiera él, se ha atrevido a desabrochar al médico y apartar el cuerpo. Lo han tapado con una chaqueta de entretiempo que llevaba bajo el asiento. El médico viajaba sin equipaje. No hay nada que robar aparte de la gasolina y las galletas, que han repartido como han podido. Ahí nadie ha protestado.

Ahora en el carril de la derecha están el coche de Abreu, el taxi de Alfonso y el coche de Cándido. Un modelo pequeño de color azul oscuro.

Las fichas se mueven como si alguien estuviera jugando.

Pero no es verdad. Nadie juega. Todas las partidas se han perdido.

Tabula rasa.

Ahora Samuel está de pie junto al arcén. Juguetea con el zippo. Le ayuda a pensar. Al otro lado hay tres carriles. Veinte metros mal contados de asfalto vacío. Samuel se los queda mirando y piensa todo tipo de cosas. Más allá de ellos se extiende la misma nada marrón que tienen a su derecha. No hay nadie que les explique qué está pasando, qué va a pasar. Aunque casi es mejor no saberlo.

Pasa un coche en dirección contraria. No es el primero y probablemente no será el último. Casi siempre se trata de un coche solo, dos como mucho, dirigiéndose al norte. Samuel lo sigue con la vista hasta que el horizonte lo devora. ¿Adónde va? ¿Qué le espera allí? Quienquiera que lo conduzca, ¿es consciente de lo que ellos han dejado atrás, de lo que les hace huir?

¿Son ellos conscientes de lo que esos coches dejan detrás, de lo que les hace huir?

Abreu guarda la garrafa llena de gasolina en su maletero. Cierra de un portazo. A su lado, Alfonso atiende a sus movimientos con los brazos cruzados. Al ver su expresión ceñuda, Abreu dice:

—¿Qué pasa?

Baja la voz y dice:

—Tranquilo, que esto es para nosotros dos. A ver si te crees que la vamos a compartir con estos imbéciles.

—¿Y por qué la guardas tú?

Él pone cara de ofendido. Abre de nuevo el maletero y dice:

—Mira, hombre, si quieres la guardas tú. Me tienes justo delante, ¿te crees que me voy a escapar?

El taxista duda. El otro le alienta. Señala al interior del maletero.

—Venga, píllala. Si de los dos soy yo el único que se fía, mejor la tienes tú y estamos los dos tranquilos.

—No, no hace falta.

—Venga, no me digas ahora…

—¡Que no hace falta!

Y ese grito zanja la conversación. Alfonso se vuelve al taxi. Abreu se encoge de hombros. Cierra el maletero con la gasolina dentro. Sonríe.

Samuel y Cándido fuman. Están apoyados en el coche del policía. Han ido espantando a los curiosos que se han acercado a lo largo de la mañana. En realidad no han sido muchos. Nadie quiere saber de los problemas de otro. Ver un cadáver de cerca solo sirve para recordar lo que está por venir. El morbo ha desaparecido y queda esto. Ha habido una breve discusión sobre si deberían o no enterrar al médico. Es una idea bonita, pero nadie tiene una pala ni ganas de cavar. Su tumba será su coche. Como la de todos, piensa Samuel. Pero se lo calla.

Cándido da una calada a su cigarrillo y dice:

—Hace diez años que me quité del tabaco. Nadie me obligó ni me diagnosticaron nada. Simplemente se me puso entre ceja y ceja y lo dejé.

Samuel se pasa el mechero entre los dedos, un zippo plateado con una calavera grabada. Un detalle de machito que hasta él mismo encuentra ridículo. Y sin embargo no se deshace de él.

—¿Te costó mucho?

Cándido dice:

—Horrores. Si lo llego a saber habría fumado el doble. A lo mejor me habría entrado una cosa mala y la habría espichado antes de que empezase esto.

Samuel hace un gesto apreciativo. Podría consolarle. Decirle que hizo bien. Inventarse algo que le diera un poco de esperanza. Lo que hace es dar una calada y preguntar:

—¿Cuánto le echas hasta que nos alcance?

Señala hacia atrás. Cándido se encoge de hombros y dice:

—No tengo ni idea. Lo mismo podría ser esta tarde que la semana que viene.

—No vamos a aguantar una semana.

—Espero que tengas razón. Me queda agua, pero no sé para cuánto. Y del hambre que arrastro, mejor ni te cuento. A veces tengo hasta ganas de chupar el cuero del asiento. ¿Tú qué crees?

—¿Qué creo de qué?

—Del atasco. ¿Qué es lo que lo provoca?

—No tengo ni idea.

Cándido escruta la línea de coches como si en ellos estuviera la respuesta.

Y dice:

—¿Quién es la chica embarazada?

—Se llama Alicia. Está de nueve meses.

—Hay que tener valor.

—Puede ser.

—¿Y quién más hay por aquí?

—A ver… a Alfonso ya le has conocido. No me he partido la cara con él porque tú has aparecido.

—El taxista.

—Sí. El otro es Abreu. Es periodista, o escritor, o algo así.

—¿Y de quién es la caravana?

En el carril central, el vehículo detrás de Samuel es un armatoste con pinta de tener medio siglo. Una caravana como las que se ven en las películas americanas, cubierta de mugre de las ruedas al techo. Pegatinas por todas partes, desde Naranjito a los Juegos Olímpicos pasando por la
Expo’92,
la Tomatina o el *Burning Man* de los Monegros.

—Un hippie. Dicen que es extranjero. No sale nunca, no he hablado con él. Que yo sepa, nadie le ha visto.

—¿Y entonces cómo sabes que es un hippie y que es extranjero?

Samuel se encoge de hombros.

—Es lo que dicen.

—Lo que dicen, claro. Y al lado del hippie está el autobús de los niños, ¿no?

—Eso es. Inés les saca de vez en cuando a estirar las piernas o a que vayan al servicio. Es muy maja, aunque parezca que le da miedo hablar.

El autobús sobresale por encima de la caravana al otro lado de la carretera. Las ventanas están empañadas, pero se vislumbran figuras que se mueven. A pesar de que ya es media mañana, están en silencio. O al menos el escándalo que deberían de estar haciendo cincuenta y tres niños no llega hasta ellos. Dentro debe de hacer un calor tremendo.

—Inés. ¿Qué es, la profesora?

Samuel asiente.

—Colegio de curas.

—Pues de los que quedan. ¿Monja?

—No creo. Habla mucho de Dios, eso sí. No me preguntes adónde les lleva, porque no tengo ni idea. A algún sitio del sur, por el acentazo que se gasta.

Una ráfaga de su propio sudor, penetrante y turbio, le entra por la nariz. Ya sabes lo que dicen, si puedes olerlo tú, es que eres el último que lo ha olido. El último.

—¿Y tú adónde vas, Samuel?

—¿Cómo que adónde voy?

—Tú lo has dicho. Esa cosa nos va a alcanzar pronto. ¿Qué haces metiéndote no sé cuántos días en un atasco que parece que no va a terminar? ¿Por qué estás aquí?

—¿Dónde estabas ayer por la noche, Cándido?

El anciano se le queda mirando unos segundos. Suelta un resoplido que poco tiene de divertido.

—Está bien. Métete en tus asuntos, Cándido. Seré viejo, pero tonto no.

La vida del atasco se despliega a su alrededor. De momento nadie se ha peleado, ni ha asaltado el arcén intentando ganar un par de metros a trompicones. Pero no sería la primera vez que sucede.

Samuel señala con el dedo.

—Delante del taxi de Alfonso, en el carril de la derecha, está

Abreu. A su izquierda está Alicia.

—La embarazada.

—Eso. Y en carril de la izquierda está Ruth.

—A esa no la he conocido.

—No hay mucho que conocer. Es una persona más que va a algún sitio. Otra que intenta llegar antes de que se le acabe el tiempo.

—Pues como todos.

—¿A quién tienes tú por detrás?

—Bah. A gente.

—Gente —repite Samuel. Se yergue y echa a andar.

—¿Adónde vas?

—De momento tengo siete sospechosos. Más vale que empiece a interrogarles.

—Samuel. —Él se gira—. Ayer por la noche estaba en mi coche intentando dormir. Tengo unos quinientos mil testigos para corroborarlo.

—Ya. Supongo que no viste a una vieja medio desnuda corriendo con un cuchillo entre los coches, ¿verdad?

—¿Qué?

—Nada.

3

EN UN EXTREMO DE LA PLAZA MAYOR hay una pantalla gigante. Están retransmitiendo un partido de fútbol y eso parece suficiente estímulo para que un par de centenares de personas se olvide del calor y se amontone a sus pies. Gritos, insultos, vítores. Inés está preocupada; a Julián le ha faltado tiempo para unirse a sus filas y desentenderse de la excursión. Los niños corretean de aquí para allá, unos cuantos han improvisado un partido con una lata y tratan de imitar lo que ven en la pantalla. Maite suelta al aire datos sobre las fachadas de la plaza que ni siquiera un adulto entendería. Casi nadie le hace caso.

Uno, dos, tres, cuatro… Inés cuenta mentalmente a los niños. El autobús se distingue entre una de las entradas a la plaza. El conductor descansa a la sombra con un cigarrillo colgando de los labios y la vista secuestrada por su teléfono móvil.

El sol abrasa hasta el punto de que el calor parece surgir de los adoquines, pero eso no detiene a los turistas. Tienen todos la misma indumentaria, el mismo sombrero y se diría que hasta el mismo rostro. Flashes innecesarios, posturas y sonrisas junto a mimos y monigotes de dibujos animados al borde de la lipotimia. Vendedores de cerveza de todas las etnias del mundo cruzan la plaza metódicamente, pero solo los que son españoles se atreven a regalarte su libro de poemas si te llevas dos latas.

Inés se masajea la frente. Le duele la cabeza y el calor no ayuda. El sudor le dibuja círculos en las axilas, le corre por entre los muslos. Los niños se ríen de ella, ya se ha dado cuenta. La señalan desde lejos y pronuncian palabras como gorda, apestosa, cerda. Pero es parte del trabajo. Hay cosas peores. Solo que ahora, en estos momentos en que siente que un punzón le atraviesa del ojo derecho a la nuca, algo se le eriza por dentro ante esas risitas.

Se da cuenta de que algo pasa. No oye los gritos de los

futboleros ni el estruendo beligerante de los comentaristas. Se vuelve, mira a su alrededor. La plaza entera ha enmudecido. No entiende qué sucede hasta que enfoca en la dirección correcta y ve la pantalla gigante. Han interrumpido el partido. Están mostrando otra cosa. En un primer momento, Inés no entiende lo que está viendo. Los espectadores se han levantado de sus asientos. Los turistas han dejado de hacerse fotos. Los mimos se mueven. El ratón Mickey se desprende de su cabeza. Debajo hay un hombre menudo y moreno. La deja en el suelo y la olvida detrás de él y se acerca despacio a la pantalla. Él también intenta hilvanar el significado de las imágenes y la voz monocorde que las acompaña. Y por algún motivo, es ese detalle el que vuelve todo real para Inés, esa cabeza de ratón tirada en mitad de la plaza.

Su mirada se cruza con la de Maite. La idea restalla en la cabeza de Inés, y es mucho más fuerte que cualquier dolor de cabeza.

Dice:

—Los niños.

Y dice:

—Maite. Los niños.

Pero Maite no la oye. Está boquiabierta. Estupefacta como el resto de la gente de la plaza. En ese momento el hombre con el disfraz de ratón Mickey echa a correr. Como si eso diese el pistoletazo de salida. La voz en la pantalla enmudece. Las imágenes continúan. Los turistas comprenden. El mundo vuelve a ponerse en marcha. Y esta vez nada lo va a detener.

Abreu tiene un automóvil grande, pero no familiar. El coche que llevan los tíos con dinero que rebasan los cuarenta y deciden darse un capricho, hacerse moteros o escribir la novela que siempre tuvieron dentro. El coche es verde, un verde de esos que tienen nombres que no son colores. Abreu está dentro. Toquetea los botones de la radio. Un número se mueve en el dial. Busca con miedo, porque ayer encontró algo. Dio por casualidad una emisora en la que solo se oía a gente gritando. De vez en cuando se entendían palabras: por favor, por favor. Y luego silencio hasta que volvían los gritos. Abreu escuchó con los ojos desorbitados durante ya no sabe cuánto tiempo. Dio un manotazo y borró el dial. Ahora busca, deseando volver a encontrar esa emisora y al mismo tiempo no encontrarla nunca más.

Unos nudillos golpean el cristal. Abreu se sobresalta. Es Samuel. Durante un par de segundos, el periodista no reacciona. Luego pone una expresión que sustituye a un encogimiento de hombros y pulsa un botón del salpicadero. Hay un chasquido. Samuel abre la puerta y se sienta. El portazo es el final de la conversación que aún no han comenzado.

Samuel y Abreu miran hacia delante. El aire acondicionado está encendido. La temperatura es agradable. Fresco. Samuel podría decirle que debería ahorrar gasolina, pero no le apetece gastar saliva. No quiere buscar nuevas razones para discutir. Quiere terminar cuanto antes.

Abreu dice:

—Parece que ahí delante se mueve algo, A lo mejor empezamos a avanzar dentro de poco.

—No sé qué decirte.

Vuelven a guardar silencio. La radio emite un crujido estático.

—Mira, Samuel, tío… siento lo que ha pasado antes. Se pone uno nervioso, ya sabes.

Las manos de Abreu son finas, de dedos largos. Las uñas muy cuidadas. Quizá manicura, quizá es un maniático.

Samuel pregunta:

—¿Dónde estabas anoche?

—¿Anoche? En el coche, ¿dónde iba a estar? —Abreu se da cuenta de lo que Samuel le está preguntando—. No me jodas, Samuel. Yo no he hecho nada.

—¿Dónde estabas anoche, Abreu?

—Joder, Samuel, me cago en la leche.

—No te lo voy a preguntar otra vez.

Él lanza un suspiro exasperado. Están condenados a no entenderse.

—Estaba aquí dentro. Al lado de tu coche.

—Y del coche del médico.

—¿Pero qué te crees que es esto, El Comisario? ¿Colombo? Venga ya, hombre. Anoche estaba aquí, tumbado, intentando dormir.

—Solo.

—Sí, solo. ¿Con quién iba a estar?

—No sé por qué me parece que todos me vais a decir lo mismo.

—Pues será verdad.

—¿Y entonces quién ha matado al médico?

La expresión de Abreu cambia. Samuel puede ver que es entonces y solo entonces cuando se da cuenta de lo que está pasando. La idea tiene el peso de un yunque: una de las personas que duermen a pocos metros de él es un asesino. Es entonces cuando se da cuenta de que podría haberle matado a él.

—Joder. Joder, joder, joder. Solo nos faltaba esto. Con la que tenemos en lo alto y ahora un loco matando gente.

—Solo ha matado a uno.

—¿Y qué te hace pensar que no vaya a volver a hacerlo?

Samuel no contesta. Abreu se retuerce las manos. La radio desgrana una sinfonía de hojarasca. Hierba muerta. Como todo lo demás. Como el médico.

—Mira, te puedo decir una cosa, pero que no salga de aquí, ¿vale?

—De acuerdo —dice Samuel, de manera automática, sin pararse a pensar en lo que Abreu le está pidiendo.

—Anoche no podía dormir. Me cuesta bastante conciliar el sueño. Este trasto se pone a doscientos en un suspiro, pero el asiento de atrás es incomodísimo. Estaba cambiando de postura cuando oí que se abría la puerta de un coche.

—La del médico.

—Pues en ese momento no lo sabía. Pensé que alguien había salido a mear, o yo qué sé. El caso es que seguía sin poder dormir, y me levanté. Fue entonces cuando les vi.

Abreu calla. Samuel le apremia.

—¿A quién viste?

—Al médico y al hippie.

—¿Al hippie?

—Bueno, más o menos. Vi por el retrovisor que el médico no estaba en su coche. La luz de la caravana del hippie estaba encendida. Bajé la ventanilla y me asomé, pero tu coche está delante. Había dos personas delante de la caravana del hippie, pero no pude reconocerles. Uno de los dos fumaba. Estaban hablando, aunque si te digo la verdad no me puse a escuchar.

Uno de los dos fumaba. No había colillas en el cenicero del médico.

—¿Sabes más o menos a qué hora fue?

Abreu se encoge de hombros.

—Ni idea. No me fijé.

El interior del coche de Abreu es casi un quirófano. Ordenador de a bordo,

GPS

integrado, un salpicadero con docenas de indicadores. Lo conserva con una pulcritud sorprendente. Es un detalle que a Samuel le parece importante.

—Tengo que ir a hablar con él.

—No creo que te abra la puerta.

—Pues la echaré abajo.

Samuel hace amago de salir. Abreu le agarra del brazo.

—Samuel.

—¿Qué pasa?

—Por ahí atrás me han dicho que ayer dos señoras mayores se pelearon por comida. Por lo visto una ha perdido un ojo. La otra tiene rotas las dos muñecas.

—¿Qué me quieres decir?

Abreu frunce el ceño.

—Que la gente hace cosas muy bestias cuando está desesperada. Esto solo es un crimen más, tío. Quién sabe cuánta gente se estará matando por estupideces en otras partes del atasco. ¿Por qué no te olvidas? Dentro de nada saldremos de aquí y todo dará igual.

Él niega con la cabeza.

—No dará igual. Esta noche, cuando tampoco puedas dormir, no te dará igual. Esta noche yo seguiré buscando al asesino. Es lo que hacemos los policías. Protegemos a la gente.

Abreu no dice nada durante unos segundos. Al final casi escupe:

—Tú mismo.

Samuel dice:

—Aunque no te guste, también te estoy protegiendo a ti, Abreu.

Sale y cierra la puerta.

Nadie oye a Abreu cuando susurra:

—Anda y que te jodan. Anda y que te jodan, hijo de puta. No vuelvas a entrar en mi coche. Si vuelves a entrar aquí te mato. Te mato, ¿te enteras? Madero hijo de puta. No vuelvas a entrar aquí.

Y sigue susurrando entre dientes, solo, bañado en la marea de

estática que surge de la radio y el parpadeo de unos indicadores que ya no sirven para nada.

La puerta de la caravana del hippie está abierta.

Samuel se queda petrificado.

Ruth sale de ella. Cierra la puerta y entonces se da cuenta de que Samuel la está mirando. Ella también se detiene. Una nube de culpabilidad cubre sus facciones.

El policía pregunta:

—¿Qué hacías ahí dentro?

—¿A ti qué te importa?

Ruth hace ademán de pasar a su lado. Samuel la sujeta de un brazo.

—Ruth, haz el favor.

Ella se zafa con un movimiento de pantera. Tiene las manos callosas, la piel seca y los nudillos muy marcados, de un color violáceo. Samuel se da cuenta de que sus pupilas se han convertido en dos perfectos y enormes círculos negros.

—Atrévete a tocarme otra vez si tienes huevos. Yo no me voy a hacer el gallito como el taxista; yo te saco directamente los ojos.

Ni siquiera ha levantado la voz. Él aparta la mano en un gesto conciliador.

—Solo quería preguntarte qué hacías en la caravana.

—Eso a ti no te importa.

—El hippie podría ser la persona que estoy buscando, Ruth. Podría ser peligroso.

—Porque tú lo digas.

Samuel se está enfadando.

—¿Qué hacías en su caravana?

—Tú no mandas en mí. Puedo hacer lo que me dé la real gana.

—Ruth, que ayer mataron a un hombre…

—¡Ya lo sé! —Ahora sí es un grito, o más bien un ladrido—. Ya sé que quieres hacerte el héroe y salvarnos a todos del asesino del cinturón, pero me da igual. Yo no he hecho nada.

—Yo no he dicho que hayas hecho algo.

Eso la desconcierta. Cabecea.

—Estaba hablando con él, ¿vale? Hablando, ya está.

—¿De qué?

—De cosas privadas. Cosas que no te importan y que no tienen

nada que ver contigo ni con el médico. Así que déjame en paz.

Echa a andar muy digna hacia su vehículo. El policía lanza una última tentativa.

—Solo quiero saber qué está pasando.

Ella se da la vuelta de un salto. Casi parece que le han crecido las uñas. Sus labios están plegados hacia arriba, dejan ver unos dientes torcidos, clavados a martillo en unas encías descoloridas.

—Te lo digo yo, lo que está pasando: el fin del mundo. El fin del mundo es lo que está pasando, Samuel. Y tengo tanta angustia, tanta rabia y tanta pena que podría gritar sin parar hasta que nos hayamos muerto todos. Me paso las horas al volante rezando para que esto no sea real, para que me despierte de un momento a otro en mi casa y todo haya sido un mal sueño. Pero no, no me despierto. Porque esto es lo que hay. Y a veces a una le hace falta hablar y desahogarse.

Samuel no encuentra nada que replicar.

—Haz el favor de dejarnos tranquilos, Samuel. Solo queremos llegar a casa.

Es lo mismo que quería el médico. Eso es lo que Samuel podría haber dicho. Pero no lo hace. No se le ocurrirá hasta mañana, cuando ya sea tarde. Ahora lo único que hace es enfilar hacia la caravana del hippie.

Definitivamente está enfadado.

—Total, que le digo: te largas de mi coche pero que ya. Como vea que te acercas por aquí otra vez, te mato. Te mato, ¿te enteras?

Alfonso se acomoda en su asiento. El taxi es una pocilga de envoltorios, revistas viejas y migas. Abreu no se sorprendería de ver una cucaracha anadeando entre los grumos que tienen las alfombrillas.

—¿Y qué te dijo? —pregunta el taxista.

—Nada, ¿qué me iba a decir? Abrió la puerta y se piró con el rabo entre las piernas. Y que me diga algo.

—Al madero este le tengo ganas. Verás cómo le termino tocando la cara antes de…

Alfonso no termina la frase. Escupe por la ventanilla.

Y dice:

—De todos modos, ¿qué quería?

Abreu se encoge de hombros. Dice:

—Nada, preguntarme por el médico. Si yo había visto algo y tal.

—Sí, como en las películas. No me jodas.

—Pues te juro que para eso vino.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Que si viste algo.

Abreu se pasa la lengua por los labios.

—¿Tú no lo oíste?

—¿Oír qué?

—Joder, seré yo el único. Anoche, Alfonso, que no te enteras. ¿No oíste lo de anoche?

El taxista frunce el ceño. Duda entre fingir que sabe de lo que está hablando o decir la verdad. Antes de que opte por una u otra, Abreu continúa:

—Estaban follando.

Alfonso parpadea.

—¿Cómo que follando?

Abreu suelta una risotada que no tiene ni pizca de humor.

—Anoche estaban follando en el coche del médico.

—No me jodas.

—Como lo oyes. Me asomé por la noche, a las tantas, y les vi.

—Pero ¿quién?

—Pues era el médico con alguien más. No sé con quién sería, no se veía un pijo. Pero vamos, que yo no me he caído de ningún guindo, que sé reconocer cuando veo a dos follando.

Alfonso no dice nada. Su vista se desvía hacia los carriles adyacentes. Siente un pinchazo en la frente, justo encima de la ceja derecha. El dolor de cabeza le pone de mal humor.

Abreu no da tregua:

—No creo que fuera Alicia, pero vete tú a saber. A lo mejor quiere que se la metan por última vez.

Alfonso dice:

—A lo mejor era la vieja.

—O la gorda. Ya sabes que las feas y las gordas son las que mejor follan. Y esta cumple los requisitos de sobra.

Alfonso se vuelve hacia él tan rápido que a Abreu se le corta la risotada en dos. La ceniza del cigarro se le cae, mancha los pantalones y el asiento del taxi.

—A lo mejor era un tío.

Abreu no contesta. Pasan unos segundos en los que solo el sudor se atreve a recorrer su espalda. Traga saliva. El taxista pregunta:

—¿Se lo has contado al madero?

La tensión se relaja. A Abreu le apetece volverse a su coche.

—Qué le voy a contar. Yo a ese mierda no le cuento nada. Ya te lo he dicho, lo eché a patadas.

—Ya.

Abreu carraspea.

—De todos modos, no he venido a contarte a quién se la metía o se la dejaba de meter el médico.

Él no dice nada. Sus ojos son dos alfileres atravesando al periodista, cuchillos apuñalándole repetidas veces, ensañándose con él por alguna afrenta en la que prefiere no ahondar.

—He venido para comentarte otra cosa.

Y siguen apuñalando.

—Para hablarte del agua.

—¿Qué agua?

—De verdad que pareces nuevo, Alfonso. ¿Qué agua va a ser? Las dos garrafas que tiene el viejo en su coche.

—¿Qué pasa con el agua?

Abreu inspira. Explicar las cosas poco a poco, con palabras sencillas para que no se líe:

—Alfonso, esas dos garrafas de agua son para mí. Y para ti, claro. Para nosotros.

Los dos primeros golpes en la puerta los da con los nudillos. Los dos siguientes no son tan suaves. El quinto y el sexto son puñetazos.

No hay nadie al volante de la caravana. Una celosía separa al conductor de la parte de atrás. Samuel rodea el vehículo. Las ventanas están cerradas. Las cortinas echadas. Da otro par de golpes. No hay respuesta.

—No te va a hacer caso.

Samuel se vuelve. Inés ha bajado del autobús. Es una chica rellenita, pequeña pero ancha de caderas, con el pelo rojizo y lacio y la cara llena de pecas. No debe de haber cumplido los treinta. Le tiembla la voz cada vez que abre la boca. Samuel tiene ganas de protegerla, pero no sabe de qué. Ni cómo. Viste unos vaqueros gastados y una sudadera con manchas de lo que parece ser vómito.

Lleva la melena recogida en una coleta.

—¿Le has visto? —pregunta Samuel, señalando con el pulgar a la caravana.

Inés niega con la cabeza. Tiene unas ojeras terribles. No la dejan dormir. A través de la puerta del bus llega hasta ellos el canturreo de los niños. Están jugando a algo, o eso parece. Desde abajo, Samuel distingue caras borrosas que les observan tras las ventanas del bus. Muy atentos. Muy quietos.

Inés dice:

—Creo que se pasa el día durmiendo.

Tiene un acento andaluz muy marcado, a veces es difícil entenderla. Samuel se esfuerza.

—Ahora mismo estaba hablando con Ruth.

Ella se encoge de hombros.

—Ni idea. Yo estaba liada con los niños. Hoy están más tranquilos, pero no se les puede quitar ojo de encima.

—Tengo que hablar con él.

—Alguna vez le he visto ponerse al volante, pero como tiene los cristales oscuros, nada más que se distingue una silueta.

Samuel asiente.

—Pero por la noche sí sale.

Inés se tapa la boca con la mano.

—¿Crees que ha sido él?

Los dedos de Samuel echan en falta un cigarro.

—Ya te has enterado, ¿no?

Ella compone una expresión culpable.

—Me lo ha contado Alicia. ¿Te molesta?

—Para nada —quiere preguntarle si Alicia le ha hablado de él—. ¿Viste algo raro anoche?

Inés titubea. Samuel frunce el ceño. Los titubeos son mala señal.

—Ver, lo que es ver, no vi nada. Le oí hablar con alguien.

—Puede que fuera con el médico.

—Puede. No me dio por asomarme. Bastante tenía con los niños. Carolina tiene que ir al baño cada quince minutos, aunque luego no hace nada, y a Rodri le está subiendo la fiebre.

Una voz les interrumpe:

—A lo mejor yo puedo echar una mano con eso.

Cándido ha aparecido por detrás de la caravana. Inés se le queda

mirando. Samuel también.

—Qué oportuno eres, Cándido.

—Bueno, aquí no hay mucho que hacer, así que mejor ir conociendo a los vecinos. —Estira la mano hacia Inés—. Me llamo Cándido. Tengo paracetamol en el coche, por si lo necesitas.

—Pues me va a venir como agua de mayo, porque en el botiquín no me queda. —Le estrecha la mano en un gesto desacostumbrado—. Me llamo Inés. Llevo como puedo este armatoste.

—Te he visto desde el coche. ¿Eres la conductora?

Inés niega.

—Qué va, soy la maestra de religión. El conductor se fue tan ligero como pudo. Lo mismo que mis compañeros. Volvíamos de una excursión cuando empezó… bueno, cuando empezó todo esto.

Eso basta para recordarles dónde están.

—¿Cuántos niños llevas?

—Cincuenta y tres. Dos clases enteras. Les llevo de vuelta a Córdoba, si Dios quiere. Lo bueno es que ya han dejado de preguntar por sus padres. Lo malo es que se están deshidratando. Y de comer ya ni hablamos.

Se le seca la voz antes de acabar. Cándido le palmea el brazo en un gesto que a Samuel se le antoja demasiado cercano para alguien a quien uno acaba de conocer.

—Están mejor contigo. No sabes lo que tenemos detrás.

—No, si ya…

Cándido desvía la vista.

—Mirad. Parece que nos movemos.

Apenas a un kilómetro de distancia, los tres carriles empiezan a desplazarse muy despacio. En unos minutos tendrán que ponerse en marcha.

Inés murmura:

—A ver si esta es la buena.

Cándido dice:

—Yo no contaría con ello, pero ojalá me equivoque.

Y dice:

—Si necesitas el paracetamol, estoy al otro lado de este cacharro.

Samuel quiere decirle algo, pero el anciano ya se ha dado la

vuelta y está bordeando la caravana. Vuelve a su coche, sintiendo en la espalda el peso de las miradas de los niños.

Antes de entrar, Samuel se da cuenta de que Alfonso les ha estado observando. De pie, medio cuerpo Riera del taxi, en silencio.

Se oye el cierre hidráulico de la puerta del autobús. El taxista vuelve dentro y arranca. Ni siquiera dedica un segundo de atención a Samuel.

Pone en marcha el motor. Suelta un ronroneo agradecido. Echa un vistazo a la caravana por el retrovisor. Ahora hay alguien al volante. Samuel se plantea bajar e ir a hablar con él, pero el atasco se está moviendo. Tiene razón, no le apetece que empiecen a pitarle los de atrás. Mete primera.

En el espejo retrovisor, la forma del coche amarillo se va haciendo más pequeña hasta que desaparece. Para bien o para mal. Tiene la certeza de que todos los conductores le miran. Pero no es una sensación desagradable. Esta gente le necesita. Hay un asesino suelto. Se ha cometido un crimen y alguien tiene que dar con el culpable. Ese alguien es un policía.

Tienen suerte de que esté aquí, piensa Samuel mientras conduce. Él se encargará de todo. Pueden confiar en él. Espera que esta no sea la definitiva. Solo un poco más de atasco. Un poco más.

Lo justo para encontrarlo.

4

TARDAN UNAS TRES HORAS en recorrer los siguientes diez kilómetros. Es lo máximo que han recorrido desde hace un par de días. Han pasado varios desvíos. Están tan atestados como la autopista. Imposible salir por ellos. Un atasco que se bifurca y vuelve a bifurcarse. Esto no lo ha provocado un accidente. Simplemente son demasiados. La carretera no puede con ellos. Todo el mundo intenta huir a alguna parte y por eso todos están atrapados. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Continúan, es lo único que pueden hacer. Conducir, frenar, esperar, arrancar, conducir. La autopista se ha convertido en un discurrir de tiempo sin espacio. Podría ser al contrario, de espacio sin tiempo. Viven todos en un lugar que no es ningún lugar. Avanzando en el mismo sitio. Esta llanura infinita, esta nada marrón por la que solo pasa el viento. Una sucesión de arranques y frenazos, de pitidos y arengas dirigidas a nadie en particular. Se mueven o sueñan que se mueven. No hay diferencia.

Hay un momento en que Samuel piensa que lo van a conseguir, que hoy será el día en que salgan de esta salmuera humana. Lo siente por el médico. Lo siente mucho por él y por esta gente. Podría haberlo atrapado. Sabe que podría haberlo hecho de haber tenido la oportunidad. Podría haber dado con el asesino y haberle preguntado: ¿por qué? Ahora no será así. El atasco se descongestionará y cada uno seguirá su camino. El asesino llegará a casa de su familia, les abrazará, les dirá que les ha echado de menos y, por dentro, Samuel lo sabe, lo sabe, vaya si lo sabe, por dentro estará pensando en él. En que le ha ganado. En que lo último que podía haber hecho bien antes de que se acabase el mundo también ha salido mal.

Entonces ve el toro.

La carretera hace una curva y se convierte en una cuesta. Aún

no han abandonado la llanura pero empieza a insinuarse un cambio. Aparecen las primeras elevaciones de terreno. Sobre una de ellas hay un toro. Una de esas construcciones tan castizas. Samuel pensaba que las habían retirado todas hace años. Qué coño es esto. En qué parte de esta autopista hay sitio para un toro indultado. Su silueta negra hace que se le pongan los vellos de punta.

Hay una cruz en el toro.

Alguien lo bastante loco o lo bastante borracho ha arrancado parte del toro hasta formar una cruz enorme. Probablemente los tajos sean bastos e irregulares desde cerca, pero a esta distancia se distingue una perfecta cruz cortada a golpes de segueta en el mismo centro de su cuerpo. Un toro y una cruz. Le recorre un escalofrío. Tiene miedo. Un miedo que no sentía desde la ciudad, desde el descampado, desde el *led* azul. El sol brilla a través de la cruz, lanzando una enorme sombra sobre ellos. En algún lugar de su cabeza, en el agujero del que surgen sus ausencias, Samuel imagina aspas de luz recorriendo la autopista bajo la forma del toro. Lo opuesto a una bendición. Deteniéndose sobre él. El toro y la sombra del toro y la cruz en llamas a través de esa sombra señalando en su dirección. Señalándolo a él.

Samuel.

Le tiembla la mandíbula. Siente que se va. El volante traquetea bajo el temblor de sus manos. No puede evitarlo. Está a punto de hundirse en otra ausencia. Perderá el control del coche y se estrellará.

A lo mejor mata a alguien.

Un pitido.

Un pitido. Un claxon. No ha sido justo detrás de él, pero ha bastado para sobresaltarle. Sacude la cabeza. Está despierto. No ha tenido ninguna ausencia. El toro sigue ahí pero el sol no brilla a través de la cruz. El sol está alto, achicharrando desde el cielo.

El tráfico avanza. Cuando pasa cerca del toro, Samuel se obliga a mirar al frente. A Alicia. La matrícula de Alicia. La marca del coche de Alicia, aunque es consciente de que la olvidará enseguida. A lo mejor tiene un tumor. El coche de Abreu en el carril de la derecha. El coche de Ruth en el de la izquierda.

Samuel frunce el ceño. Un líquido rezuma por un lateral del maletero de Ruth. Va dejando un hilillo en la carretera a medida

que avanzan. Quizá se le ha roto algo. Tendrá que recordárselo en cuanto paren.

Sus temores se confirman un poco más adelante. La hilera de coches se detiene. El toro aún se distingue a su espalda. La cruz seguirá ahí hasta la próxima vez que se muevan.

Samuel sale del coche, obligándose a no mirar atrás. A su lado, Tote baja la ventanilla del copiloto y le habla casi a gritos:

—¿Qué piensas, socio? ¿Vale la pena o no?

Samuel no entiende a qué se refiere. Tote señala con el mentón.

A pocos kilómetros de distancia, en medio de la llanura, hay un pueblo.

Tote dice:

—A lo mejor encontramos una radio que funcione. A lo mejor tienen internet.

Abreu le responde:

—Ya. No tienen ni carretera y van a tener internet.

—Pues a lo mejor una tele. Algo que nos diga qué está pasando en el mundo.

—¿De verdad quieres saber lo que está pasado en el mundo?

No debe de estar a más de cinco kilómetros. El campanario de una iglesia destaca por encima de un puñado de tejados parduscos y nidos de cigüeñas. Un pueblo castellano de los que aparecen en folletos de turismo rural. No hay desvío que lleve hasta él a pesar de estar casi a pie de autopista. Un camino de tierra surge entre el macizo de casas y se diluye en mitad del llano. Más allá de la compacta línea de tejados se abre una nada mustia de campos de labranza. Nadie recuerda haber visto una señal anunciando el nombre del pueblo.

Tote dice:

—No sé, de agua andamos muy mal. Yo por lo menos. Y esto no avanza.

Están junto al quitamiedos del carril derecho. Todos. Solo el hippie permanece en su caravana, ajeno al interrogante que representa ese manojo de casas. A lo largo de la autopista hay varios grupos de personas que contemplan el pueblo. Conversando. Señalando. Parecen tan desesperados como ellos. Tripas vacías, gargantas secas. Bebés hambrientos. Algunos ya han rebasado el quitamiedos y se internan por la llanura. Una procesión de figuras

casi repartidas al azar bajo ese sol de justicia. Pañuelos anudados en la cabeza, sudor chorreando de camisas y blusas. Cargan botellas y carritos de la compra. Vienen de diferentes puntos del atasco. Hay quien acelera el paso.

Cándido menea la cabeza.

—Parecen aves de rapiña.

Alfonso comenta:

—No me extrañaría que empezasen los palos cuando lleguen al pueblo. En cuanto dos tíos vean una pata de jamón a la vez se liará parda.

Tote:

—¿Crees que habrá patas de jamón?

—No somos los primeros en pasar por aquí —les recuerda Cándido—. Si había algo en el pueblo, ya habrán arramplado con todo.

Abreu pregunta en voz alta:

—Pero ¿y si no? ¿Y si la gente no se atreve a acercarse pensando eso mismo?

—¿Qué opinas tú, Samuel? —Alicia.

Antes de hablar, él inspira hondo y suelta todo el aire por la nariz, el ceño fruncido y las manos en los bolsillos.

—Puede que no esté abandonado. Quizá haya gente metida en sus casas. Gente que no quiere que le roben la última pata de jamón.

Alicia asiente, pero en su rostro hay una suerte de decepción. Verla hace que Samuel no se sienta bien.

Ruth interviene:

—Pero a lo mejor hay una fuente. O un pozo. A nadie le importaría si se coge agua del pozo, ¿no?

Inés dice:

—Los niños tienen mucha sed. Casi no nos queda agua.

—A lo mejor podría acercarse alguien —sugiere Abreu—. Alguien que pueda cargar con agua y comida.

Cándido insiste:

—¿Y si es peligroso?

—Entonces tendría que ir alguien que no tenga miedo de soltar una hostia —dice Abreu, mirando a Samuel.

—Yo podría ir —se ofrece Inés— si alguien les echa un ojo a los

niños.

—No, hombre, no. ¿Cómo vas a ir tú? ¿Qué nos vas a traer, una botella de litro para todos? —salta el taxista casi al instante.

—Puedo cargar… —empieza a protestar la maestra.

Abreu pone cara de inocente. Y sigue clavando la vista en Samuel.

—¿Quién podría ir, entonces?

Alfonso dice:

—Pues yo, quién va a ser. Anda que si no fuera por mí ibais listos. Tú te quedas aquí, Inés.

La maestra ensaya un gesto apocado con la cabeza, aunque no cruza la mirada con él.

—Pero oye —protesta Abreu—, que a lo mejor puede encargarse alguien más.

Cándido dice:

—Os estáis equivocando. Ese pueblo no nos va a traer más que problemas.

Ha pasado con creces la hora de comer, pero nadie quiere pensar en eso. A algunos ya les han sorprendido los mareos por la falta de azúcar. Y los calambres. Se puede aguantar mucho sin comer, pero el tiempo se convierte en un goteo de melaza entre sudores y espasmos. No hablan de ello. Todavía no. Porque hablar del hambre significa admitir que no van a salir pronto, que hoy tampoco se va a terminar el atasco.

Samuel cruza una mirada con Cándido. En los ojos del anciano ve la cruda realidad: el atasco podría no acabar nunca. Esa mierda que tienen detrás podría darles alcance mientras están ahí atrapados. Y entonces, se acabó.

Así que Samuel anuncia:

—Yo también voy.

—Pues yo también —Tote, casi como un eco.

Cándido le corta:

—Un momento, un momento. Samuel, necesito que te quedes. Hay algo de lo que quería hablar contigo.

—Puedes acompañarnos y hablar por el camino.

Samuel abre la puerta de su coche. Se inclina sobre el asiento del copiloto y abre la guantera. Hay una pistola dentro. La coge con cuidado, la sopesa. Hace ademán de introducírsela en el pantalón.

No está seguro de ser capaz de dispararla, de lo que pasará si tiene que hacerlo. En su mente puede ver a la gente saliendo de sus coches, echando a correr, el terror expandiéndose como una mancha. Alicia atrapada en la estampida. Pisoteada.

La devuelve a la guantera.

Alfonso y los demás le esperan junto al quitamiedos. El anciano juega su última carta:

—Samuel, me da miedo dejar a Alicia sola.

—Eh —salta ella—, que a mí no hay que cuidarme. No me voy a romper.

Samuel se encoge de hombros.

—Ya la has oído. Y además no está sola. Estará contigo y con Abreu, Inés y Ruth. No tardaremos. —Hay un momento para un último pensamiento—. Tenle un ojo echado al hippie, por favor.

—Vámonos —dice Alfonso, contento de tomar las riendas por un momento—. Coged todas las botellas vacías. Antes de que anochezca tenemos que estar aquí con el agua.

—Tened cuidado —dice Alicia. Alarga una mano, sus dedos rozan el brazo de Samuel—. Ten cuidado, madero.

Cuando saltan el quitamiedos y empiezan a descender hacia el llano, Ruth echa a correr hacia ellos.

—¡Esperadme! ¡Voy con vosotros!

Ninguno reacciona, ni para detenerla ni para alentarla. Tote no deja de moverse.

—Esto no podría haber pasado en diciembre. Me cago en la puta del calor.

El camino hasta el pueblo lo hacen en silencio. La distancia es engañosa, y lo que al principio parecían pocos kilómetros se convierte en más de dos horas de caminata. El vacío en el estómago es el preludio de un terremoto. No hablan. Desde aquí abajo, en la llanura, el pueblo ya no parece un inocente puñado de casas. Parece algo más. Da miedo. Hay más gente que camina en su misma dirección, grupos tan callados y ceñudos como ellos mismos. Se escrutan de reojo. No saben qué hay en el pueblo, pero saben qué pasará si no hay suficiente. Es un pensamiento que nadie se atreve a formular. La tierra cruje a cada paso. Son muchos pasos.

Tropiezan con algo en un punto del llano. Un carrito de la compra, volcado en medio de la nada, cuajado de cagadas de

pájaro, las junturas llorando óxido. Tote se acerca. Samuel también. Los dos miran el carro en silencio. Sopla un poco de brisa. No reconforta en absoluto.

Tote dice:

—Se acabó, ¿no, socio? Se acabó de verdad. Esto es real. Es el fin del mundo.

Samuel no contesta. No quiere decir que sí. No quiere decir que esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba. Echa a andar en pos de los demás. Al poco, Tote le sigue. El carro muerto queda atrás.

Cuando alcanzan el pueblo tienen calambres en las piernas. El camino se eleva en una pequeña cuesta hasta lo que podría ser una entrada. Hay gente que ya la está subiendo. Ellos les observan con envidia, la misma con la que los más rezagados les observan a ellos. Están sudando. Alfonso tiene la cara congestionada. El miedo contrae el rostro de Tote. Es Ruth quien parece más entera.

Se adentran en el pueblo.

Muros de cal viva salpicados de una lluvia que cayó embarrada hace mil años. Y algo más. En la primera casa que ven hay una pintada. Una palabra escrita a brochazos: MARCHARSE.

Ninguno comenta nada.

Samuel juraría que un grupo de tres hombres ha subido la cuesta justo antes que ellos, pero no se les ve. Todo está en silencio.

La voz de Alfonso es un acordeón roto:

—Tendremos que separarnos y buscar.

Tote pregunta:

—¿Buscar qué?

El taxista se encoge de hombros.

Ruth dice:

—Una fuente. Un pozo. Un sitio donde haya agua.

—No nos vamos a separar y punto —Samuel—. Vamos a dar una vuelta. A ver si encontramos a la gente del pueblo.

—¿Y si la gente no quiere que la encontremos?

Tote dice:

—Peor.

Y dice:

—¿Y si sí quieren?

—Disculpa.

Se vuelve.

—¿Sí?

—Eres Alicia, ¿verdad?

—Y usted es Cándido.

—Eso es. Encantado, Alicia. No me digas de usted, por favor.

—Como quieras.

—Quería pedirte perdón por lo de antes.

—¿Por qué?

—Por tratarte como si fueras una cosa que hay que cuidar. Solo lo dije para que Samuel se quedase.

Ella esboza una media sonrisa que, sin ser verdadera, lo parece.

—No pasa nada. A las embarazadas nos suele pasar.

—Ya. Qué me vas a contar.

Tienes hijos. Tienes nietos. Esas serían las preguntas siguientes. Ella no las formula. Pasan los segundos. Ambos miran en dirección al pueblo. La tierra seca, estrías abiertas en su piel de pedrusco. Es Alicia quien retoma la conversación:

—No me puedo creer que esto esté pasando.

—Pues ya somos dos.

—Es casi como un sueño. Como una de esas películas de catástrofes.

—Lo malo es que al final de esas películas todos se salvan. Y a nosotros no hay quien nos salve.

—No digas eso.

Va a añadir algo más, pero un pitido corta sus palabras. Alicia se echa mano al bolsillo del abrigo. Saca un teléfono móvil. En la pantalla hay un nombre en letras mayúsculas. Cándido la observa en silencio. El pulgar de Alicia que duda sobre la pantalla. El pitido que se repite. Y se repite. El pulgar que pulsa la pantalla. El silencio.

Cándido suelta el aire y dice:

—Creía que esos cacharros ya no funcionaban.

Ella devuelve el móvil al bolsillo. Dice:

—El mío funciona. No sé por qué.

—Comprendo.

El pueblo, a lo lejos, atiende a su conversación. El día se embrutece por segundos. El mundo es marrón. No hay nada más amargo que el aire que respiran, nada más triste que el sonido que trae el viento. Es la música de una tierra que se despide.

—¿Dónde está el padre, Alicia?

—¿Qué padre?

Cándido hace un gesto neutro. Ella se encoge de hombros.

—Estoy yo.

Ya no le mira. Mira al pueblo. Al llano. A la nada.

—¿Es niño o niña?

Ella tarda unos segundos en replicar:

—¿De qué tienes miedo, Cándido?

—¿A qué te refieres?

—Antes has hecho todo lo posible para que nadie vaya al pueblo.

Cándido asiente. Se estira y señala hacia la llanura.

—Mira hacia allá, Alicia. ¿Qué ves?

Ella se encoge de hombros.

—Veo el pueblo. El campanario.

—¿Qué más?

—No sé, ¿qué quieres que vea?

—¿Ves la gente?

—Sí, claro.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Pues hacia allí, hacia el pueblo.

—¿Ves a alguien que vuelva?

Alicia abre la boca para replicar, pero guarda silencio.

Al cabo de unos segundos dice:

—A lo mejor debería meterme en el coche. Pronto refrescará. Además, me está matando la espalda.

—Claro. Abrígate, no te vayas a enfermar con el cambio de temperatura.

Ella da media vuelta y se aleja renqueando. No llega a dar cinco pasos antes de que Cándido la llame.

—Alicia.

—¿Qué? —sin volverse. Casi sin voz.

—A lo mejor al final alguien nos salva.

El sonido llega entonces hasta ellos. Un quejido estridente y prolongado. Les sobresalta. Podría ser el chillido de un animal siendo degollado. Podría no ser un animal.

Viene del pueblo.

No es más que una madeja de apenas diez calles entrecruzadas. Han

tardado menos de veinte minutos en recorrerlo. La cal de las paredes abrasa. Las macetas abandonadas en los balcones recuerdan a dientes podridos. Los hierros de las ventanas están carcomidos por un óxido antiguo. Un suelo de adoquines irregulares, casi desparramados como semillas que no van a crecer. Las cuestas se entrecruzan y hacen que las casas bailen. No han visto un alma. Como si nadie hubiera vivido jamás aquí. Como si al pueblo no le hubiera dado tiempo a tener fantasmas.

A través de las ventanas abiertas se vislumbran habitaciones vacías. Camas hechas, cocinas fregadas, la más pulcra de las nadas. Samuel se ha asomado por un ventanal. Al otro lado hay un salón sumido en una penumbra de almíbar. Sillas ordenadas junto a una mesa vestida de croché. Fotos en blanco y negro en las paredes. Una puerta encajada por la que se cuela un resquicio de claridad. En mitad del suelo hay unas gafas rotas. Samuel siente cómo se le mueven las tripas ante ese objeto tan prosaico y tan huérfano, ese cristal hecho pedazos, esas patillas dobladas. Cómo han llegado esas gafas ahí. En qué momento se han roto. Quién las ha visto caer y ha decidido no volver a por ellas.

Han seguido caminando.

En mitad del nudo de calles hay una plaza. Una iglesia en un extremo, en el otro un bar. La iglesia está cerrada. El bar, forzado. El letrero exhibe un nombre anodino, de esos que se olvidan segundos después de haberlo dejado atrás. De la puerta destrozada a patadas cuelga la mitad de una reja metálica. Tiene algo de postal triste. La foto que mostraría un periódico de derechas el día después de una huelga. Hace pensar en algo que se ha echado a perder. El bochorno ahoga, el aire es de barro.

Tras la reja, la puerta del bar está abierta. Desde dentro no llega el menor sonido.

Tote dice:

—Deberíamos irnos.

—¿Así, sin más? Ni hablar.

Alfonso está pensando en esas patas de jamón. En latas de conserva. En refrescos. Cartones de huevos, leche condensada. Azúcar. Aunque le asaltase la misma sensación, el mismo picor en los pulgares que siente Samuel, el hambre seguiría siendo más fuerte. Aquí reina ese vacío en el estómago, ese ligero temblor en

las manos que uno espera que pase pronto, que no sea nada. Ese rostro negro y sin dientes del que nadie quiere hablar.

Tote le ayuda a descolgar el resto de la reja. La cortina metálica cede tras un par de patadas y tirones. Cae al suelo con un chirrido de matanza. El estruendo debe de haberse oído a kilómetros de distancia. Nadie se mueve. Alfonso titubea como si hubiese puesto en marcha algo irreparable. Los ojos de Tote saltan de una ventana a otra, de una puerta a otra, de una calle a otra. Algo va a suceder, está seguro. Pero no sucede nada.

Es Ruth quien resquebraja el ámbar del miedo.

—¿Qué pasa? Ya hemos llegado hasta aquí, ¿no? Venga, para adentro.

Pasa entre Tote y Alfonso y entra en el bar.

Los tres hombres se miran. Ninguno quiere enfrentarse a la idea que acaba de asomarse por su cabeza. Dar media vuelta, echar a andar, volver a los coches. Dejar a Ruth dentro del bar. Sería horrible, pero la hora de las cosas horribles ya ha llegado. También sería fácil. No hablarían de ello. Los demás no preguntarían. El pueblo está en silencio.

Samuel entra. Tote y Alfonso lo siguen un segundo después.

Un par de golpes en su puerta. Cándido se sobresalta. Es Abreu. Baja la ventanilla.

—Hola.

Los dos índices de Abreu le señalan. Detrás de ellos hay una sonrisa.

—Cándido, ¿verdad?

—Exacto.

—Eso. —La sonrisa desciende un par de grados pero no desaparece—. Esto está muy tranquilo, Cándido. ¿Te importa que me siente contigo? Así nos hacemos compañía.

Un parpadeo, una pausa. La sonrisa vuelve a ensancharse.

Cándido dice:

—Claro, hombre, entra.

Abreu bordea el coche y se reclina en el asiento del copiloto. Su nariz se arruga durante menos de un segundo. Estira todo el cuerpo, poniéndose cómodo.

—Me encanta tu coche, Cándido. Es muy amplio por dentro.

Echa una mirada hacia atrás. Hacia las garrafas de agua que

descansan sobre los asientos traseros.

—Oye, lo de antes ha sido impresionante. Has sabido rebajar la tensión. Esos salvajes estaban a punto de pegarse.

—No ha sido nada.

Abreu asiente con vehemencia.

—Sí que lo ha sido, Cándido. Vaya si lo ha sido. Mira, yo me gano la vida con las palabras y sé el poder que tienen. Por eso reconozco cuando alguien sabe usarlas bien. Y déjame decirte que tú eres un maestro.

—Vaya, pues muchas gracias, hombre.

Abreu se echa para atrás con aire de satisfacción.

—Te lo digo porque te respeto, ¿sabes? El respeto hay que ganárselo y tú lo has hecho con creces —adopta un aire de confidencia—. Nunca viene mal tener un compañero a quien respetar y a quien echar una mano en estas situaciones. Alguien que te entienda a un nivel de comunicación…

—Javier, ¿verdad?

Abreu no llega a driblar el corte de Cándido.

—Sí.

Cándido dice:

—Mira, Javier. Llevas un ratito aquí dentro. Me encanta que me den palique como a cualquiera, pero ya te he visto echar tres vistazos a las garrafas de agua que llevo ahí detrás y eso no me gusta.

Se inclina hacia él.

Y dice:

—Si necesitas agua puedes pedírmela, no hay problema. Pero te daré la que yo crea que te hace falta. Y si se te está pasando por la cabeza llevarte una gota de más, te corto los cojones y te los meto en la boca. A ti y a quien decida ayudarte. ¿Me has entendido, Javier?

Abreu ha enmudecido.

—Te he preguntado si me has entendido.

Él asiente muy despacio.

—Bien. Ahora podemos seguir charlando sobre niveles de comunicación. O puedes volverte a tu coche, lo que te apetezca más.

Abreu guarda silencio durante unos segundos. Luego abre la

puerta, sale y la vuelve a cerrar. Con cuidado.

Cándido se acomoda en el asiento.

—Era bueno con los niños. Lidiar con cincuenta y tres de estos no es fácil. Tenía mucha paciencia.

Alicia asiente. Está sentada en el asiento del conductor de apoyo, junto a la puerta del autobús. Inés, en el del conductor, arrebujada en un pareo, las piernas cruzadas. Los niños dormitan.

—¿Pero podía ayudarte en algo de verdad?

—Tenía voluntad, pero ningún material. Pero vamos, por lo menos era médico. A veces ayuda más ver el estetoscopio que una medicina de verdad. Cuando a alguno le entraba un berrinche, lo llevaba a su coche y se calmaba. Pensaban que les iba a poner una inyección.

Alicia suspira.

—Samuel piensa que ha sido alguien de aquí cerca.

Inés no responde. Hay poco que responder. Hablan bajo, para no despertar a los niños.

—Nunca pensé que sería así.

—¿Cómo creías que sería?

—Bueno, la Biblia es muy clara.

—¿Y te creías lo que dice la Biblia?

Inés asiente.

—Pues sí. ¿Te parece una tontería?

Alicia lo piensa un segundo. Se encoge de hombros.

—Ya nada me parece una tontería, Inés. Hay fines del mundo para todos los gustos. Todos estábamos igual de equivocados y eso no ha importado.

Se quita las gafas. Han dejado una marca muy profunda en el puente de la nariz.

—Da igual en lo que creas. El mundo no necesita creencias para terminarse.

La maestra asiente. El silencio entre ellas no llega a cristalizarse. Basta un susurro de Inés para quebrarlo:

—¿Crees que dolerá?

—No lo sé.

—Tengo mucho miedo.

Alicia le tiende la mano. Ella la sujeta.

—Yo también —duda un instante antes de añadir—. Anoche le

di un beso al madero.

Inés alza las cejas.

Alicia dice:

—Tenía que contárselo a alguien. Perdona.

—No te preocupes.

Aunque lo que tiene en mente es otra cosa. Dónde está el padre del niño, Alicia. Adónde vas, Alicia. De qué estás huyendo, Alicia. Por qué estás aquí, Alicia. Por qué estás sola, Alicia.

Pero lo que dice es:

—¿Qué va a pasar ahora?

Alicia niega con la cabeza.

—No tengo la menor idea.

El bar está oscuro. Ruth está quieta casi a la entrada, muy rígida. Samuel se sitúa a su lado. Las mesas y las sillas están volcadas. El espejo detrás de la barra está roto. Un trozo se ha desprendido dejando un desconchón. Manchas de grasa en las paredes. Telarañas sin inquilinos. Carteles de corridas de toros antiguas, publicidad de marcas de whisky y anís. Pero nada más. Ni una sola botella, ni un sobre de azúcar. Samuel mira por detrás de la barra. Está todo lleno de cristales.

Alfonso suelta un taco. Tote, detrás de él, atisba en la penumbra. Al fondo del bar se distingue una puerta. Debe de ser la puerta de los servicios. Solo hay una. Está entreabierta. Desde donde está, Tote percibe un olor penetrante. Da un paso en su dirección. Hay algo en esa puerta. No, no es eso. Da un paso más. No hay algo en la puerta, sino detrás de la puerta. Otro paso. Algo se ha movido detrás de la puerta. Otro más. Algo, alguien, detrás de esa puerta entreabierta. Y otro. Alguien encorvado, meciéndose adelante y atrás, riéndose por lo bajo. Detrás de la puerta. Aferrando un cuchillo con dedos rígidos. En silencio. Esperando. Un paso más y podrá abrirla, mirar dentro. Ver ese algo que le está esperando.

Tote se detiene delante de la puerta.

Se está abriendo sola.

El estruendo de cristales le arranca un grito.

—¡Mierda! ¡Joder, me cago en la puta!

Ruth está detrás de la barra, inclinada sobre las neveras donde se guardan los refrescos y el hielo. Ha cerrado una de un portazo y otro trozo de espejo se ha desprendido.

Alfonso pone en palabras lo que todos ya saben:

—Aquí no hay nada.

Ruth lanza un chillido y sale corriendo del bar.

Tote se gira.

La puerta no se ha movido.

A Ruth le falta el aire cuando llega al centro de la plaza. Resuella. Se retuerce las manos, se clava las uñas en la palma. Intenta aguantar las ganas de llorar pero no lo consigue. Quiere arañarse la cara, arañar la de alguno de esos tres subnormales. Arañarle la cara al mundo entero y a eso que viene detrás de ellos y a todo el fuego y la rabia y las nubes y la tierra y los pájaros que han dejado de volar. Ruth está furiosa. Ruth está asustada.

Por fin brota el llanto.

—¿Qué estoy haciendo aquí? Por Dios bendito, ¿qué estoy haciendo aquí? Aquí no hay nada. No tendría que haberme ido tan lejos, aquí no hay nada, aquí no hay nada. Tenía que haberlo sabido. Se lo han llevado todo.

Está caminando en círculos y ni siquiera se da cuenta. Gesticula como una loca, como esas locas de los pueblos de antes. Despeinada. Los ojos llorosos, rojos. Ni una bolsa de hielo. Ni una. No sabe qué va a hacer. No va a llegar. No quiere ni pensar…

Se topa con la verja de la iglesia como si le hubiera salido al paso. Se agarra a los barrotes y llora un poco más. Ojalá Dios estuviera allí.

Sus ojos se detienen en la puerta principal.

El llanto se le corta en seco.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda.

Retrocede. Sus pies se enredan en algo que ni siquiera está ahí. Cae al suelo, se muerde la lengua. Unas lágrimas repentinas que nada tienen que ver con la pena le enturbian la vista, pero ni aun así es capaz de apartarla de lo que hay en la puerta de la iglesia.

El corazón se le desboca.

El pueblo. El pueblo en silencio. El pueblo observando.

En algún sitio, detrás de ellos, alguien ha grabado una cruz en un toro. Una cruz irregular, hecha a trazos bastos con una segueta. O con un cuchillo grande.

Ruth echa a correr hacia el bar.

5

PRONTO SERÁ DE NOCHE. Aún no han regresado.

El atasco no se ha movido. Cuando el sol cae se lleva el calor consigo. Ahora refresca. La gente que seguía montando guardia en el arcén se ha vuelto a su vehículo.

Por su propia definición, un coche debería ser lo más alejado a una prisión. Aquí es lo más parecido. Cándido podría abrir la puerta, salir y echar a andar en cualquier dirección. Pero cualquier dirección es la dirección equivocada. No hay manera de escapar. Las paredes son de aire. Los barrotes están hechos de noche. El sol se está poniendo y no han regresado. La llanura es un perro abandonado, molido a palos por un cinturón acostumbrado a la carne de niño.

—Vamos. Vamos.

Cándido atisba cada pocos segundos, y cada pocos se dice que debe calmarse, esperar, desentenderse. Que aparecerán tarde o temprano. Que están bien.

—Vamos, coño.

Se inclina un poco y palpa debajo del asiento del copiloto. Lo que hay allí abajo le reconforta. Pero la preocupación no desaparece.

—No quiero perderos a vosotros también.

Y vuelve a escrutar la llanura. Buscándoles.

El sol se ha puesto ya, pero aún hay claridad. Los niños se resisten a dormir. Rodri le ha pegado a Cristina. La niña ha llorado durante lo que parecen horas. Inés ha querido llevársela con ella a la parte de delante, cogerla entre sus brazos y arrullarla hasta que se quedase dormida. Pero no puede ser. Sabe que los demás querrían lo mismo, que empezarían a sollozar, a hacer pucheros. Y el llanto se extendería por todos ellos. Ha tenido que dejar a Cristina llorando sola en su asiento. Están inquietos. Se tocan las barrigas, sollozan

porque tienen hambre. Algunos se quejan de dolores que podrían ser reales o imaginarios; Inés no los sabe distinguir. Otros llevan horas sumidos en un letargo que la asusta más, mucho más que todo lo que está pasando. No quiere pensar en palabras como coma, inanición, muerte. Inés mira adelante. Le duele la espalda y tiene un pitido en el oído derecho que no desaparece. Están cuchicheando. Algunos se ríen. Se ríen de ella. No se duermen. Y es justo en este momento, ahora que el sol se ha puesto, que aún hay claridad y que los niños se resisten a dormir, es en este momento cuando Inés podría matarlos a todos. A cualquiera.

—Vas a salir de esta, figura. Vaya que sí, nos ha jodido. Tú eres el único que puede hacerlo. Campeón.

Abreu deslía el pollo. Hurga en el hueco izquierdo de la puerta y saca la caja de un

CD

. Vierte un poco de cocaína sobre ella. Sus ojos se encuentran con los de su reflejo en el retrovisor. Se estudia las patas de gallo, cuenta con disgusto los primeros apuntes de canas, las zonas de la frente donde el pelo clarea. Las venillas hinchadas alrededor del marrón anodino en los iris.

—En todas las catástrofes hay supervivientes. Gente que pierde y que gana, esto es así. Es ley de vida. Y tú no vas a perder. Tú te vas a salvar porque eres un pedazo de escritor.

Hace dos líneas irregulares con el carné de la piscina. Enrolla un billete de diez. Cada vez está más oscuro. Se mete una y luego la otra.

—Mira a tu alrededor. Esta gente está muerta. Todos muertos. Pero tú no. Este es tu año, Javier. Tú te vas a salvar porque…

Está recogiendo con la yema del índice los restos de cocaína que quedan sobre la caja cuando llega la arcada. A estas alturas ya no le sorprende. Se convulsiona. Intenta retenerlo dentro. Le tiembla todo el cuerpo. El frío lo envuelve. Manotea debajo del asiento y saca una toalla de gimnasio, muy sucia. Justo a tiempo. La segunda arcada lo sacude por completo. Suelta un breve vómito sobre la toalla. Boquea, vomita de nuevo. Suda. La cuarta sacudida es la última. Se derrumba en el asiento, resoplando. Su mandíbula es una peonza, imposible hacer que se esté quieta. Tiene la boca y la barbilla embadurnadas. Gime. Al cerrar los ojos, dos lágrimas

desbordan los párpados y recorren su rostro. Deja la toalla a un lado. Está manchada de sangre.

Es de noche. Algunos coches encienden las luces, siempre las cortas. Otros, la luz del interior. La mayoría se acurruca en el asiento de atrás y espera a que pase la oscuridad. Vuelven los miedos de antaño. Criaturas que se resguardan de un cielo que no comprenden. La caravana descansa impertérrita como un ídolo flotando en el océano. Nada sucede a su alrededor. Allí no estás invitado.

En algún momento se intuye un movimiento. Una figura pasa a la parte de delante. Se acomoda en el asiento del conductor. Silba, muy bajito, una canción que estuvo de moda hace varios veranos. Unos dedos lían un cigarrillo. Hay un chasquido. Una llama ilumina unas hebras de tabaco, las envuelve, las consume. Ya es de noche. Una bocanada de humo. Una brasa que se ilumina en la oscuridad. Esperando.

Alicia cambia de postura. Y vuelve a cambiar. Está incómoda. Apenas puede moverse. Le duelen las cervicales. Los músculos agarrotados. Se asoma una vez más por encima del horizonte de la ventanilla.

—Dónde estás, madero.

Ya no se les vería aunque estuvieran a pocos metros, la noche ha engullido el llano, el pueblo, a Samuel, a los otros. Ahora solo existe el coche. El coche tiene un parásito en su interior. Se llama Alicia. Alicia tiene algo en su interior. No es un parásito, no es un parásito. No lo es.

Rebusca en el bolsillo de la rebeca. Sus dedos tocan el plástico del teléfono. Lo sostiene. Acaricia los bordes con una mano. La otra descansa sobre el vientre. La piel estirada al máximo. El preludio de unas horribles estrías. Le duelen los pechos. Han empezado a supurar un liquidito que no parece leche. Quizá sí es leche. La ha probado y le sabe rara. No quiere decir amarga, no quiere decir cortada. Rara. De repente tiene ganas de gritar. Toca un botón y la pantalla le ilumina la cara. Tecla a tecla, va marcando un número. Está respirando muy fuerte. La mano sobre el vientre aprieta la piel. Tiene ganas de rasgarla, llegar hasta dentro, tirar. Ya falta poco. Ya falta poco. No pasa nada. Todo está bien. Todo es como antes. No pasa nada.

Pulsa la tecla verde. El número se convierte en un nombre. Se lleva el teléfono al oído.

Da señal.

Alicia aparta el teléfono y pulsa la tecla roja. Le flaquean las piernas. Respira por la nariz.

Está rechinando los dientes. No debería hacerlo. Se obliga a dejar de hacerlo. Unos cuatro segundos después rechina los dientes. Mira a través de la ventanilla. La noche está ahí. Casi se diría que quiere llamarla. La noche y nada más. No hay luna; solo unas estrellas que jamás sabrá reconocer.

Alicia vuelve a marcar el número. Su dedo se detiene sobre el botón verde.

El teléfono suena. Alicia da un grito y lo deja caer. Sus latidos se multiplican y redoblan en sus oídos. El teléfono sigue sonando en el suelo.

Es entonces cuando oye las voces.

Samuel.

La llamada se corta.

Alicia sale a la noche.

Están resoplando. Los faros del coche de Cándido les dibujan sombras en la cara. Alfonso tiene dos amplios círculos de sudor alrededor de los sobacos. Tote está muy pálido. Le tiemblan las manos. No deja de mirar por encima del hombro. Hacia atrás. Ruth se abraza a sí misma, apartada varios metros de ellos. Samuel es el único que no demuestra emoción alguna. Se mantiene ahí, de brazos cruzados. En silencio.

—Ni agua, ni comida, ni nada —está diciendo Tote—. Solo un susto y una caminata que para nosotros se queda. No veas el carrerón que nos hemos pegado en cuanto ha empezado a oscurecer.

Están apoyados en el quitamiedos, entre el coche de Abreu y el taxi de Alfonso. Cándido ha salido a recibirles. Inés y el hippie no. Abreu tampoco. Ya es noche cerrada. La sensación de vacío deja claro que ha pasado la hora de cenar. Cómo será morirse de sed. A qué extremos llegarán cuando el hambre mande más que la razón.

Pero no. No puede ser. El atasco tiene que terminar antes. Alguien tiene que hacer algo.

Alguien tiene que salvarles.

Cándido dice:

—Aún me queda una garrafa y media. Venga, no os preocupéis. Probablemente mañana…

Ruth le interrumpe:

—Me voy a mi coche. Para escuchar tonterías mejor intento dormir.

Se echa a un lado para no tocar a nadie, como si tuvieran una enfermedad contagiosa. Al pasar junto a Alicia le dedica una mirada venenosa.

—Quítate de en medio.

Ella se aparta. En la oscuridad se oye el tintineo de unas llaves, una puerta que se abre y vuelve a cerrarse. La silueta de Ruth desaparece en el contorno del coche. Una boa constrictor que se ha tragado un tigre. Las luces traseras se iluminan y acto seguido se oye el zumbido del aire acondicionado puesto al máximo. Alicia se fija en un chorrito de agua que gotea de la parte de atrás del automóvil de Ruth. En otro momento se lo comentaría, pero ahora ni se le pasa por la cabeza.

Alfonso, apoyado en la parte delantera del taxi, las manazas en las rodillas y la respiración convertida en un hilo. Tiene aspecto de estar al borde de un infarto. No deja de mirar hacia atrás.

Tote continúa:

—Había sangre. La puerta de la iglesia estaba llena de sangre. Pero eso no es lo peor.

—No hace falta que lo cuentes todo.

Samuel ha hablado con tono tajante pero Tote está demasiado excitado para notar que no es una sugerencia.

—Había un brazo, os lo juro. Ruth lo vio. Qué coño, lo vimos todos. Había un brazo enganchado en la puerta de la iglesia. Estaba colgando del aldabón. Era un brazo de mujer. No tenía pelo y tenía las uñas pintadas de verde chillón y tenía, tenía…

Se le rompe la voz. Algo cruje en la llanura. Como si vinieran tras ellos. Como si la tierra no pudiese aguantar el peso de la noche. Como si les hubieran seguido. El sonido les sobresalta. Alicia entiende ahora ese temblor, la expresión torva de Alfonso, el silencio taciturno que envuelve a Samuel.

Cándido abre los brazos. Alicia está segura de que va a decir: os lo dije.

—Ya ha pasado. Ahora estáis aquí. En breve nos pondremos en marcha y nos olvidaremos de ese sitio.

Tote dice:

—Macho, no me voy a olvidar de esto en mi vida.

—¿En tu vida?

La voz de Alfonso está tan crispada como sus puños. Se yergue con dificultad. Está gritando antes de acabar la primera frase:

—¿En qué vida? ¿En qué mierda de vida no te vas a olvidar, subnormal? Que nos vamos a morir todos, cojones, que no os enteráis. ¡Que esto es el fin del mundo, me cago en mi puta nación!

Tote retrocede. Alfonso se abalanza sobre él. Gotas de saliva le salpican. Un puñetazo del taxista bastaría para hundirle la nariz en la cara.

—Ya estoy harto de ti.

Cándido aparece detrás de Alfonso. Sus manos se mueven. Una de sus piernas bloquea las del taxista. Es difícil comprender lo que hace entonces. Todo sucede demasiado rápido. Un instante y Alfonso está en el suelo. El anciano está entre él y Tote.

Las venas en el cuello de Alfonso se hinchan. Cándido gira medio cuerpo, los pies plantados en el asfalto, casi una postura casual. Su expresión, en cambio, rebosa severidad. Sus ojos son dos picos de hielo clavados en el taxista.

—Ya está bien de gritos y de amenazas. Todos estamos de camino a algún sitio. Lo menos que podemos hacer es ayudarnos mientras no llegamos. Si estás asustado, yo también. Pero no voy a dejar que lo pagues con los demás.

La mandíbula de Alfonso tiembla. No dice nada, solo se yergue. Samuel da un paso lateral y se sitúa junto al anciano.

—Vete a dormir, Alfonso.

El taxista no reacciona durante unos segundos. Todo está quieto, como un cuadro. Solo su respiración de fuelle les recuerda que están vivos, que el tiempo pasa, que Cándido acaba de tumbar a un tipo que pesa el doble que él.

Alfonso se levanta y da media vuelta. Cierra con un portazo que apuntala el silencio en la llanura. Su oronda silueta se acurruca en la parte de atrás del taxi. Alicia le augura pocas horas de sueño.

Cándido y Samuel se giran hacia Tote. No está ahí. Se ha escabullido hasta su coche y lucha por encontrar la llave en su

llavero, que tintinea.

—Ya te dará las gracias mañana —comenta Samuel.

—No hace falta que me las dé.

Alicia se acerca a ellos.

—¿Cómo has sido capaz de hacer eso?

Cándido se encoge de hombros.

—Estuve yendo tres años a clases de judo con mi nieto. Es más fácil de lo que parece cuando te explican el truco.

Los ojos de Samuel y de Alicia se encuentran. Ninguno se atreve a preguntar por ese nieto.

—Ha sido impresionante.

—Es que no me gustan los abusones. Los bullis, decís ahora los jóvenes, ¿no? Como el restaurante.

Los tres comparten una mueca que no se parece a una sonrisa. Cándido vuelve a encogerse de hombros. Alicia mira a Samuel.

—Me alegro de verte, madero.

Él asiente. Ojalá se atreviese a sonreírle. A mirarla a la cara, al menos. Cándido carraspea.

—Este día ha sido muy largo. Me voy a dormir, os dejo.

—Sí —conviene Alicia, aunque no se dirige al anciano—. Lo mejor es que todos nos…

Les interrumpe el estruendo de dos coches chocando.

Las manos de Tote tiemblan. Llevan todo el día temblando. Le cuesta fijar la vista. Se le caen las llaves al suelo. Las recoge. Se le vuelven a caer. No es por Alfonso. Alfonso solo ha abierto la puerta. Es por la mano. Es por esa mano agarrada todavía al pomo de la iglesia. Los demás no quisieron mirar, pero él no pudo evitarlo. Ruth había dicho que era una mano de mujer. Tenía que verla. Tenía que verla, hostia. Y ahora no puede dejar de verla. Una perfecta mano de uñas pintadas, pegada a un brazo sin cuerpo. Dónde ha terminado tu cuerpo. Qué han hecho con él. Qué están haciendo con él ahora, mientras miro tu mano agarrada a ese pomo en mitad de una mancha de sangre. Se le caen las llaves al suelo.

—Joder. Joder, joder,

jo-der.

Se muerde el labio para dejar de repetirlo. Si no lo hace, no parará hasta gastarse la lengua, hasta perder la saliva y la razón. Se hace sangre. La paladea en la punta de la lengua. No es un sabor

desagradable. A la cuarta, la puerta del automóvil se abre. Tote se arroja en el asiento. Ignora el olor a rancio. Total, es un olor que viene de él. Aprieta las llaves con fuerza. El metal aserrado se le clava en la carne. Ojalá tuviese algo que llevarse a la boca. Dulce, salado, lo que fuese. Cualquier cosa. Pero no hay nada. Por delante hay kilómetros de luces rojas. Por detrás, entre ellos, deben de estar hablando de él. Tote les espía por el retrovisor y es entonces cuando ve a la vieja.

Está en el asiento de atrás.

Tote no está seguro de lo que ocurre a continuación. Grita, eso está claro. Grita mucho. Sus ojos son incapaces de mantenerse en ningún sitio. El corazón se le desboca y cada latido es una aguja y desordena el mundo y sus manos están sobre el volante y de repente el coche está en marcha y las ruedas chirrían y se impulsa hacia delante y la vieja, la vieja, la vieja detrás del asiento alargando las manos hacia él, la boca hacia su cuello y los dientes podridos y el coche de Ruth está delante y no tiene tiempo de girar el volante y lo embiste. Su nariz golpea contra el volante.

Airbag, piensa, y todo desaparece.

Abreu es el primero en oír el golpe y el último en acercarse. Lo que hace es fingir que no lo ha oído. Enciende la radio, se deja mecer por el sonido amargo de la estática. Cómo le gustaría volver a oír música. Han pasado un par de días desde que la batería de su móvil murió, y aunque lleva el cargador en la guantera, no se atreve. No atreverse es una de sus señas de identidad, pero prefiere no pensar en eso.

Su dedo se detiene sobre el dial cuando oye los gritos de Ruth.

Suspira.

—Siempre jodiendo al pobre Abreu.

Todavía busca un poco más en el dial antes de salir. Bordea el coche de Alicia. Ruth sigue gritando. Joder, el coche de Tote la ha embestido por detrás. Un montón de gente se ha asomado a ver qué ocurre. Qué fuerte. Cualquiera sabe lo que le habrá dado al yoncarra. Porque está claro que es un yoncarra, vamos, se ve a la legua.

Inés y Alicia están ahí. Abreu se asoma entre ellas.

Se le seca la boca.

El maletero del coche de Ruth está abierto. El metal se ha

hundido por el choque. Por las abolladuras y hendiduras caen chorros de agua. La puerta se ha abierto como un resorte. Las piernas de Abreu flaquean.

En el maletero hay un cadáver. Es un chico joven. Veinteañero, poco más. Está tumbado en una posición inusual. Cuatro neveras de playa rodean su cuerpo. Tres de ellas están abiertas, desparraman agua por todas partes. La piel de la cara del cadáver está gris y cubierta de una pelusa blanca. Tiene la boca abierta, los labios azulados. Unos ojos muy quietos observan el cielo. Secos.

Ruth está junto al maletero. Su cara está arrugada, pero no hay sorpresa ni dolor en ella. Lo que hay es rabia.

—Me cago en vuestra puta madre. Me cago en la putísima madre que os parió a todos. ¿Qué miráis, eh? ¡¿Qué cojones miráis?!

Samuel y Cándido han sacado a Tote y lo están tendiendo en el suelo. Cuando su cabeza toca el asfalto, Tote se reanima. Levanta la cabeza. La sangre le chorrea desde la nariz por toda la camiseta. Manotea en el aire intentando agarrarse a algo. Cándido le sujeta las manos, lo obliga a tenderse de nuevo.

Tote mastica las palabras:

—La vieja.

Y repite:

—La vieja.

Ruth se agarra al maletero. Su puño en alto es una amenaza. Nadie sabe cómo reaccionar. Hay un muerto en su maletero y ella lo está protegiendo a manos desnudas.

Ruth dice:

—¡No lo miréis! ¡Dejadnos en paz!

Se le escapa un sollozo.

Y dice:

—Dejadnos en paz. Solo queremos salir de aquí.

Se inclina sobre el cadáver. Lo abraza. Lo besa. El agua chorrea sobre sus pies. No parece importarle, ni eso ni la peste. Llora.

Inés se acerca a ella. Intenta hablar:

—Tranquila, Ruth, por favor, cálmate —carraspea y, de pronto, se lanza—. ¿Quién… quién es?

Ella se vuelve como una cobra. Inés retrocede.

—¿Qué pasa, no te atreves a decirlo en voz alta? Te crees que he

sido yo, ¿verdad? Te crees que yo he matado al médico.

La voz de Ruth borbotea entre sollozos. Se sorbe la nariz. Dice:

—Es mi hijo. Mi Pablo. Se me mató en casa cuando empezó todo esto. Vivía conmigo desde que lo echaron del piso.

Las lágrimas y los mocos empantanan sus palabras.

Y dice:

—Me lo encontré muerto en el baño la misma noche que lo anunciaron por la televisión. Me lo llevo al pueblo. Al pueblo de los abuelos. Ay, Pablo, mi Pablo, que se me ha matado…

Es imposible entenderla tras el velo de sus gemidos. Ya no queda agua, está toda derramada. Al lado de la carretera, junto a Tote, Samuel y Cándido intercambian una mirada. El policía niega con la cabeza y su mirada tropieza con Alicia.

Alicia tiene los ojos desorbitados. Las gafas los magnifican, los convierten en dos satélites oscuros y acuosos. Sus dedos se entrelazan por encima del vientre. Ella también niega, la boca abierta, las aletas de la nariz tensas.

Samuel la llama:

—¿Alicia? ¿Estás bien?

Ella gira sobre sus talones y sale corriendo.

—¡Alicia!

Alicia cree que corre. En realidad se bambolea con torpeza hacia delante. Tanto como le permite el dolor en las rodillas, en los riñones. La pierna izquierda casi no le responde. Tiene una punzada en la base de la espalda. Un peso enorme que quiere arrastrarla hacia el suelo. Ese peso no es de ella. Es algo distinto, ajeno. Alicia se resiste. Las lágrimas emborronan un mundo que ya se ha emborronado solo. Algunos coches tienen las luces encendidas. Se asoman cabezas al verla pasar. Ella corre y corre. Se golpea las piernas con los parachoques, tropieza, cimbrea, sigue corriendo. Los faros la deslumbran. Los puños apretados. Oye su nombre a su espalda. Quiere huir hasta llegar a un sitio seguro, hasta poder tumbarse y dormir y que mañana por la mañana nada, nada, nada de esto haya sucedido. Paladear el alivio de descubrir que no hay razón para la angustia, para la pena. Para el duelo.

Sus pulmones no aguantan más. Se detiene. Apoya la mano en un capó. El metal está helado. Las yemas de los dedos se le duermen. Hay coches por todas partes. Un punzón al rojo en el

vientre. Alicia grita. Mira hacia delante, a los lados. No sabe dónde está. No reconoce nada. No entiende qué está pasando. Quiere pedir socorro. Está perdida. Y el dolor. Tiene calambres y su estómago es una nada negra y sucia. Se ha meado encima. El sudor que le cubre la frente, que le gotea por la espalda, ya está frío. Gira sobre sí misma, y vuelve a girar. Luces. Tiende las manos. Boquea. Quiere llamar a alguien, pero no hay nadie a quien llamar.

Nadie.

Unas manos agarran las suyas. Un cuerpo robusto la envuelve con brazos firmes. El olor a sudor de Samuel le inunda el olfato. Alicia deja que las lágrimas fluyan. Apoya la cabeza en su pecho. Respira hondo. Estoy aquí, dice él. Ya está. No te preocupes. Ya está. Ya ha pasado.

Los ojos de Alicia se abren.

—¡No!

Se zafa de un empujón. Lo coge por sorpresa. Samuel choca contra el coche de al lado. Alicia le abofetea. Y vuelve a hacerlo.

—No me toques, madero. No ha pasado en absoluto. Hemos dejado un muerto atrás y viajamos con otro muerto. Nos vamos a morir todos y tú quieres salvarme. O eres imbécil o estás ciego o las dos cosas.

Él levanta las manos.

—Alicia…

—No me llames Alicia. No me llames nada. Déjame en paz.

Samuel ensaya un último intento de alargar la mano, de tocarla. Ella le da la espalda y echa a andar de vuelta. Sola.

En el arcén, tumbado junto a los coches abollados, Tote sigue murmurando. La vieja, la vieja está detrás, la vieja está detrás.

Han conseguido separar los dos coches. El morro del automóvil de Tote está muy tocado pero puede conducir. A pesar de que ha recuperado la consciencia, se ha sumido en un silencio enconado de brazos cruzados. No ha sido diferente con Ruth. En cuanto han podido cerrar el maletero, se ha metido en el coche y ha subido las ventanillas. Sentada. Mirando a la oscuridad cara a cara.

Cada uno ha regresado a su vehículo en silencio. A alguno se le ha pasado por la cabeza la idea de discutir si es sano llevar en un maletero un cadáver en pleno proceso de descomposición, pero nadie ha tenido ganas de hacerlo. Quizá mañana.

Ahora todo está quieto. Las luces se van apagando a medida que el cuchillo de las horas se adentra en la noche. Inés intenta conciliar el sueño. Le duele muchísimo la espalda. Lleva días durmiendo sentada. No quiere pensar en lo que le está haciendo el autobús a sus cervicales. Pensar, en general, es malo. Cerrar los párpados es descorrer el telón que cubre las malas ideas. Qué voy a hacer, qué voy a hacer con ellos, Dios mío. Inés reza un padrenuestro, muy bajo, esperando que los niños no se hayan despertado con el jaleo. Esperando que tantas cosas no se sepan.

Suenan unos golpes en la puerta del autobús.

Una silueta le hace señas desde abajo. Hay unos segundos de inquietud que dan paso al fastidio. Es Alfonso. Le está haciendo gestos para que abra la puerta. Inés niega con la cabeza. Entonces Alfonso se abre la chaqueta y le muestra algo.

Es una botella pequeña llena de agua.

Inés frunce el ceño. Duda, pero solo un momento. Pulsa un botón y por favor, por favor, por favor que no se despierten. La puerta hidráulica emite un siseo. Se abre. Alfonso hace ademán de subir, pero ella le detiene agitando una mano. Se arrebuja en la manta y sale.

Los dos se miran sin verse realmente. Dos siluetas negras, temblorosas. Inés traga saliva. Alfonso huele muy mal. Aquí nadie puede ducharse, pero sospecha que él tampoco lo hacía con demasiada frecuencia antes.

—Alfonso, es muy tarde. Los niños…

Él agita la botella delante de ella. Carraspea y dice:

—Agua.

Y lo repite:

—Agua.

Abre la botella. Al oír el ruido del plástico, Inés nota la sed más en el estómago que en la boca.

—La encontré en una esquina del bar. Estaba cerrada, no creo que la hayan mordido las ratas. —Se la tiende—. Toma.

Inés agarra la botella sin disimular el temblor de las manos. Quiere preguntarle por qué se la ha traído a ella, así, a escondidas, de madrugada. Pero no se atreve. Mejor no oír la respuesta.

—Gracias. No es mucho, pero a los niños les vendrá muy bien.

Él se la arrebata de un manotazo. La cierra. Su silueta negra se

agranda.

—Qué niños ni niños. Es para ti. Para ti y para mí.

Da un paso adelante, que ella corresponde retrocediendo dos. Menea la cabeza.

—Eso no puede ser, Alfonso. Los niños tienen sed.

Alfonso la agarra del brazo. Le hace daño. Tira hacia él. El olor a sudor casi escuece. Alfonso se ha quedado muy callado. La mano aprieta el brazo de Inés, muy fuerte. Ella tiembla, paralizada, los ojos desorbitados ante su silueta negra y terrible.

Desde dentro del autobús se oyen los primeros llantos. Una de las cortinas se descorre. Alguien les observa. La silueta de una niña.

Hay un segundo, solo un segundo, en que Inés está segura de que el taxista no va a soltarla. Luego la presión desaparece. Se separa. Ella vuelve hasta el autobús, los ojos clavados en la mancha feroz que es Alfonso. Entra de espaldas y pulsa el botón de cierre. La puerta vuelve a emitir el siseo hidráulico y sella el fracaso de lo que fuera que Alfonso tuviera en mente en esta hora de demonios.

Los niños están llorando otra vez.

El corazón de Inés bombea a cañonazos en sus oídos.

Se seca una lágrima con el dorso de la mano y se adentra en el autobús.

Alfonso ve cerrarse la puerta. La boca torcida. Los nudillos blancos. Tiene la garganta seca y un vacío raro en el estómago. Despacio, como si estuviese pensando en otra cosa, abre la botella de agua. Da media vuelta. Los pocos pasos que separan el autobús de su taxi bastan para vaciar su contenido sobre el asfalto.

Es de madrugada.

Hace frío.

Dentro de unas horas habrá amanecido. Volverá la claridad y con ella el calor. Así no aguantará. Así su Pablo no llegará al pueblo de los abuelos. Ruth no está loca. Todos ellos creen que sí, pero se equivocan. No saben lo que es encontrarte a tu hijo muerto. Metido en una bañera. Las muñecas abiertas y todo rojo. Y tener que sacarlo. Lavarlo. Quitarle toda la sangre del cuerpo. Y vestirlo bien, ponerlo decente, con los calzoncillos limpios, como ella siempre le dijo que llevase al paro, para que no lo vieran con los calzoncillos sucios si le daba un desmayo. No saben lo que es cargarlo en el maletero de un coche, bien frío. Para que aguante.

No saben lo que es echarse a la carretera a enterrar a tu hijo.

Ruth mira hacia el frente, a la oscuridad, y piensa: no soy tonta. Os creéis que sí, pero no. Ella también ha visto esa pelusilla en las mejillas de Pablo. Ella también sabe que se está pudriendo. Que no va a llegar. Pero sí que lo va a hacer. Vaya si va a llegar. Aunque sea… no, de aunque nada. Va a ser la última cosa que haga en su vida. Llegará hasta la casa de los abuelos, se echará al hombro la pala que su padre tenía en el cuarto de las herramientas y cavará un agujero para los restos de su hijo. Luego se sentará a esperar. A lo mejor pondrá la tele.

Suenan un par de golpes en el cristal de la ventanilla. Ruth no se sobresalta. Ya nada sobresalta a Ruth. Entorna los ojos, reconoce a la figura en la oscuridad. Baja la ventanilla. Apoya el codo en el hueco, con el ceño fruncido y un sapo purulento en la boca.

—¿Qué quieres? ¿No estás viendo la hora que es?

Entonces ve la llave inglesa.

6

ESTA VEZ ES SAMUEL QUIEN LA ENCUENTRA. Se despierta manoteando, abrazado a algo que se le escurre como un pez. Tarda unos segundos en darse cuenta de dónde está. No hay quien se acostumbre al dolor de cuello, a los pinchazos en la espalda, a las dentelladas de nada en el estómago. Pero lo peor es el sueño. El mismo, una y otra vez. Se ha desperezado para sacudírselo.

No quiere pensar en el sueño. Quiere pensar en el asesino.

Policía. Soy policía, joder. Los policías atrapan asesinos. Los encuentran. Los matan.

Le cuesta centrar la cabeza. Está un poco mareado. Se mira en el espejo retrovisor. Le están saliendo pupas en la comisura de la boca. Las roza con la punta de los dedos. Duelen. Me cago en la puta, duelen una barbaridad.

Se le cuela un pensamiento en la cabeza. Es lo mismo que quería el médico. Eso es lo que Samuel podría haberle dicho ayer a Ruth. Se le ocurre ahora, claro. Como siempre pasa con las buenas réplicas. Samuel baja la ventanilla y se asoma fuera. Hay una llave inglesa tirada en el asfalto. La cabeza apoyada sobre la línea continua. Hay sangre sobre ella. Trocitos de piel. Grumos rojos, algunos más oscuros que otros.

A esta hora de la mañana empieza a subir la temperatura. Pronto costará respirar.

Samuel se acerca al coche de Ruth. Una mano cuelga, laxa, asomando por la ventanilla. Una mano brusca, con los nudillos muy marcados, la piel de un tono enfermizo. Sobre todo ahora. Samuel mira dentro del coche.

Ruth tiene la cara hundida. Colgajos sanguinolentos cayendo sobre el regazo. Rojo oscuro con algunas partes blancuzcas.

Una claridad desvaída se insinúa en el cielo. A lo mejor es hoy. A lo mejor todo se acaba hoy. Su último día sobre la tierra. Samuel

se pregunta qué día será. No hay nada más triste que morirse un martes. Dentro de poco empezarán a despertarse.

Tiene que pensar qué decirles.

Se queda mirando la llave inglesa.

Tirada en mitad del asfalto.

Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Hay otra cosa que tiene que hacer.

Samuel da un par de golpes suaves. El cristal baja con un chirrido plástico. Del interior surge una bocanada de aire empantanado, mezcla de sudor y pedos. Samuel se resiste a mirar dentro. Otea el horizonte de metal. El ceño fruncido.

Alfonso no ha abierto la boca. Ni siquiera le mira. Su dedo índice tabletea sobre el volante. Sincopado. Nervioso. Por qué estás nervioso, Alfonso.

—Han matado a Ruth. Acabo de encontrar el cuerpo.

Alfonso no dice nada.

—Estaba en su coche.

El índice sigue golpeando el volante.

—Le han destrozado la cara.

Rítmicamente.

—Con tu llave inglesa.

El dedo se detiene. Alfonso sigue sin cruzar la mirada con Samuel. En ese momento, en ese justo momento, el policía siente que nada va a salir bien, que cada paso que ha dado ha sido en falso. Que va a seguir equivocándose hasta el final.

—Dame tus llaves, Alfonso.

—Yo estaba en el pueblo.

—Alfonso, dame las llaves de tu coche.

—Estaba en el pueblo contigo.

—Alfonso.

—El taxi estaba abierto. Cualquiera pudo haber cogido la llave inglesa.

—¿Notaste que faltaba?

Alfonso le mira a los ojos y dice:

—Yo no he sido.

Y lo dice con la convicción que los mentirosos alcanzan tras años de entrenamiento.

—Desde el asesinato del médico has amenazado a dos personas.

Te tiraste encima de Tote. Intentaste abrirme la cabeza con una llave inglesa. La misma con la que le han abierto la cabeza a Ruth.

Se inclina hacia él.

Y dice:

—Dame las putas llaves.

—¿Por qué tendría que dártelas? ¿Quién eres para darme órdenes?

—Tengo una pistola.

Un parpadeo. El taxista se lame los labios. Los tiene muy secos y agrietados, pequeñas heriditas que supuran sangre. Hinchados de tanto lamérselos.

—¿La llevas encima?

Samuel no responde.

Alfonso duda.

Quita la llave del contacto y se la tiende.

—Te vas a arrepentir de esto. Te lo juro por Dios.

Samuel pulsa un botón del llavero. Los elevalunas ascienden. Alfonso se le queda mirando detrás de la ventanilla del coche cerrado. El policía prefiere no pensar en lo que acaba de decir. Podría darse cuenta de que tiene razón.

—Todos sabéis lo que está pasando —dice Samuel—. El médico murió hace dos días. Le han estrangulado. Anoche alguien asesinó a Ruth. No hace falta que os diga cómo. Está muerta.

Inés dice:

—Pero ¿quién? Por Dios, ¿quién haría una cosa así?

La maestra tiembla. A su lado, Cándido hace ademán de reconfortarla. Abreu contempla el espacio entre las punteras de sus náuticos, las manos enterradas en los bolsillos. Tote tiene la cara hinchada. La nariz convertida en un fruto extraño y maduro. Un paisaje de arrugas en la camiseta sucia, en los pantalones, en el rostro. Ha vomitado. Y va a volver a hacerlo. Como todos. Esa bilis apestosa y pálida que anuncia un estómago vacío. Tote está de cuerpo presente pero se nota que su cabeza está a años luz.

La noticia también se ha extendido por los alrededores. Otro cadáver. Asesinato. Ahora nadie se acerca. Un manto hecho de algo invisible y pesado ha caído sobre ellos. Están apestados y no queda tiempo para redimirse. Lo ven en la cara de la gente que les espía desde lejos. Ahí, entre esos vehículos, hay algo que mata a la gente.

No les hables. No les mires.

Samuel dice:

—Hay que ser muy fuerte para usar esa cosa como arma. Debe de pesar un quintal.

Abreu pregunta:

—¿Quieres que volvamos a los coches? ¿A pensar?

No hay rastro de sarcasmo en su voz. Lo que hay es miedo. Está asustado. Quiere meterse en el coche, echar los cierres y dejar que otro se ocupe. Sus ojos enrojecidos escrutan las caras de todos ellos. Ninguno se atreve a asomarse dentro del vehículo de Ruth.

Inés pregunta entre hipidos:

—¿Qué vamos a hacer?

—Nos va a matar a todos —sentencia Tote.

—Cállate, Tote.

—¡No me da la gana de callarme, hostia! —dice con voz nasal—. ¿Te parece normal lo que han hecho con esta mujer? ¡Se la han cargado de un mazazo! ¡Solo quería llevar a su hijo a su pueblo para enterrarlo, y mira cómo ha terminado!

Está llorando antes de acabar. Cándido intenta palmearle la espalda, pero él se zafa. Regresa trastabillando a su coche. Sin querer, le da una patada a la llave inglesa. La herramienta sale despedida y rebasa tintineando el quitamiedos. Se detiene en mitad del primer carril del otro lado. Tote se queda quieto. No pasa nada durante unos segundos.

—Puedo saltar a recogerla —propone en un ronquido. Las lágrimas corren por su cara hinchada.

Samuel niega con la cabeza.

—No te molestes.

Tote desaparece en la parte trasera de su automóvil. El calor de la mañana seca la saliva en la boca, la convierte en arena.

Cándido carraspea.

—Samuel…

El policía se ha dado la vuelta. Les da la espalda. Se apoya en el capó de Ruth.

—Ocurrió por la noche, eso está claro.

—Samuel…

—La ventanilla está bajada. La víctima conocía al asesino. Le tocó en el cristal. Ruth bajó la ventanilla. Probablemente…

—Samuel, por favor.

—… cruzó una palabra o dos con ella. Para que se confiara. Tenía el arma preparada. Quiero pensar que fue con las dos manos. Trayectoria descendente. A lo mejor no hace falta alguien tan fuerte. Solo alguien con agallas para matar.

Abreu dice:

—Vámonos. Mejor dejarlo trabajar.

Esta vez sí que hay sarcasmo. La frase se clava dentro de Samuel. Reacciona sin pensar. Se abalanza sobre él. Lo agarra desde atrás, le pasa los brazos por debajo de las axilas, lo inmoviliza.

—A lo mejor quieres ayudarme tú a trabajar. ¿Eh? ¿Qué me dices? ¿Te apetece echarme una mano?

Inés chilla. Abreu la secunda. Samuel lo arrastra hasta el coche de Ruth. Lo obliga a asomarse por la ventanilla. La cara de Abreu está a pocos centímetros de la del cadáver. Siente el olor crudo. Hay un par de moscas posadas sobre un ojo. Abreu también está llorando. Inés le suplica. Abreu le suplica.

La mano de Cándido se posa sobre el hombro de Samuel. Ambos se miran. Samuel tiene las mandíbulas apretadas. Todo su cuerpo tiembla. El anciano niega con la cabeza. Samuel se da cuenta de que lo siguiente que iba a hacer era estampar la cara de Abreu contra los restos de Ruth. Lo suelta. Abreu se deja caer al suelo y se escabulle a gatas. Inés se cubre la boca con las manos.

El policía se apoya sobre el capó. La mano de Cándido sigue en su hombro. Esa mano es un desagüe, una ventana a través de la cual se escapa la tensión, las ganas de matar, el miedo a morir. Suspira.

Cándido dice:

—Será mejor que volváis a vuestros coches. Yo me quedo con él.

Abreu ya ha desaparecido tras el automóvil de Ruth. Inés hace lo mismo. Solo cuando se han ido es capaz de erguirse. De enfrentarse a Cándido. En sus ojos descubre que no le está juzgando.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo has sido capaz de hacer lo mismo tres veces desde ayer?

Samuel sabe que Cándido se encogerá de hombros y hará alguna especie de chascarrillo. Para su sorpresa, los ojos del anciano se humedecen.

—Mi mujer murió. Antes de que empezara esto.

Una lágrima rebasa el párpado, cae como caen los cuerpos

muertos y se estampa en su camisa.

Y dice:

—Teníamos tres hijos. José Antonio se mató en un accidente de coche, con su mujer y mi nieta Jennifer. A Tomás lo apalearon en una manifestación. Sergio se tiró por la ventana hace unos días. Me llamó por teléfono y se despidió de mí.

Otra lágrima resbala por la mejilla de Cándido. Su voz no tiembla. Habla muy despacio, quizá sea por eso. Samuel traga saliva.

—No me quedan amigos, ni familia. No me queda nadie, Samuel. Es terrible ser el último. Terrible, de verdad. Nadie va a despedirse de mí. Me ha tocado a mí despedirme de todos ellos.

Cándido suelta un ruido que no es una risa. Samuel no sabe lo que es.

Y dice:

—Yo qué sé; es como si al nacer te adjudicaran el número de entierros a los que tendrás que ir. Es muy cruel que te toque el número más alto. Que tengas que ir a todos y nadie vaya al tuyo.

Samuel no sabe qué contestar a eso.

Cándido dice:

—En cuanto mi hijo me dijo lo que iba a hacer y colgó el teléfono, bajé a la calle. Bueno, mentira. Primero lloré. Lloré un montón. Luego bajé, me monté en el coche y empecé a conducir. No sé adónde voy. No quiero ir a ningún lado. Simplemente, no quiero estar sentado esperando a que suceda. —Abarca alrededor con los brazos—. Pero aquí estoy. Resulta que me toca esperar sentado. No quería morir solo, pero aquí dentro es donde más solo me he sentido en mi vida.

Ha dicho aquí dentro. No aquí fuera. Aquí dentro. Samuel se da cuenta de que tiene razón. Cándido echa mano del bolsillo y saca un pañuelo de tela. Tiene sus iniciales bordadas. Se seca las lágrimas y luego se suena la nariz.

—No quiero que os pase nada. Ya está. Es así de sencillo. No quiero ir a más entierros, aunque por aquí hay alguien que parece empeñado en lo contrario. Es lo que quería decirte ayer. Que quería… que quiero ayudarte a encontrarlo. A encontrar al que ha hecho esto.

Samuel asiente. El impulso de abrazar a Cándido electriza por

un momento sus brazos y su nuca, pero ese arranque absurdo de emoción no eclosiona más que en un asentimiento. Intenta hablar. Tiene la boca seca. Tampoco sabe muy bien qué decirle.

—Lo vamos a encontrar.

Es lo que le sale, pero suena tan vacío que siente una punzada de vergüenza.

—¿Quieres que te deje solo mientras… bueno, mientras haces algo?

Samuel no responde. Y eso ya es una respuesta.

—Está bien. Voy a repartir el agua de las garrafas.

Antes de morir, Abreu acabará pensando en la niña. En lo fácil que resultó todo. Como si estuviera ya pensado. Como si existiera el destino. Podría haberla echado a patadas. Inés podría haber cambiado de opinión. Ella podría haberse ido sola y él habría observado cómo se alejaba. En silencio. Habría tenido otra cosa en qué ocupar sus últimos pensamientos. Pero no ha sido así, y lo único en lo que podrá pensar cuando llegue el momento será en ella. Porque el momento llegará. Pronto.

El reparto de Cándido ha alcanzado para casi llenar una botellita de medio litro a cada uno. Abreu le ha dado las gracias. Vuelve a su coche rumiando la envidia de pensar que cada uno tiene una igual. Que los niños se han llevado la mayor parte. Los días de supervivencia que le proporcionaría esa agua si se la pudiera beber él solo. La atracción casi erótica de esa garrafa medio llena antes de, me cago en la leche, desperdiciarla en dar de beber a un puñado de desgraciados que de todos modos se van a morir. Él no. Él no piensa morirse. Nos ha jodido. Habrá supervivientes y él será uno de ellos. Perdedores y ganadores, como siempre. Todo eso está pensando cuando se encuentra con la niña.

Se queda paralizado. La niña está dentro de su coche. Sentada en el asiento de la derecha. Abreu lo rodea despacio. Se detiene delante de la puerta. Ella no le mira. Está sucia, el pelo negro despeinado. Tiene la piel muy morena. Abreu no tiene mucha experiencia con niños. Ninguna, de hecho. A lo mejor tiene ocho años o a lo mejor diez, cualquiera sabe.

Lleva un uniforme de escuela.

Mierda.

—No —dice en voz alta—. No, no, no, no. Ni hablar. Ni de coña,

hombre. Lo que me faltaba.

Se pelea con el cierre. Está cerrado por dentro. Me cago en su puta madre. Da la vuelta al coche y abre su puerta. El pánico que ha sentido cuando Samuel casi lo estampa contra la muerta se ha convertido en vergüenza, y ahora esa vergüenza ha eclosionado en rabia pura.

Ella sigue sin prestarle atención. Abreu se inclina hacia dentro.

—Tú, ya te estás saliendo. Venga, al autobús.

Basta el mero contacto de sus dedos. Un chillido de pizarra arañada desgarra los oídos de Abreu. Salta hacia atrás. La niña continúa chillando unos segundos más, las manos apretadas en el regazo, los ojos cerrados como puños. Se corta abruptamente para respirar.

—Me cago en la puta que me parió, joder. ¡Que te salgas!

Ella ha vuelto a ignorarle. Contempla el paisaje, los reflejos que el sol arranca a las chapas metalizadas.

—Te vas a enterar.

Gira sobre sus talones para echar a andar hacia el autobús. Pero se detiene.

Se detiene, sí. De pronto lo último que le apetece es ir a hablar con Inés, explicarle que se le ha escapado una mocosa, volver a escuchar ese cuchillo de porcelana que tiene la niña en la garganta. La rabia se diluye. Se siente cansado. Desganado.

Así que da media vuelta y se mete en el coche.

Silencio.

Él la mira.

Ella a él no.

Abreu da un trago de agua.

—¿No deberías estar en el autobús?

No reacciona. Tiene unos ojos enormes, negros. Unos ojos que en pocos años podrían llegar a hipnotizar a hombres y mujeres.

—¿Qué tal si te llevo de vuelta con Inés? ¿Eh, con la profe?

Silencio.

—En cuanto se dé cuenta de que no estás se va a poner muy triste.

Nada. Ni un parpadeo.

Abreu tuerce el gesto, mira alrededor como si hubiera una salida de esa situación escondida en alguna parte. Suspira y le enseña la

botella.

—Ni se te ocurra pensar que vamos a compartirla.

Y así comienza.

Alicia no se ha acercado al coche de Cándido a por agua. Ha escuchado la pelea de Samuel y Abreu desde su vehículo. Inclinada lo poco que le permite la tripa, su frente golpea el volante débilmente, una y otra vez. Tiene ganas de tocarse la barriga pero se obliga a no hacerlo. Está sentada sobre las manos. Los puños cerrados, apretados con fuerza. El sonido húmedo de su frente contra el cuero. Los pantalones en los que se orinó anoche están en el maletero; ahora se ha puesto como ha podido un chándal que le aprieta. Está incómoda. Aquí el tiempo no pasa igual que fuera. Aquí el hueco en el estómago se transforma en hormigas ardiendo que le recorren la piel de los brazos, el cuello, los muslos, que le debilitan las rodillas hinchadas y le arañan los ojos desde dentro del cráneo. Alicia no piensa en la sangre junto al coche de Ruth, en la piel y el pelo adherida a la llave inglesa. No piensa en nada de todo eso. Lo que ocupa su mente es el cuerpo en el maletero. El hijo de Ruth. Abrazado a sí mismo. Muerto. En esa posición. Sin más. En ese maletero negro, lleno de agua fría, estéril, podrida.

Una silueta aparece delante de su coche. Samuel. Tiene las manos en los bolsillos. Está despeinado, como siempre. Aparece y se queda ahí. Duda, se nota que duda. Por fin se atreve a hacerle un gesto: señala con el mentón el hueco junto a ella. Alicia se encoge de hombros. Él bordea el coche y entra.

Ninguno de los dos habla.

Alicia sentada sobre las manos. Los puños apretados. Quiere tocarse la barriga pero se obliga a no hacerlo. Hormigas recorriendo sus brazos. Samuel a su lado. Recorriendo su nuca. No se miran. Recorriendo sus muslos. Ella respira hondo, se traga el olor de él. Hormigas ardiendo. Samuel suelta el aire por la nariz. A falta de que conversen ellos lo hacen sus respiraciones, desacostumbradas la una a la otra. Si él espera algo, ella no está dispuesta a dárselo. Ahora no. Hoy no. No con ese cadáver en el maletero. En medio de esa agua muerta.

Samuel abre la puerta y sale. De un portazo.

Alicia libera las manos. Lenta, muy lentamente, las deposita encima de la barriga. Un calor húmedo brota de sus ojos, baja por

sus mejillas. Da un manotazo contra el volante.

Entonces ve el humo.

Tote también lo ve. Ha salido de su coche y se apoya en la puerta abierta, una pierna todavía dentro. Tiene la boca seca. Una columna de humo negro se eleva desde más allá del horizonte. Un humo espeso, grosero.

—Eso no es bueno. No es nada bueno.

Es Cándido quien ha hablado. Tote se acerca más al automóvil, aunque no se mete dentro. Cándido se apoya en el techo desde el otro lado. Sus dedos tamborilean sobre el metal.

Tote pregunta:

—¿Qué quieres?

—Solo charlar contigo, hombre. ¿Puedo entrar?

—Tú mismo.

Cándido se acomoda como puede en el asiento. Si le molesta el olor a rancio, prefiere callárselo. Tote también se sienta pero no cierra la puerta. El calor asfixia.

—¿Qué pasó anoche, Tote? ¿Por qué embestiste el coche de Ruth?

—Yo no he hecho nada.

—No he dicho lo contrario, hombre.

—Ya. Pero me estás preguntando.

—Es que a Ruth no le puedo preguntar. Y fue tu coche el que se estrelló contra ella.

—Mira, socio…

Deja la palabra en el aire. Algo se mueve en el asiento de atrás. Se le sube el corazón a la boca. El retrovisor refleja dos asientos vacíos. A Tote le duelen las tripas. Le duele todo. Los calambres son cada vez más fuertes. Más frecuentes. A veces, de noche, teme que le descoyunten. Las cosas que piensa uno en la oscuridad. Quiere salir de ahí pero que ya. Ni siquiera se ha planteado que no podrá llegar muy lejos. El motor está tocado. En cuanto le pise un poco empezará a humear y lo dejará tirado. Y ya no hay servicios de asistencia en carretera.

Entonces se acuerda del trato.

Y empieza a hablar:

—Me asusté, ¿vale? Me pareció ver algo y me asusté.

—¿Qué viste?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa, Tote.

—Pues no me acuerdo. No sé muy bien qué pasó. Antes de que me diera cuenta, me había echado encima del coche de Ruth. Y ya no me acuerdo

(*La vieja. La vieja está detrás. La vieja está detrás*)

de nada más.

Cándido se encoge de hombros. Casi parece decepcionado.

—Lo que tú digas. Solo quería traerte esto. Para que no te vuelva a pasar.

Deja una cajita blanca sobre el salpicadero, entre ellos dos. De un lado asoma un prospecto que envuelve una tableta de pastillas. Tote la contempla con el gesto torcido.

—Pero si yo no he cumplido mi parte, tronco.

—Olvida eso. Te la regalo.

Tote mueve la cajita como si quisiera sopesar el valor de las noches en blanco que le va a proporcionar, el peso de los sueños que no tendrá gracias a ella.

—Se agradece.

—¿Adónde vas, Tote?

La pregunta ha llegado a bocajarro. Tote se vuelve hacia él. Cándido mira al frente, a los miles de cogotes alineados en este lugar que no es de nadie pero que les pertenece a todos, que se ha convertido en su casa hasta el último día de sus vidas. Podría ser hoy mismo. Para alguien lo será.

Podría mandarle a la mierda. Podría echarle a patadas del coche, pegarle un grito. Con Alfonso ha podido, el muy cabrón, pero estaba rodeado de gente, y estaba Samuel para cubrirle las espaldas. A lo mejor aquí solo se achanta. Tote tiene un pincho en el hueco del asiento. Nunca ha llegado a usarlo más que para amenazar a algún yonqui que ha querido meterse dentro por la noche. A lo mejor con el viejo pasa lo mismo. Le enseña la puntita nada más y sale por patas. Y se deja de tocar los cojones con las preguntas.

—Voy a ver el mar.

Eso es lo que dice.

—¿El mar?

—El mar.

Pasan los segundos. Cándido tiene todo el tiempo del mundo. Espera hasta que Tote vuelve a hablar:

—Yo nací en Ceuta, pero hace un porrón de años que no bajo. Desde que me fui a estudiar a Madrid.

La risita que suelta sabe a bilis. Estudiar. El cristal hecho añicos del futuro, el metal abollado del presente. Se contempla a sí mismo desde un punto que no está en este mundo porque pertenece a la mierda resplandeciente del pasado. Cándido quiere decir algo, pero Tote sigue hablando.

—Cuando todo esto empezó, quise matarme.

No se dirige a Cándido.

—Pasé unos días metido en casa de mi colega el Mauro. Creíamos que se iba a acabar todo en un pispás, así que nos metimos todo lo que teníamos. Pero así, ¿eh? Todo. Tuvimos suerte, nos ahorramos lo peor. Mucha gente había muerto para cuando se me pasó el ciego. Mi colega el Mauro también. Estaba tirado en un rincón de su piso. Se había arañado la cara. Me acuerdo mucho de eso, de la carne arrancada en las mejillas.

Cándido busca el contacto con los ojos de Tote. Pero Tote no está allí.

—Quise quedarme en el piso a esperar el final. Pero me dio miedo. Los ojos de mi colega el Mauro me seguían. Daba igual dónde me pusiera. No me atrevía a acercarme a cerrárselos; me parecía que me iba a agarrar la mano. Quise tirarle una manta desde lejos, cubrirlo, pero entonces me dio miedo que se levantase debajo de la manta. En algún punto me acordé de mi vieja. Un colega de mi instituto me dijo que se había muerto. Lloré un poco. Creo que la vi andando por el piso, peinándole el pelo al Mauro. Luego me acordé de la playa. Del frío en los tobillos cuando te dabas la primera zambullida del año. Esa tristeza rara del último baño de septiembre. Y el olor. El olor, Cándido.

—¿Por qué no te fuiste a tu casa?

Ahora sí, Tote le devuelve la mirada. Y vaya si hay un abismo en ella.

—Mi casa es este coche, socio.

Cándido no dice nada. Se le han saltado las lágrimas.

De pronto Tote se da cuenta de dónde está. Carraspea y aprieta la cajita de Tranxilium.

—Por eso voy al sur. No creo que haya ferrys hasta Ceuta. A lo mejor me quedo en Tarifa. Me da igual. Lo que quiero es oler el mar. Darme una zambullida. Y que se acabe el mundo.

Cándido asiente. Le palmea el hombro y sale del coche.

Tote se queda sentado. Despacio, como si fuese otro quien moviese sus brazos, se abraza a sí mismo. El humo se eleva a kilómetros de allí. Querría recordar canciones de su madre, o al menos su cara, pero no lo consigue. Solo se le vienen a la mente los ojos de su colega el Mauro. Todavía le siguen.

—Se llama Gzhala.

—¿Qué es, marroquí?

—Nació en Córdoba. Es española.

—Ya, pero marroquí.

—Española.

—Ya. ¿Y le pasa algo?

—No ha hablado una palabra desde que empezó todo esto. La saco a hacer pipí, intento que participe en los juegos que hacemos, le cuento cosas. Pero no habla.

—Estado de shock, ¿no?

—Eso es para las películas. Los niños son más complicados que eso.

—¿Te la puedes llevar?

Inés arruga el rostro.

—Ya has visto cómo se pone si la intentamos sacar. No creo que sea buena idea.

—Pues en mi coche no se puede quedar, no me fastidies.

—¿Por qué no?

—Pues porque no. Porque es mi coche.

Inés se cruza de brazos y dice:

—Mira, Abreu, yo soy la primera que piensa que no deberías tener un niño a tu cargo. Pero es lo que hay. Me encantaría llevármela al autobús y que no tenga que molestarte más. Pero ella ha querido sentarse en tu coche y ahí se va a quedar.

—¿Y por qué mi coche?

—No lo sé. La psicóloga del colegio era una chica la mar de simpática. Me encantaría que estuviese aquí, pero me ha tocado a mí. Lo único que te puedo decir es que Gzhala quiere quedarse en tu coche.

—Pues vaya. ¿Y qué tengo que hacer?

Ella frunce el ceño.

—Lo mejor es que le hables. Cuéntale cosas.

A ver si se aburre de ti y vuelve, pero eso no lo dice.

—Si tiene ganas de ir al baño te lo hará saber.

—No me irás a decir…

—Ni hablar. Vienes y me llamas a mí. Tú no la toques.

—A ver si te crees que la voy a violar.

La mirada de Inés le deja claro que, solo por haberlo dicho, lo considera una posibilidad. Abreu inspira.

—No la toco, vale. ¿Algo más?

—Sobre todo, que no la pierdas de vista. No permita Dios que…

No termina la frase. Su atención se ha desviado en un parpadeo. Mira adelante con la boca abierta.

Abreu sigue su mirada hasta dar con el humo.

—Joder.

No quieres hablar conmigo. Pues bien. No hables. Que te den. No sé qué habré hecho mal. No sé qué te habré dicho, si te ha molestado algo, pero no creo que tengas derecho a ponerte así, porque vamos, desde luego, con lo bien que iba todo, sí, lo bien que iba todo y ahora resulta que la señorita se tiene que sentir ofendida por algo, yo qué sé por qué, como si yo no me estuviera desviviendo por ti, por todos vosotros, sí, por vosotros, hombre, no sé a qué vendrá eso de no querer hablarme, no sé si a lo mejor has malentendido algo de lo que pasó ayer, si querías estar tranquila, sola, que te dejase en paz, que te dejase correr, pero cómo iba a hacer eso, hombre, cómo dejarte salir corriendo entre los coches, a oscuras, sin nadie que cuide de ti, cómo no ir a asegurarme de que estabas bien, si es lo que hago, es lo que hago todo el tiempo, asegurarme de que estáis bien, que soy policía y es lo que hacemos los policías, aunque si es eso lo que te ha molestado, de verdad que lo siento, perdóname, pero no puedes ponerte así por eso, que mis intenciones eran las mejores, vaya, que lo son, que son las mejores, las mejores intenciones, que yo solo quería, solo quiero que no te pase nada, que no os pase nada a ninguno, solo quería, solo quiero encontrar a ese malnacido, que ya sé que todos queremos salir de aquí, pero también quería salir de aquí el médico y mira ahora, que por la noche ni siquiera puede uno dormir, pensando en qué pasará si se

abre la puerta y es él, si de pronto se abre la puerta y aparece un tipo con una llave inglesa, se despierta uno y el tipo está detrás de él y le pasan a uno un cinturón alrededor del cuello.

Un cinturón alrededor del cuello.

A lo mejor debería ser yo el siguiente.

Así aprenderíais. Así aprenderíais todos a apreciar a quien os quiere. A quien os protege.

Si soy yo, si me mata a mí, ojalá me echéis de menos.

Esta vez es Inés quien va hasta el vehículo de Alicia. Le toca en la ventanilla. Ella se inclina y la baja con la manivela.

—Te he traído agua. Cándido nos ha…

—Entra.

Alicia no tiene buen aspecto. Tiene las ojeras más pronunciadas todavía. Los pómulos resaltan. Pero es algo más que eso. Su expresión, el aire que la rodea. Abatida es una palabra que viene a la mente. Furiosa es otra.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees?

Le tiende la botella de medio litro que Cándido le ha dado para ella. Alicia la agarra con desgana, y del mismo modo da un trago que, por su cara, podría saberle a tierra de porqueriza.

Inés se amilana. Las pecas que salpican su cara parecen perder color.

—Solo quería saber cómo estabas después de lo de ayer.

Alicia dice:

—Ayer murieron dos personas, y una de ellas tenía escondido a su hijo muerto, ¿te parece poco?

—Bueno, no te pongas así.

—¡No me pongo de ninguna manera! —explota—. ¡Es solo que me pone de los nervios que todo el mundo tenga que proteger a la pobrecita embarazada! Estoy aquí, estoy sola, no necesito que venga nadie a salvarme porque nadie puede hacerlo. Ni a mí, ni a ti, ni a tus niños.

Inés pierde el color. Traga saliva. Si va a replicar algo, no llega a hacerlo. Echa mano al cierre de la puerta.

—Que disfrutes del agua.

—Inés, espera. Espera, haz el favor.

Ella obedece. Su ceño fruncido marca el poco tiempo que Alicia

tiene para improvisar una buena disculpa.

Así que Alicia dice:

—Soy idiota.

Y es un buen comienzo.

—Soy idiota, lo siento. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Ruth delante del maletero, ni la cara de su hijo. Me estoy volviendo loca.

Inés podría decir muchas cosas, pero opta por abrazarla. Incluso cuando Alicia intenta romper el abrazo tras unos segundos, la maestra no la deja ir.

Al fin, se separan. La extenuación y la rabia están lejos de desaparecer del semblante de Alicia.

Inés dice:

—¿Sabes lo que realmente me da pena? Que no haya nada después. Que nadie vaya a recordar lo que pasó.

Ella se encoge de hombros.

—Somos un puñado de desgraciados atrapados en una autopista. Tampoco creo que merezca la pena contar nuestra historia.

—Ya, no me refería a nosotros, sino en general. —Suelta el aire por la nariz—. Quién sabe, a lo mejor hay supervivientes. Gente que volverá a crear una sociedad distinta. Una sociedad mejor.

Alicia la contempla un par de segundos. Luego le agarra las manos con las suyas.

—Después de esto no habrá nada, Inés. Nadie contará lo que ha pasado porque no quedará nadie. Si hay algo que no has hecho en tu vida, si hay algo de lo que te arrepientes o que siempre te preguntaste cómo sería, es ahora o nunca. Y es una putada, pero es así. Mejor no engañarse.

Ahora le toca el turno a Inés de atravesarla con la mirada.

—Mejor me voy con los niños. No quiero dejarlos mucho tiempo solos.

Alicia asiente en silencio. La maestra sale del coche y cierra con cuidado.

Las palabras de Alicia zumban en su cabeza. Ahora o nunca. Después no habrá nada.

Se está incómodo en el coche. Alfonso ya no sabe en qué postura ponerse. El barrigón no le da mucha libertad de movimiento, por más que esté menguando. Sabe que si se apoya en el asiento, si da

una patada con todas sus fuerzas, la puerta saltará y podrá salir.

También sabe que Samuel tiene una pistola en el coche.

Lo sabe porque se lo ha dicho él. A lo mejor es mentira.

Alfonso no quiere arriesgarse a comprobarlo.

Se lame los labios.

A lo largo de la mañana, muchos han pasado por delante del taxi. El viejo, la preñada, hasta una niña que se ha escapado del autobús. Tienen la misma mirada, la misma expresión. Asesino. Culpable. Todos juzgándole mientras él sigue ahí, preso en su propio coche, en una cárcel de la que podría salir de una patada, aunque entonces qué.

Entonces, qué.

Por ahí delante hay humo. Le deben de haber prendido fuego a una venta o a una gasolinera. Hay algo en ese humo que no está bien. Alfonso cree saber qué es.

Una vez, hace dos veranos, él y unos chavales le metieron fuego a un sintecho. Fue un visto y no visto. Desde el momento en que se montaron en el taxi notó que tenían ganas de marcha. Venían ya muy puestos, los había recogido en un puticlub y se habían quedado faltos de emociones fuertes. Si no hubiera visto el tatuaje del águila en el antebrazo de uno de ellos ni se le habría pasado por la cabeza proponérselo. Pero lo vio. Y se lo comentó. Irse de putas es de pringados. Hay cosas más divertidas para hacer un sábado por la noche que follarse a una ucraniana. Se lo explicó. Hay ciertos lugares por los que no pasa nadie. Gente que aprovecha para dormir envuelta en cartones. Lo fácil que es meterles fuego. Las risas cuando patalean. Y cómo chillan. El bidón de gasolina corría de su cuenta, lo llevaba ya en el maletero.

Les convenció.

Y luego el humo que se elevaba a su espalda mientras pisaba el acelerador. Una columna espesa y negra que se tragaba la noche. Los niñatos se habían quedado callados. Él también. No era la primera vez que lo hacía, pero por alguna razón, esa noche le dio bajona. Conduciendo en silencio, con un roto en las tripas. Lo mismo que siente ahora mirando esa negrura que se eleva y mancha el aire.

Alguien se acerca. Alfonso gira la cabeza. Es Inés. Está plantada ahí, fuera. Les separa un metro de espacio y un cristal. El taxista

traga saliva. Ella le contempla de un modo que hace pensar en animales, en zoos. Sus labios están arrugados en una mueca.

Primero, Alfonso desvía la mirada. Ella no se va, así que vuelve a girarse. No sabe qué espera, qué quiere de él. Simplemente está ahí, los michelines desbordando un pantalón vaquero apretado, el pelo recogido en dos coletas. Alfonso pone una mano sobre el cristal. Sus ojos van de ella a la mano. Inés se acerca un paso. El pulso del taxista se acelera.

Hay un pitido. Luego otro.

Alfonso vuelve la cabeza. Los coches se están moviendo. Samuel viene hacia ellos.

Inés da media vuelta. Demasiado rápido para que Alfonso traduzca la expresión en su cara. Se aleja.

El cierre salta. Alfonso sale hecho una exhalación. Se queda delante del policía. Sus manos aprietan la parte superior de la puerta. Con fuerza. La mirada de Samuel rebota entre él y la maestra.

Le tiende las llaves.

Alfonso no se mueve.

Samuel dice:

—Nos estamos poniendo en marcha.

—¿Puedo estirar las piernas al menos?

El policía le lanza las llaves.

Y dice:

—No creo que hayas sido tú.

Se aleja. Los ojos de Alfonso le siguen. Arranca el taxi. Pulsa el embrague con una satisfacción edulcorada, sorda, y echa a rodar en dirección al humo.

Piensa en águilas. En gente durmiendo entre cartones.

La boca le sabe a ceniza.

7

SEÑO.

La niña está junto a Inés. Tirando de la manga de su suéter. Le está diciendo algo.

—Espera un momento. Vete a tu sitio, que tenemos que conducir. Ahora mismo voy.

Seño.

La niña no se mueve. Sigue tirándole de la manga. *Seño*. Inés forcejea con la palanca de cambios. El volante es enorme. *Seño. Mi madre. Dónde está mi madre*. El volante es la boca del caldero de una bruja. *Seño. Tengo hambre, seño. Cuándo vamos a comer, seño*. Inés podría caerse dentro. *Seño. Seño, seño, seño*.

El autobús se pone en marcha con una serie de ronquidos. Se cala.

No entiende nada de lo que la niña está diciendo.

Le duele la cabeza.

Seño.

—Vete a tu sitio, por favor.

Vuelve a poner el motor en marcha. Forcejea con el cambio de marchas. Ahora sí, el autobús se mueve. Delante de ella, el coche de Tote ha rodeado al de Ruth. Hay un cadáver en el maletero, el cadáver del hijo de Ruth que nunca tendrá sepultura. Que se quedará ahí junto a su madre hasta que se pudran los dos. La niña no deja de tirarle de la manga.

—Ahora mismo. Espera un momento.

Hay manchas de sangre en el asfalto. Dentro del coche está Ruth. Adiós, Ruth, adiós. No volveremos a vernos. Tú desde luego no. Te han hundido la cara. El cuello le aprieta. Inés se está ahogando. Es por la niña. Está tirando muy fuerte, ya no de su manga sino de todo el suéter. Está colgada a su espalda. *Seño*. Sus

dedos diminutos le tiran pellizcos. El dolor es insoportable pero tiene que conducir. El autobús rodea el coche de Ruth a trompicones. Se aleja de ella. De su cadáver. La niña le araña la piel, se le sube encima, le lame el cuello con una lengua rasposa, lengua de lija.

Seño.

—¡Que te sientes!

Se vuelve. La niña, en mitad del pasillo, a un metro de ella, tiene los ojos llenos de lágrimas. Los demás niños la están mirando. Tiene que hacer algo. Tiene que decirle algo. Disculparse, sí. Discúlpate.

—Siéntate, haz el favor.

Inés mira hacia delante. Y sigue conduciendo.

Follando. Déjame que lo diga otra vez: Fo. Llan. Do. Follando por las noches.

No hacía falta que Abreu se lo dijese. Alfonso lo sabe. Sabe lo que hacen. ¿Y quién no lo haría? Esta mierda se acaba, coño. Alfonso ve en sus caras lo que hacen por la noche. Pasan de un coche a otro en sombras. A hurtadillas. Caminan con cuidado para no despertar a nadie. Para que la gente no hable. Se meten en el coche de otro. Y follan. A veces da igual en qué coche. A veces se encuentran otra pareja follando. A veces se unen. Tríos, cuartetos, dos tíos, dos tías. Hermanos. Viejos. Qué más da. Por la mañana fingen que no ha pasado nada. Hablan entre ellos, discuten, se pelean incluso. Pero cuando llega la noche, folian. Como conejos. Como el médico y Ruth, seguro. No hacen otra cosa.

Excepto él.

Él no.

Alfonso se lame los labios. Saben a sangre. Baja la ventanilla. Escupe a la carretera un gargajo verde que golpea el asfalto con un chapoteo.

Él no folla. No lo hace, y punto. No es que no se atreva. Si no se atreviese sería una maricona. Él es muy hombre para atreverse, vaya si lo es. Lo que pasa es que no le va ese rollo. Imagínate que vas a tientas por entre los coches, te metes en uno y te encuentras con un tío. En pelotas. A cuatro patas en el asiento de atrás. Vamos, no me jodas. El ojete mirándote a la cara, ahí, esperando. Venga, machote. Aquí me tienes. Métemela hasta el fondo. Tócame.

Se siente raro.

Lo que pasa es que no le va ese rollo.

Los coches se mueven. La caravana del hippie arranca. El autobús de Inés gira. Se cala. Vuelve a intentarlo y empieza a moverse. Le hace falta un hombre. La pobre. Como no es bastante todo lo que está pasando, encima tiene que cargar con los niños. De verdad que no sabe por qué lo hace. La respiración de Alfonso es una sucesión de resoplidos de fuelle roto, pero él no se da cuenta. Si los dejase en cualquier pueblo, en una salida, seguro que allí se encargarían de ellos. O en un hospital. Que se queden en un hospital a esperar el final. O ponerlos a dormir, que quizá sea lo mejor. Inés podría subirse al taxi. Podría sentarse a su lado. Seguro que tiene los pezones grandes. Grandes como galletas.

Por las noches follan. Pero él no. Inés tampoco. La ha visto. No sale del autobús. Es por los niños. Por los putos niños. Pero los demás sí. O a ver qué te crees que le pasó al médico. Estrangulado mis cojones. Eso fue follando con Ruth. Se la estaba chupando y le apretaba con la correa. Cosas del oxígeno; Alfonso lo ha visto en internet. A lo mejor le iba que le metieran un dedo en el culo, vete tú a saber. Y se les fue la mano. Luego a Ruth le entró el pánico y se piró del coche.

A lo mejor no era Ruth quien se la chupaba. A lo mejor era Samuel.

A lo mejor era Inés.

Alfonso da un puñetazo sobre el claxon.

—¡Vamos, hostia!

El autobús bordea el coche de la vieja y echa a andar. Alfonso también, por detrás de Abreu. Se ponen a cuarenta. Parece que hoy va bien. A ver si esta vez es la buena. Alarga la mano y roza con los dedos el rosario color leche agria que cuelga del retrovisor.

Y si ahora tampoco es la buena, a lo mejor esta noche se anima. Se están acercando. El humo es una columna negrísima, virulenta. Samuel no quiere saber qué lo provoca, pero está seguro de que no le queda alternativa. La carretera lleva hasta allí. Avanzan uno detrás de otro. Sin posibilidad de salir de la fila. Sin marcha atrás. Se encuentra pensando en ganado. En pistolas neumáticas que abren en la nuca agujeros del tamaño de huellas de monstruo.

El paisaje no varía, pero al menos han perdido de vista el pueblo y esa cruz grabada en el toro. Se pregunta a quién estará

aterrorizando ahora, qué otra panda de idiotas se internará hoy en esa maraña de calles desordenadas. Quién irá a buscar agua para encontrar un brazo de mujer pudriéndose en la puerta de una iglesia.

Y qué nuevo horror les espera a ellos.

Cándido conduce. Por una vez desde que empezó todo esto, Cándido tiene prisa. La columna de humo cada vez está más cerca. Pero aún falta. A Cándido le molesta la idea de detenerse antes de llegar. De tener que volver a esperar quién sabe cuánto tiempo hasta que el atasco vuelva a descongestionarse.

De llegar tarde.

Avanzar. Lo importante es avanzar. No pensar en posibilidades. Las posibilidades están desparramadas por el suelo. Pensar en las posibilidades significa pensar en el futuro. La misma idea da risa. Bueno, no. Risa no.

Se acercan. Está nervioso. Intuye los primeros frenazos, las cabezas vueltas hacia la derecha, ventanillas que bajan y otras que suben. Como si se fueran a proteger del olor. Como si el cristal no fuese tan transparente como ellos. Algunos se santiguan. Otros lloran.

Ya está a la vista.

Será aquí, quiere decir Cándido. Pero no puede. Tiene la boca seca.

No lo había imaginado así.

Sería fácil describirlo con palabras. Hacer una cuenta rápida de cuántos cuerpos hay. Incluso calcular cuánto tardarán en consumirse del todo. Con lápiz y papel, con un teléfono móvil o con una mente entrenada se podría averiguar la superficie que ocupan. Dar el dato en campos de fútbol, esa medida imprecisa y popular que viene a decir que algo es la hostia de grande.

Lo que no se podría describir es el horror. Calcular cuánto habrán gritado y durante cuánto tiempo. Cuánto habrán tardado en morir. Cuánto habrán sufrido.

La llanura vuelve a abrirse a su derecha. En ella hay una hoguera. La componen lo que quizá sean algunos cientos de cadáveres amontonados en una disposición inverosímil. Algunos están cogidos de las manos. Aún están ardiendo. La grasa de los cuerpos alimenta el fuego y crea esa humareda tan negra que tiene

aspecto de pared viviente. El olor no es desagradable sino dulzón, y quizá eso es lo peor de todo. Huele a carne abrasada. También a ropa. A pelo y uñas. Esto ha tardado tiempo en llevarse a cabo. Quizá un experto podría averiguar dónde se ha iniciado el fuego. Pero para miles de ojos horrorizados ante lo que ven desde la autopista es un infierno en vida.

En el atasco, nadie se atreve a contar cuántos son, qué superficie ocupan, cuánto tardarán en consumirse del todo. No pueden dejar de hacerse las otras preguntas, esas que nadie puede responder. Cuánto habrán gritado. Durante cuánto tiempo. Cuánto habrán sufrido. Y el rugido en el estómago que ese aroma despierta, las ideas que se cuelan en la cabeza. Las imágenes de un terror que no viene de fuera, sino de lo más hondo, de la constatación de que tú también serías capaz, de que si el hambre sigue avanzando te encontrarás dando pasos en su dirección. Salivando. Retorciendo las manos. Rechinando los dientes de ansia.

Hay coches aparcados junto a la hoguera humana. Hileras y más hileras de coches. Como un parque de atracciones. En mitad de la llanura. Junto al fuego. La yuxtaposición del horror y el raciocinio, el orden silencioso y comodón de cientos de automóviles estacionados en filas de a doce junto a la visión de una multitud ardiendo.

Esto no ha sido espontáneo. Por supuesto que no lo ha sido. Se han dado cita aquí para matarse juntos. Para prenderse fuego. De entre todas las muertes posibles, de todas las maneras de escapar del horror, del fin del mundo, ¿por qué el fuego? ¿Por qué abrazar la agonía? ¿Quieres sentirte vivo matándote? ¿Quieres que la electricidad del dolor recorra tu cuerpo antes de dejar de sentir para siempre? ¿O es que simplemente estás zumbado? Niños. Hay niños, joder. Esta gente ha conducido hasta aquí, ha aparcado en esa perfecta hilera de aparcamiento de centro comercial y se ha prendido fuego. Quizá son una secta. La familia Manson bailando al son de una música que nadie más puede oír. El reverendo Jim Jones repartiendo veneno y bendiciones. Pastores de sonrisa brillante pasando pastillas entre una congregación que las recibe con lágrimas de alegría en los ojos. Volándoles la cabeza a quienes no se las tragan. Yéndose a dormir para esperar el advenimiento de quién sabe qué. Tantas sectas, tantos locos esperando el fin del mundo

durante años. Y ahora está aquí. Uno se los imagina cantando. Rociados de gasolina. Cantando y ardiendo y cantando.

Samuel sale del coche. No le da tiempo a poner los dos pies en el suelo. La arcada le sacude. Vomita un chorro transparente sobre el asfalto. Toma aire y vuelve a vomitar. No es la primera vez que lo hace. No será la última. Está temblando. De rodillas. Los cláxones suenan. Se le humedecen los ojos. Sacudidas en el estómago. La bilis le gotea de la boca y de la nariz, le mancha la barba.

El coche de Alicia se ha detenido también. Ojalá bajase, está pensando Samuel. Ojalá su sueño fuera real. Ojalá esto fuera el sueño.

Se oyen los primeros improperios. La hilera de coches continúa, solo Samuel se ha detenido para vomitar. Bocinas. Gritos. Nadie quiere quedarse a la altura de este infierno, nadie quiere mirar al fuego cara a cara. El coche de Tote se aleja. Ojalá Alicia bajase y se acercase a él y se agachase a su lado y pusiese una mano en su espalda y un brazo siguiera a esa mano y acabasen los dos así, abrazados en la carretera. Y se acabase todo. Samuel levanta la vista. Las puertas de Alicia siguen cerradas. Está contemplando la hoguera.

Samuel vuelve dentro y arranca.

Alfonso conduce en silencio. Ha bajado la ventanilla del copiloto. El calor que llega hasta él no le parece desagradable. No del todo. Gente muerta y más calor. Eso es todo. Más vale irse acostumbrando a ambas cosas.

Se pregunta si habrá niños en la multitud. Si seguirán vivos.

Quemándose y chillando ahora mismo. Mientras él conduce.

Abreu dice:

—Mejor no mires. ¿No tienes nada con lo que jugar?

La niña no reacciona. Sigue mirando hacia delante.

—Algún juguete. Lo que sea.

No hay respuesta. Abreu suspira.

—Estoy hasta los cojones de ti. Hasta los putos cojones. ¿Sabes lo que significa hasta los putos cojones? Pues eso. No te podías haber metido en el coche del madero.

Sin embargo, Abreu no está enfadado. Lo estaría, claro que lo estaría, si cada rincón de su cabeza no estuviese ya ocupado por el miedo. Por Dios. Cadáveres ardiendo en el llano. Cientos de ellos.

Se le encogen las pelotas solo de pensarlo. La grasa corporal, la piel, el vello. Ojos que se derriten, que revientan a causa de la temperatura. Aunque las ventanas estén cerradas, el olor llega hasta allí.

Se pregunta qué estará pensando la niña. Está haciendo algo, Abreu se da cuenta. De alguna parte ha sacado dos cochecitos de juguete. Uno rojo y otro amarillo. Los pasa con dejadez por el regazo, de un lado a otro, de un lado a otro.

—¿Tú no tendrías que estar jugando con muñecas? Los coches son para los niños.

Ella no contesta. A Abreu no le sorprende. Él tampoco tiene ganas de hablar.

Y se detienen. Por supuesto que se detienen. Habría sido muy misericordioso que pudieran haber dejado ese horror detrás de ellos, que pudieran haber empezado a olvidarlo. Pero en esta tierra no hay misericordia.

La columna de humo se eleva a su espalda. El atasco se ha detenido a poco más de un kilómetro delante de la hoguera. Todavía pueden distinguirse los cuerpos. Han sonado un par de bocinas, más por tener que parar cerca del espectáculo que por verdadera prisa. La prisa, como tantas otras cosas, ha muerto.

Samuel ha bajado del coche. Respira muy lentamente, por la nariz. Todo el aire está impregnado de ese olor dulzón. Ese olor y las náuseas y su estómago vacío. No, no lo pienses. No mires. No quiere mirar, no quiere reconocer la forma de las personas en la muchedumbre ni atisbar rostros quemados ni adivinar las posturas en que han muerto. Pero sabe que acabará haciéndolo. Eso le provoca una nueva arcada, aunque no llega a vomitar nada más. Está vacío.

La hoguera atrae su vista aunque no quiera. Es hipnótica.

Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

—Samuel.

No es Alicia. Es Inés.

—¿Te encuentras bien?

Él se encoge de hombros. No contesta. Es bastante más alto que ella. Inés está más rellena. Las ojeras tan marcadas que parecen maquillaje.

Samuel dice:

—¿Tú cómo estás?

Inés menea la cabeza. Dice:

—Regular. La gente está cada vez más agresiva. Acabo de intentar hablar con la gente de ahí atrás. Unos que me dieron frutos secos para los niños. Me han dicho que si me acercaba me iban a abrir la cabeza. Cada vez me siento más encerrada aquí.

—Ya —dice Samuel.

Y dice:

—¿Y los niños?

—No muy bien. Les he explicado que es un incendio y que los bomberos están de camino, pero no creo que se lo hayan creído. Lo de los bomberos, digo —suspira—. Lo difícil ahora va a ser irlos bajando para que vayan al baño. Al arcén derecho no quiero que se acerquen, y al otro lado están los demás carriles.

—Si puedo ayudarte en algo…

Inés suelta a bocajarro:

—¿Estás seguro de que ha sido Alfonso? ¿Seguro que él mató al médico y a Ruth?

Samuel aprieta los labios. Se pasa los dedos por el pelo.

—No, Inés. Seguro no.

Su tono es de disculpa, pero Inés no reacciona como esperaría.

—¿Podría ser otra persona?

—Podría. ¿Por qué?

La maestra se muerde el labio inferior.

—Tengo una niña en el coche de Abreu. —Samuel alza las cejas—. Se escabulló del autobús y se metió en su coche. No hay manera de sacarla.

—¿Quieres que lo intente yo?

Ella niega.

—No, no es eso. Gzhala, así se llama, es una niña muy despierta. Callada, pero lista. La mayoría de los niños han estado preguntando por sus padres todo el tiempo, pero ella no.

—¿No tiene padres?

—Bueno, es huérfana, pero no es eso. Lo que te digo es que Gzhala era con diferencia la más entera, pero desde hace un par de días se ha ido metiendo poco a poco dentro de sí misma. El caso es que… bueno, me preguntaba…

—¿Qué te preguntabas?

Inés lanza un suspiro largo.

—Por las noches intento que los niños recen y se duerman lo antes posible. Paso por todos los asientos para asegurarme. Pero Gzhala casi nunca duerme. Le cuesta conciliar el sueño. Simplemente se queda mirando por la ventana. Pues bueno, lo que me da miedo… es decir, a ver cómo te lo digo… me preocupa…

Samuel comprende de pronto.

—Te preocupa que lo viese todo. Que viese lo que le pasó al médico.

—O a Ruth. O las dos cosas.

Lo siguiente no lo dice, pero no hace falta. Samuel ya lo ha traducido: quizá la niña pueda identificar al asesino.

—¿No has intentado hablar con ella?

—Y tanto. Pero está casi rozando la catatonía. Este no es el mejor sitio para tratarla, ni yo la persona indicada. Por eso me da miedo que se haya metido en el coche de Abreu.

—No te sigo.

En realidad sí la sigue, pero prefiere que sea ella quien lo diga.

—A veces los niños con shock pueden ser impredecibles. No soy ni mucho menos una experta, pero en otros casos que conozco los niños tendían a autolesionarse. Se exponen al peligro, a veces a la misma situación que ha causado el trauma.

La mirada de los dos se vuelve hacia el coche de Abreu.

—Lo que me da miedo es que te hayas equivocado, Samuel. Que no sea Alfonso quien haya matado al médico. Que una de mis niñas esté metida en el coche de un asesino.

Cándido apoya un pie sobre el quitamiedos. Observa el fuego en silencio. Una columna de llamas asciende en mitad de la llanura. Como el dedo de Dios. Como el preludio de algo de lo que nadie quiere hablar. El aire tiembla a su alrededor. El fuego cautiva. Brilla en sus pupilas.

Y el olor. Ese olor.

Cándido fuma. Las aletas de su nariz se expanden cuando da una calada, y es entonces el único momento en que sus ojos se apartan del fuego, cuando se permite recorrer el cigarrillo que poco a poco se va acabando. Hebras de tabaco de liar caen al suelo. En algún momento alguien las pisará y no serán ya ni un recuerdo.

Samuel espera a que termine de fumar. Algo le dice que Cándido

necesita ese cigarrillo a solas. A solas con el fuego.

Se acerca cuando la colilla no es más que ceniza estrujada en la suela de su zapato.

—Es una locura, ¿verdad?

—¿Qué no es una locura, Samuel?

Algo en su voz hace que Samuel frunza el ceño. Ese algo le hace formular una pregunta que normalmente se guardaría:

—¿En qué estás pensando, Cándido?

Él se encoge de hombros. Su postura no ha cambiado. Su mirada no se ha apartado de la hoguera. Samuel tiene la sensación de estar hablando con un fantasma. Con alguien que estuvo allí alguna vez, pero ya no.

—Pues en mis hijos, Samuel. En qué va a pensar uno. En las cosas que no da tiempo a hacer cuando se te escapa la vida. —Sacude la cabeza. Se gira y le da una palmada en el hombro—. ¿En qué estás pensando tú?

Samuel calla. El momento los deja atrás, solo queda un poso de preocupación en alguna parte. El policía decide ignorar esa preocupación, sin saber que al hacerlo cierra la puerta a tantas cosas.

—Creo que Alfonso no es el asesino.

—¿Y entonces quién es?

El policía niega con la cabeza.

—No puede ser él. Todo apunta a él. Sus arranques de mal humor, las amenazas, el arma con que mataron a Ruth. Cuando todo apunta a un sospechoso, lo normal es que sea otro.

Cándido suelta el aire de golpe por la nariz.

—Hombre, Samuel, eso es en las novelas policíacas. Esto es la vida real. Cualquier policía te dirá que si todo apunta a un sospechoso es porque ha sido él.

Samuel no contesta. Caen gotas de silencio entre los dos hombres. Se miran, se observan. Hablan los alientos agrios que deja escapar su respiración.

Samuel repite:

—Creo que no ha sido Alfonso.

El anciano asiente despacio.

—¿Sabes en lo que he estado pensando?

—¿En qué?

—En el móvil. Se dice así, ¿no? La excusa para matar. Has interrogado a todo el mundo. Has hablado con Tote, con Abreu, con Inés y Alicia. Conmigo y con Alfonso, claro. Pero no has encontrado un móvil. No has sido capaz de encontrar la razón por la que alguien asesinaría a dos personas.

—Coño, es que no es tan fácil.

—No lo decía como una crítica. En principio, las dos muertes no tienen nada que ver la una con la otra. Distinta arma, distinto modo, distinto perfil de la víctima. Solo tienen dos cosas en común.

—¿Cuáles?

—La primera, que pasaron de noche. La segunda está ahí.

Cándido señala hacia atrás con el pulgar.

Hacia la caravana.

—¿El hippie?

—Abreu vio al médico hablando con él hace dos noches. Y luego amaneció muerto. Ruth salió ayer de su caravana, te la encontraste tú antes de ponerte a aporrear la puerta como un energúmeno.

—¿Cómo sabes todo eso?

Él se encoge de hombros. No hagas caso a este viejo, es lo que dice su lenguaje corporal. Es lo que ha estado diciendo todo el tiempo. Viejo. Soy un viejo, no me lo tengas en cuenta. No me prestes mucha atención.

—Hasta ahora, el hippie no se ha dejado ver. Pero quien habla con él, por alguna razón, termina muriendo. ¿Sabes lo que quiere decir eso?

—¿Qué?

Está empezando a oscurecer. Aunque el fuego no permitirá que se olviden de él.

Cándido dice:

—No, yo tampoco tengo ni idea. Pero voy a ir a hablar con él.

8

ESTÁ OSCURECIENDO. Pronto será de noche. Samuel no recuerda en qué momento ha sacado la pistola. Lleva bastante tiempo junto a la caravana del hippie. No se percibe el menor sonido dentro. Primero se ha exasperado. Ha caminado en círculos. Ha contado las cabezas de los niños asomados al autobús y luego se ha escondido de ellos en la otra parte de la caravana, junto al coche de Cándido. Ahí ha sido peor. Desde ahí puede ver la humareda de la hoguera. No le gusta la sensación que le produce esa columna de humo negrísimo, esas vaharadas de un calor que no quiere sentir. El calor del fuego y el frío que se levantará esta noche y que ya se augura en la llanura cubierta de ceniza. Se ha fumado un par de cigarrillos. El zippo temblando en la mano. Ha contemplado el fuego. Mareado. Incapaz de centrar la vista. Es el hambre, que se va apoderando de su cuerpo. Azúcar, grasas, cualquiera sabe cómo funcionan esas cosas. Se encuentra pensando en ese olor dulzón, en esa carne. Crujiente. Sacude la cabeza como si esos pensamientos fuesen moscas negras y gordas posadas sobre ella. En algún momento la pistola ha aparecido en su mano.

Ni siquiera recuerda cuándo la ha cogido de la guantera, pero sienta bien. El peso, la envergadura. La posibilidad de dispararla. De apuntar a alguien y cambiar su vida para siempre con un movimiento del dedo. Sienta bien acariciar la idea de tumbar la puerta de la caravana, irrumpir dentro pistola en mano. La posibilidad de encontrarse al hippie estrangulando a Cándido. Hundiéndole el cráneo con algún tipo de herramienta pesada. Y entonces, por fin poder descerrajarle en el pecho dos tiros, cinco, veinte. Salvar a Cándido. O quizá no. Quizá llegar tarde para salvar a Cándido pero salvar a todos los demás. No importaría demasiado. Incluso sería adecuado. Porque lo habría conseguido. Habría

encontrado al asesino.

Entonces se podría acabar el mundo.

Pero antes no. Antes no, por favor.

Que no se acabe sin que le haya atrapado. El pensamiento le llena de una congoja para la que no tiene nombre, un vacío profundo al que no puede asomarse. Dame un poco más de tiempo. Un poco más. Lo justo para hacer lo que hacen los policías.

Le duelen las pupas de la boca. No debería tocárselas, pero lo hace. Como se le infecten no va a poder ni dormir. Está cansado. La pistola pesa en su mano. Si la sostiene en alto durante mucho tiempo a lo mejor le da un tirón.

Basta. Lo va a hacer. Va a entrar. Va a salvar a Cándido.

El ruido de la puerta le sobresalta. La caravana se ha abierto y ha vuelto a cerrarse. El corazón se le desboca. De pronto se siente débil, torpe, incapaz. Tiene la imagen mental del hippie en la carretera, sosteniendo la correa o la llave inglesa o lo que sea que ha usado para matar a Cándido. La pistola se le escurre entre los dedos. Cae al suelo con un tintineo metálico que suena a estrépito en su cabeza.

Está dando la vuelta. Mierda, está bordeando la furgoneta. El pulso de Samuel se acelera. Ahora no, por favor. Se va, lo nota, se está yendo. Dispárale, se dice. Antes de tener una ausencia, dispara a ese cabrón. Se agacha. Tropieza con el arma. Está viva. La recoge maldiciéndose a sí mismo.

Cuando levanta la vista lo tiene delante.

—Esto no ha podido pasar en peor momento, ¿sabes? Este era mi año. Mi año.

Abreu espolvorea un poco de cocaína encima de la caja del CD. La niña mira a través de la ventana. A lo lejos, el fuego consume los cuerpos de varios cientos de personas. Él le muestra la caja con la cocaína.

—No te importa, ¿verdad?

Ella no responde. Abreu observa a un lado y a otro. Los demás están en sus coches o contemplando el incendio. Como si no hubiera nada más interesante que un montón de gente muerta.

—Tampoco es que no me lo hubiese ganado a pulso, ¿eh? Mucho estrechar manos, muchas presentaciones, mucho chaqueteo

y mucho chupar pollas. Tú no sabes lo que es chupar pollas, ¿verdad? Pues mejor para ti que no tengas que saberlo nunca.

Reparte la cocaína en dos rayas usando el carné de la piscina. Esnifa la primera.

—Total, que lo había conseguido: me iban a dar un premio. Uno literario, a mejor novela. Cuarenta mil eurazos, nada menos. Al final no es tanto, con impuestos y otras mierdas. Pero iba a estar en todas las portadas. El periodista y escritor Javier Abreu. Nada menos. Mi año, joder.

Esnifa la segunda raya. Se le humedecen los ojos. El hambre retrocede. Y el frío, y el miedo. Algo se le remueve dentro. Echa mano al hueco junto al asiento, a la toalla ensangrentada, pero esta vez no pasa nada. Cierra los ojos. Respira hondo. Se siente mejor.

Cuando los abre, la niña está recogiendo restos de cocaína con el dedo.

—Eh, deja eso. Eso no es para ti.

Le agarra la mano y le restriega el dedo índice. Ella forcejea.

—¿Te quieres estar quieta?

La niña se zafa y se lleva el dedo a la boca.

—¡Que te estés quieta, coño!

Todo sucede muy rápido. Abreu la empuja. La niña se golpea contra el cristal de la ventanilla. Para cuando quiere darse cuenta, Abreu se descubre inclinado sobre ella, el brazo levantado, la mano cerrada en un puño. Respirando con dificultad.

La niña, Gzhala, no llora.

Le está mirando a los ojos.

Un chorro de sangre le corre desde la nariz hasta la barbilla.

Y pronuncia una palabra.

—Mamá.

—No ha sido él.

Cándido. Quien ha salido es Cándido, joder. Samuel suelta todo el aire de los pulmones. Cándido le mira. Él se yergue y guarda la pistola en la parte de atrás de los pantalones.

—¿Qué te ha dicho? ¿Cómo es?

Cándido inspira hondo. No hace falta ser muy observador para darse cuenta de que algo ha cambiado en él. No hace falta ser policía. Cándido tiene un aspecto… quizá relajado no sea la palabra. A lo mejor, satisfecho. Samuel no es bueno con las

palabras.

—Hemos hablado.

Como si eso fuera una respuesta.

—Pero ¿qué te ha dicho?

Cándido le mira como si se acabase de dar cuenta de que está ahí.

—Samuel. —Le palmea el hombro—. Eres un buen hombre, Samuel. Tienes que hablar con Alicia. Lo que pasó ayer fue terrible, pero sería una lástima que no volvierais a hablar antes del final.

—¿Me quieres decir qué cojones te ha dicho, Cándido?

Cándido parpadea como si Samuel le estuviese hablando en otro idioma. Tiene la frente perlada de sudor, el cuello resplandeciente. A lo lejos, ajena a la maraña de sentimientos que está experimentando Samuel, la hoguera arde. El fuego. El humo que asciende al cielo. El cielo.

Cándido dice:

—Está anocheciendo. Mejor me voy al coche antes de que refresque.

Samuel le agarra del brazo. Fuerte.

—Cándido, no me jodas.

Él le mira a los ojos.

Y dice:

—Tengo ganas de estar solo y pensar en mi esposa y mis hijos. ¿Te importa?

Samuel cierra la boca. Nunca hasta ahora había tenido tan presente la sensación de no tener el control, de que esto se le ha ido de las manos. Y de que no va a atrapar a ningún asesino. Pero no encuentra réplica posible a lo que acaba de decir Cándido.

Así que Samuel dice:

—No. No, claro que no me importa. Me voy yo también a mi coche. Hablamos mañana si te parece.

Cándido dice:

—Eso. Mañana.

Y dice:

—Samuel.

—¿Qué?

—Me ha dicho que todo va a salir bien.

—Buenas noches, Cándido.

—Buenas noches, Samuel. Ten cuidado.

Ya está oscuro. Parece que se están durmiendo. Están dormidos. Inés atisba por encima del hombro. Piernecitas y brazos que cuelgan laxos. Todo el mundo está ocupado con su propia soledad, con sus recuerdos y sus miedos. A lo mejor sucede ahora. Inés se quita la cadenita con el crucifijo de oro que lleva al cuello. A lo mejor es la última vez que anochece. La besa y la deja sobre el salpicadero. Si pasase ahora, si les diese alcance esta misma noche, todo se acabaría sin que volvieran a ver la luz del día. Hay una cajita de toallitas húmedas en un hueco del asiento. Saca una y la deposita sobre el volante. Se desabrocha el pantalón, uno, dos, tres botones. Con cuidado de no hacer ruido, Inés se introduce la mano por debajo de las bragas. Hay un momento de aliento contenido, de oído aguzado.

Inés se masturba rápido, con método, en silencio. Se corre sin estridencias y usa la toallita húmeda para limpiarse. Mete la toallita hecha una bola en el bolsillo del pantalón. Vuelve a ponerse el crucifijo. Le tiembla la mano al agarrarlo. Se le escapan dos lágrimas gordas y templadas.

Los niños duermen. Si alguien la hubiese estado observando, si alguien hubiese espiado desde fuera del autobús lo que acaba de hacer, si ese alguien la estuviese mirando fijamente en este mismo momento, Inés no se daría cuenta.

Más tarde, cuando todo haya pasado, pensará que ha sido culpa suya. Que ella los ha traído. Que Dios los ha mandado para castigarla.

—Cáncer. ¿Sabes lo que es cáncer? ¿Sabes decirlo? Cáncer.

La niña se abraza a sí misma. Parece incrustada en el asiento. Aprieta los dos coches, amarillo y rojo, uno en cada mano. Sus ojos están fijos en ninguna parte. Fuera, la noche ha vuelto a comerse el mundo.

A Abreu le da igual.

—Cáncer. Celulitas malas que se te meten en los pulmones. De los pulmones saltan al estómago. Del estómago a los huevos. ¿Y sabes lo que hacen las celulitas? Te matan. Eso es lo que hacen. Matarte. No sirven para otra cosa. Se llama metástasis. ¿Sabes decir metástasis? ¿Sabes decir terminal? —su voz baja una cuarta—. ¿Sabes decir no me quiero morir?

La niña no responde. A Abreu le crece una ciénaga en la garganta, pero eso a la noche le da igual. La noche no juzga ni se lamenta. La noche no les echará de menos cuando se hayan ido.

Abreu gimotea.

—Este iba a ser mi año, joder. Pero me tuvieron que diagnosticar cáncer. Metástasis. Terminal.

Un hilo de aire frío entra por alguna rendija. Le pone la piel de gallina. Al menos él piensa que es por el frío.

La niña desorbita los ojos. Él no se da cuenta.

—Y ahora esto. Ahora esta mierda. Nos han diagnosticado cáncer a todos. Todos somos enfermos terminales. Nos vamos a morir de lo mismo. Si no nos mata ese tío antes.

Los coches de juguete caen al suelo.

—Te preguntarás por qué una persona con cáncer terminal se mete en la carretera. Por qué no estoy en mi casa, pasando estos últimos días con mi familia, o mi mujer, o lo que sea. Pues la respuesta es bien senc…

—Mamá.

Abreu la mira.

—¿Qué te pasa?

—Mamá. Mamá. Mamá. Mamá.

Y sigue repitiéndolo. Cada vez más alto. Cada vez más rápido.

—*Mamámamámamámamámamámamámamá*.

Como si estuviera a punto de pasar algo.

La noche propicia las ganas de hacerlo. Sería tan fácil. En serio. Tan, tan fácil. Primero una pastilla. Luego otra. Dos, tres a la vez. Un trago. Otro puñado más. Tote sacude con desgana la caja de Tranxilium en una mano, la botella de agua en la otra. Fácil. Tragárselos todos, tumbarse en el asiento, cerrar los ojos. Ese cansancio agradable que sube por las piernas. Con alcohol siempre es mucho más sucio, mejor con agua y a disfrutar. A disfrutar la muerte.

El fuego en la llanura ilumina la noche, la viola, le roba su nombre. Los cuerpos arden. Tienen suerte, lo peor ya ha pasado para ellos. La primera pastilla sale con un chasquido de plástico desgarrado. Un golpe de pulgar envía el tapón de la botella al suelo. Fuera hace frío. Una columna de fuego se come el mundo. El humo es negro, el cielo es negro. Tote se pregunta si el Mauro estará al

otro lado de esas pastillas. Si su madre saldrá a recibirle. Si le estarán esperando o se habrán olvidado de su cara. Se traga la primera. Ya no lo soporta más. No soporta los calambres. No soporta el hambre. No soporta el miedo.

Un ruido llega hasta él desde delante. Desacostumbrado a estas horas. Tote levanta un poco la vista. Y es eso, ese pequeño acto reflejo, lo que hace que Tote sea el primero en verles.

Su boca se desencaja. La botella de agua se le escapa de las manos y cae. Empieza a vaciarse sobre el suelo. No se da cuenta. Sus ojos se humedecen con una rapidez pasmosa. La mano de Tote, sin que lo piense demasiado, se acerca a su frente, la toca y desciende hasta su pecho. Tote se santigua por última vez en su vida mientras contempla lo que se acerca hacia ellos.

Todo va a salir bien. Claro.

Todo va a salir bien.

Vamos, se espolea Samuel. Dilo. Atrévete a decirlo.

Está empezando a creer que ha sido Cándido.

A ver. Piénsalo un momento. Hay algo raro en él. Apareció de la nada, justo en el momento en que hacía falta. Sabe cosas que no debería saber, como eso de que Samuel habló con Ruth cuando salió de la caravana del hippie. Les detuvo antes de que se pegaran, vale. Está bien, también le detuvo a él cuando perdió los nervios con Abreu. Pero ¿qué me dices de lo que le hizo a Alfonso? ¿Qué me dices de eso? De acuerdo, todo fue para evitar violencia. Para que la situación no fuera peor de lo que ya es. Pero ¿cómo pudo hacerlo? Un anciano.

Un anciano solo. Sin familia. El último de los suyos. Terrible. Su mujer muerta. Sus hijos. Se monta en el coche y empieza a conducir.

Un momento.

Algo no encaja.

Garrafas. Cándido tiene garrafas en el coche. De agua. Varias garrafas. Y medicinas. Le dijo a Inés que tenía paracetamol. Estaba preparado para el viaje. No se montó en el coche y empezó a conducir.

Le ha mentido.

Tiene que hablar con él.

Samuel sale del coche dando un portazo. Hace frío. Está enfadado.

Se vuelve hacia atrás, hacia el coche de Cándido. En mitad de la carretera hay una mujer mayor. Setenta años, quizá más. Samuel se detiene. A pesar de la temperatura, la mujer no lleva más que una prenda de dormir de encaje, algo que se usaba antes en las noches de bodas. Chorros de un líquido que podría ser agua se derraman por todo su cuerpo. Tiene el pelo despeinado, matas de canas mezcladas con mechones de pelo negro. Colgajos de carne arrugada asoman por los huecos que el camisón no llega a tapar.

Lleva un cuchillo.

No está sola.

Alfonso suda. Forcejea con el cierre de la puerta. Tira hacia dentro. Resopla. El corazón le bombea en las sienes. Un tirón desde fuera la abre un resquicio. Por él asoma una mano. Tantea en el interior. Agarra a Alfonso de los pelos. El taxista chilla, no tanto a causa del dolor, que es mucho, como del terror. La adrenalina le electrifica. Muerde la mano que le está intentando arrancar el cuero cabelludo. Un chorretón de sangre le riega la cara. El brazo se retira. La puerta se cierra. Los chillidos. Los chillidos, por Dios. No hay siquiera un segundo de pausa, un latido, un parpadeo. Vuelven a tirar. Están aporreando los cristales. Alfonso agarra la puerta y echa todo su peso hacia atrás. Intenta pulsar el cierre automático. Cuando lo consigue se aplasta contra el asiento y grita. Se detiene para recuperar el aire. Y vuelve a gritar. Piensa que está teniendo un ataque al corazón.

—Niños, corred las cortinas. Eso, todas, eso. ¡No! ¡No miréis por las ventanas! Agachad la cabeza. No es nada, Clara, no te preocupes. No llores, cariño, que no pasa nada. Vamos a rezar. Eso, vamos a rezar todos. No, Carlos, no mires. ¡Te he dicho que no mires, por Dios! ¡Porque lo digo yo! Ya está, ya está, ven aquí. Venid todos aquí. Acercaos más. No hagáis caso, se va a terminar enseguida. Papá viene ya de camino, Rosa. Está llegando ahora mismito. Sí, con los bomberos, los bomberos traen a papá. No, no hagas caso, cariño. Es gente que quiere entrar, pero aquí ya no cabemos más. ¡Somos muchos! Verás cómo se van enseguida. Vamos a rezarle a la Virgen María para que los bomberos vengan pronto. Venga, agachad la cabeza. Cerrad los ojos bien fuerte, para que la Virgen os oiga. Tapaos los oídos para no distraeros. Venga, todos juntos: *Dios te salve, María*.

Abreu está paralizado. Su cara ha perdido todo el color. No sabe qué hacer. Les ve pasar entre los coches, corriendo. Los cuchillos. Arrastran a la gente fuera. La tiran al suelo. Y ya no se ve nada más.

Mamá, mamá, mamá. Gzhala se está golpeando la cabeza contra el asiento. Un goterón de sangre le baja por la nariz. No para de repetirlo. Mamá, mamá, mamá, mamá, mamá.

llena eres de gracia

Sacuden la caravana del hippie. La golpean, le dan patadas, cuchilladas. Rugen. La caravana oscila. Están a punto de volcarla.

el Señor es contigo

Y los gritos. Los gritos de agonía de la gente, las súplicas, la melodía del terror en gargantas que, esta noche, se enfrentan a algo peor que el fin del mundo.

bendita tú eres entre todas las mujeres

La hoguera crepita a menos de un kilómetro. Cientos de personas que ya no son más que restos carbonizados, pero que se niegan a apagarse, a extinguirse, a ser olvidados. La canción del Riego en el aire helado lleva encerrado el llanto infinito de esos cientos de gargantas.

y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús

Samuel está temblando. Les ve pasar a su alrededor. Fugaces. Un golpe agrieta el cristal. Cae un polvillo de vidrio. El policía traga saliva. Palmea contra la guantera, la abre, saca la pistola. Está fría. Ya no le trasmite ningún poder. Enciende el *led* Ráfagas de luz azul.

Abre la puerta.

Santa María, Madre de Dios,

Samuel en mitad de la autopista. Están pasando a su lado. Corriendo. Aullando. Esquiva a uno. Trepa a la parte de arriba del automóvil. Oye a Gzhala muy lejos, amortiguada, gritando *mamá, mamá, mamá*. La luz del *led* centellea. Intenta encontrar un blanco, el primero. Se pregunta cuánto aguantará. Están corriendo en dirección contraria a los coches. Samuel se gira.

ruega por nosotros, pecadores

Y lo ve.

ahora y en la hora de nuestra muerte.

Están matando a Cándido.

Amén.

Cándido berrea. Está tirado en el suelo junto a su coche. Lo han sacado a tirones por la ventanilla. Hay cinco o seis personas a su alrededor. Casi todos van en ropa interior; hay un hombre con pantalones militares y el torso desnudo. Otro tiene una mancha amarilla en los calzoncillos y por alguna razón Samuel ya no va a olvidar ese detalle. También está la vieja. Arrodillada. La sangre de Cándido baña sus brazos hasta los codos. Le apuñalan el torso y los brazos y las piernas y rebuscan en las heridas con los dedos y se llevan lo que encuentran a la boca y continúan apuñalando. La boca de Cándido está abierta. Manchada de sangre, escupiendo sangre, vomitando sangre, chorreando sangre a borbotones. No está mirando a Samuel. No está mirando a nada. Aún no ha muerto. Eso dicen los gemidos que emite. La punta de un cuchillo le saca el ojo izquierdo. Lo mastica una boca de dientes irregulares. Cándido deja de moverse. Incluso cuando muere, incluso cuando la vieja arranca ese trozo rojísimo de dentro de su cuerpo y se lo enseña al cielo y los demás lo celebran y la imitan, Cándido permanece con la boca abierta, paralizado en un último grito que Samuel jamás dejará de escuchar.

Samuel vomita bilis sobre el techo del coche. Sin limpiarse, se yergue y les apunta. Ve lo que están haciendo ahora y vomita un poco más. Sus piernas van a fallar, es imposible que puedan seguir sosteniéndole. Intenta darse ánimos. La pistola pesa lo mismo que el mundo. Levantarla es como devolver a la vida a Cándido, como pedirle perdón por desconfiar de él. Samuel cierra un ojo y apunta a la vieja. Va a fallar. Lo sabe.

Algo bloquea su visión. El policía abre los ojos. Alicia está delante de él. Entre su coche y el de Cándido. Frente a ellos. Samuel quiere gritar, quiere llorar y seguir vomitando y echarse a dormir y olvidar lo que está viendo, todo al mismo tiempo. Alicia avanza un paso. Es la vieja la primera que se percata de su presencia. Se levanta. Samuel cae de rodillas. El techo del coche se abolla bajo su peso. No quiere ver esto. No quiere verlo, por favor. Se siente muy cansado. Si la matan, si tiene que presenciar cómo le hacen lo mismo que a Cándido, se suicidará. Lo sabe. Se va a meter la pistola en la boca y a apretar el gatillo.

La vieja se detiene delante de Alicia. Una mano empapada orbita sobre su vientre. La marca de cinco dedos recorriéndolo,

deteniéndose en los pechos, en el sexo. Alicia no reacciona.

La vieja aparta la mano. Y echa a correr.

Los demás la imitan. Salen corriendo carretera abajo para seguir repartiendo dolor y muerte. Alicia los contempla. Samuel, desde el coche, no puede verlo, pero dos lágrimas del tamaño de perlas corren por sus mejillas.

En la llanura, la hoguera. El fuego que es todos los fuegos.

9

LO JUSTO HABRÍA SIDO QUE NADIE PEGASE OJO ESA NOCHE. Lo que debería haber pasado es que todo el mundo hubiese hecho guardia desde sus coches, que el miedo y la pena y la alarma no les hubieran permitido conciliar el sueño. Pero el sueño es poderoso, los párpados se vuelven pesados cuando los ojos están hinchados de tanto llorar. Y al final uno se duerme, aun sabiendo que están ahí fuera, aun sabiendo que pueden volver en cualquier momento. Aun sabiendo que les están esperando en sus sueños.

Así que duermen, claro que duermen. Samuel también. Pensaba que el temblor de las manos y esas piernas de cristal lo mantendrían en vilo. Pero las horas pasan mientras él se abraza a un hueco de aire con forma de Alicia. Y así lo hacen todos. Abreu y Gzhala dormitan en una duermevela inquieta. El brazo de él la rodea. Ella se deja. Alfonso aprieta los puños y llora, los ojos cerrados. Tote se acurruca en el asiento de atrás, temblando y rechinando los dientes. Inés sueña que ha perdido a los niños.

El fuego en la llanura sigue ardiendo.

Alicia duerme en su chatarra roja.

Las cigarras velan los restos de Cándido.

Samuel es de los primeros en despertar. Una chispa en su cerebro y sus ojos se abren. Otro día que clarea. El mundo aún no se ha acabado pero tampoco ha dejado de desmoronarse. Ya ni siquiera siente hambre sino un dolor sordo que le recorre todo el cuerpo. Las pupas de la boca han empeorado, lo sabe sin siquiera mirarse. Recuerda lo que ha soñado y se echa a llorar. Otra vez. Otra maldita vez. Tarda mucho rato en calmarse. Quizá no llora por el sueño. Le asalta la certeza de que será hoy, pero es una certeza que ya no le abandona. Hoy se acaba el mundo. Eso que tienen detrás les dará alcance antes de que anochezca, y ya no importará si han descuartizado a Cándido, si las moscas se amontonan en la saliva

seca de los labios del médico ni si va a ser niño o niña. Lo que importa es que Samuel tiene que atraparle hoy porque estará muerto cuando anochezca.

No ha salido nadie. No se atreven, claro. La vieja empuñando el cuchillo. Imágenes de la noche anterior resplandecen en su cabeza. Quién sabe si estarán ahí fuera. Agazapados. Esperando a que se abra la primera puerta. A que asome la primera cabeza. A que llegue más carne.

Samuel empuña la pistola.

Sale.

Todo está en silencio. Hay una ligera brisa que no llega a disimular el calor que hará dentro de poco. El sonido crepitante de la hoguera llega hasta él. Quién sabe cuántas horas lleva ardiendo. No se distinguen los cuerpos. Solo una masa negruzca que ya no recuerda a nada. El olor es parte del paisaje. El fuego, empecinado, se resiste a morir. No es el único.

En cualquier momento podrían saltar sobre él. Se le acelera la respiración. Quizá no tenga que esperar a que esa cosa les dé alcance. Quizá es la última vez que piensa en el fin del mundo. Da un paso. Muy despacio. Si ahora crujiese algo, si el menor ruido llegase hasta él, empezaría a gritar y a disparar en todas direcciones. Siente un pinchazo en la vejiga. Tiene que orinar lo poco que bebió ayer. Lo hace rápido, en el arcén, la sangre retumbándole en los oídos. El cristal que son sus piernas es aún más frágil que anoche. Cada vez más débil, más cansado, más muerto. Se sube la bragueta. No tiene sentido demorarlo más. Se acerca y se enfrenta a algo que no quiere ver.

Cuesta mucho estar delante de lo que ayer era Cándido. Simplemente estar. Samuel no quiere que la visión de esa cosa en la que se ha convertido se quede en su cabeza, pero es demasiado tarde. Cándido no quería ser el último en morir. No quería ir solo al último entierro, así que se ha buscado un entierro al que asistan miles de desgraciados, delante de una pila de cadáveres incinerados, medio devorado por una panda de locos que podrían estar a punto de matar a Samuel.

Algo le dice que no es así. Sean quienes sean, de dondequiera que hayan salido, han regresado. No volverán hasta la noche.

Se guarda la pistola en la parte de atrás del pantalón. Es una

sensación incómoda. Al instante tiene la impresión de que van a aparecer detrás de la caravana del hippie. Esto es lo peor, la anticipación. No sucede nada. La brisa sopla en sus oídos. Una puerta se abre a su espalda.

—Madero.

Alicia está en mitad de la carretera. Igual que ayer. La sangre de Cándido mancha su blusa, su vientre, su entrepierna. Dedos rojos marcando al bebé que no tendrá tiempo de nacer. Alicia le mira. Su labio inferior tiembla. Samuel da un paso en dirección a ella. Y luego otro.

Se encuentran. Se abrazan. Esta vez ella no le aparta. El abrazo dura mucho tiempo.

—Lo siento.

Qué más da quién de los dos lo haya dicho. Qué más da que el mundo se acabe esta noche. Samuel va a encontrar al asesino. Les va a proteger. Porque es policía. Porque lo que hace es encontrar criminales. Porque Alicia le está abrazando.

Quizá esto es su sueño.

Hay más gente saliendo de sus coches. Enarbolan barras de seguridad, cuchillos de untar, gatos. Todo aquí sirve para matar. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

El sol sale. Poco a poco, el atasco volverá a la normalidad. La amargura de pensar que esto es la nueva normalidad. La tristeza de reconocer que lo que había antes se ha acabado. La impotencia de saber que esto mismo durará solo hasta esta noche.

—Vamos a tapar a Cándido.

Samuel dice:

—No sé quiénes eran. No lo sé, ¿qué quieres que te diga?

Abreu ha sido el primero en acercarse. Están sentados dentro del coche de Samuel, las puertas abiertas para que entre algo de aire. Sin mirarse. Incómodos en la proximidad del otro.

El periodista arruga el rostro.

Y dice:

—Lo que quiero que me digas es que no va a volver a pasar. Quiero que me digas que sabes dónde están y que vas a ir a por ellos. Que los vas a matar como han matado a ese pobre hombre. Eso quiero que me digas. Quiero sentirme seguro.

—¿Vas a sentirte seguro porque haya un tío por ahí matando por

ti?

—Así ha sido siempre.

—Pues vaya mierda.

—Pues es lo que hay. A ver si voy a tener que venir a contártelo yo, Samuel. Que eres policía, joder.

Samuel tiene ganas de preguntarle si ha dejado sola a la niña marroquí, se ha olvidado del nombre, pero sabe que le va a contestar que sí. Entonces Samuel tendrá que romperle la nariz de un puñetazo y acercarse a su coche a por ella. Y si no está, qué. Qué pasa si no está. Qué pasa si sí está, pero no está sola. Qué pasa si han vuelto.

Samuel no quiere preguntarle si la ha dejado sola.

—¿No piensas hacer nada?

Es un reproche terrible. Un reproche de niño pequeño, pero por eso mismo el más sincero. Llevabas todo el tiempo esperando a que te necesitaran. Pues ahora te necesitan, así que mueve el culo. Abreu quiere que le salve. Y ahora Samuel no sabe cómo. Ya no se trata de encontrar a un asesino.

O sí. Esa es la pregunta. ¿Han sido ellos? ¿Estaba buscando donde no debía buscar? ¿Ha estado equivocado todo el tiempo? ¿Se colaron en el coche del médico a estrangularlo? ¿Y qué pasa con el cierre? ¿Por qué estaba echado el cierre? Maldita sea. Maldita sea su estampa mil veces. Samuel no sabe ni por dónde empezar. Mierda de investigador.

—Samuel. Samuel, que te estoy hablando, tío.

—¿Qué? —casi le grita. Abreu se echa hacia atrás—. ¿Qué quieres que haga?

—Nada, hombre, nada.

Desde el coche de Abreu se oye la voz de la niña. *Mamá, mamá, mamá*.

—Me vuelvo al coche, no sea que salga buscando a su madre y se pierda.

Es huérfana. Eso quiere replicar el policía. Pero para qué. Abreu sale. Empuja sin apenas fuerza y la puerta cierra en falso. Eso solo enfada aún más a Samuel. Se inclina, vuelve a abrir y a cerrar de un portazo. Se queda con el mango en la mano. Roto. Joder.

Todo va a salir bien, dijo Cándido. Ya.

Samuel respira hondo. Se sorprende pensando que ojalá Cándido

estuviera aquí. Ojalá pudiera hablar con él cinco minutos. A ver qué se le ocurría. Seguro que se sacaba de la manga alguna manera de relajar la tensión.

Sus manos. Se da cuenta en este mismo momento.

Nunca se fijó en sus manos.

—Yo no puedo hacer esto, papá.

—Sergio, haz el favor de escucharme.

—Papá, de verdad, no puedo.

—Por favor, Sergio. Piensa en tu madre.

—Voy a colgar, papá. Cuida de mamá, ¿vale?

—Sergio. Te lo estoy pidiendo por favor. Ven a casa.

—Adiós, papá.

El sonido guillotinado de la línea muerta es lo único que queda. Lo que suena en sus oídos durante un rato. Cándido no cuelga. Permanece un rato con el auricular pegado a la oreja, sentado junto a la mesa de la cocina. Incluso el tono de llamada muere al cabo de un rato, y Cándido piensa que anuncia mucho más de lo que parece. Traga saliva. Cerca de él, sobre el frigorífico, hay una televisión de tamaño pequeño. Está encendida pero no tiene volumen. Las imágenes se suceden a gran velocidad. El mismo esquema de colores. La misma permutación de palabras en los letreros que las rubrican.

Cándido se levanta al cabo de un rato. Respira profundamente. Parpadea. Sus ojos están secos. Se agacha junto a la encimera de la cocina. Abre los armarios inferiores. Saca tres garrafas de agua. Las deposita sobre la mesa. Luego trastea en el cajón de las medicinas. Rebusca, selecciona, lee algún que otro prospecto, discrimina y por último las deposita también sobre la mesa. Piensa que a lo mejor hará frío. Ahora mismo hace calor, pero a la noche refresca. Es Araceli, su mujer, quien sabe dónde están guardados los jerseys gordos. Va al dormitorio. Vuelve. Va dejando lo que necesita sobre la mesa. Serán varios viajes hasta cargar todo en el coche y tiene la espalda fatal. Pero no tiene prisa.

Pasta de dientes. Cepillo. Cándido va al cuarto de baño. Pasa junto a la puerta del dormitorio. Las paredes están llenas de sangre. Manchurrones espesos aún gotean con pereza. En el ángulo de la cama que se puede ver desde el salón cuelga un brazo, casi tocando el suelo. Le faltan dos dedos, el anular y el meñique. De los

muñones cuelgan hilillos de sangre que van alimentando el charco. Ambos dedos han rodado y descansan junto a la pata de la cama. El anillo dorado en el anular está sucio.

Por lo menos ya no hay gritos.

Pasta de dientes. Cepillo. Cándido se lava las manos a conciencia. Echa un vistazo alrededor. Espera que no se le olvide nada. En el último momento entra en el dormitorio. Sale y lleva en la mano un cuchillo grande, uno de esos de la teletienda. La hoja está impregnada de sangre, manchas que ya empiezan a secarse. Lo deja en la mesa y piensa: ahora sí. Vámonos. El televisor sigue encendido. El mismo esquema de colores. La misma permutación de palabras en los letreros que las rubrican.

Alicia oye el llanto segundos antes de que Inés toque en la ventanilla.

—No. No, por favor.

Pero Inés la mira, desesperada. Trae a un niño con ella. Un niño moreno y despeinado. Tiene el uniforme del colegio hecho un desastre. Dos chorretones de mocos corren por su boca y su mentón. Las lágrimas hacen resplandecer su cara. Alicia le hace un gesto. Inés abre y se mete dentro. Sienta al niño en su regazo.

—Mira, Marcos, esta es la doctora Alicia. Tiene una inyección para la fiebre, para cuando los niños se ponen enfermos. Pero tú no estás enfermo, ¿a que no?

El niño dice algo que Alicia no entiende.

—¿Qué le pasa?

—Doctora Alicia, Marcos tiene un caso agudo de berrinchitis. Tiene hambre, está cansado y tiene sueño. Pero seguro que se le pasa todo en un momento. ¿Será necesario ponerle la inyección?

—Pues…

Inés niega levemente, los ojos muy abiertos.

—Pues no creo. Si se porta bien y no llora más, probablemente no haya que ponerle nada.

El niño repite lo mismo, pero al menos ya no se revuelve en el regazo de Inés.

—Ahora te lo traemos, cariño. En cuanto venga el otro doctor.

Alicia pregunta:

—¿Qué quiere?

—Nada, jugar con Bob Esponja. El médico tenía dibujos en la

funda del volante y un muñequito. Eso les gustaba.

—Ah. No tengo nada para que juegue. No pensé…

—No te preocupes. —Marcos se está calmando. Se le cierran los ojos—. En cuanto les dices lo de la inyección se les corta.

—Estás hecha una experta.

—¿Yo? No tengo ni idea de tratar con niños. Estos ni siquiera eran mi clase, yo les doy a los mayores. Pero claro, o haces de todo o te echan a la calle.

—Ya no tienes que preocuparte por eso. —Lo que hay ahora es mucho peor. Eso no lo dice. Lo que dice es—: Me alegro de que no os pasase nada anoche.

Inés asiente. Dice:

—Tuve a los niños en el autobús. Rezando. Creí que me iba a volver loca. Probablemente lo habría hecho si llegan a entrar. No sé qué habría hecho.

—Les habrías protegido, Inés. Eso es lo que habrías hecho. Es lo que hacen las buenas personas.

—Ya, no sé qué decirte.

Lo que Inés quiere decirle es que es culpa suya. Que Dios mandó a esos locos para castigarla. Marcos se ha quedado frito. Alicia lo contempla como una maravilla o un enigma imposible de descifrar.

—Podrían haberme matado, Inés. Tuve a una delante. Me tocó la barriga.

Aún tiene la marca, marrón y desagradable. En los pechos, en el vientre, en la entrepierna. Inés se queda sin respuesta. Su mano, quizá sin que se dé cuenta, agarra el crucifijo de oro que le cuelga del cuello. Con la otra aprieta más a Marcos contra sí.

Alicia dice:

—Creo que fue por el bebé.

—¿Cómo por el bebé?

—Me tocó la barriga, Inés. Pasó esos dedos tan calientes por encima. Y luego se fueron. A lo mejor el bebé los convenció. No me mataron por eso.

Inés no dice nada durante varios segundos. Al final pregunta:

—¿Es niño o niña?

—Es mi bebé —sus manos se cierran alrededor de la barriga—. Mi bebé.

—Claro —dice Inés, confundida. Como si lo hubiera puesto en

duda.

Alicia ha dejado de prestarle atención. Su mirada vaga más allá del parabrisas. Por la interminable sucesión de coches que no van a ninguna parte.

—Tengo que hablar con Samuel.

—Claro —repite Inés, sin estar muy segura de qué acaba de suceder entre ellas—. Pero ten cuidado.

—¿Con qué?

—Tú solo ten cuidado, ¿vale?

Alicia asiente.

—¿Qué harías si el mundo se acabase esta noche, Inés?

Ella ni siquiera se piensa la respuesta.

—Rezar. Preparar mi alma.

Alicia digiere su repuesta.

—¿Todavía no está preparada?

Ella mira a Marcos, en sus brazos. El niño emite un ronquido sordo de motor a ralentí. La siguiente palabra que pronuncia Inés aterriza en el suelo entre las dos, muerta.

—No.

—A lo mejor son una secta —sugiere Abreu—. Vete tú a saber.

Alfonso, reclinado en el asiento de atrás, se está arrancando pellejitos de los labios.

Dice:

—Joder, pues poco han tardado en salir.

—Siempre han estado ahí.

—¿Cómo que siempre han estado ahí?

El periodista se enciende un cigarrillo pero no le pasa el paquete. Gzhala tose en su asiento. Él la ignora.

Dice:

—Lo que oyes. Hice una vez un reportaje de investigación sobre sectas. Hiparías con las cosas que vimos. Lo que hacen con la gente.

Alfonso dice:

—Ya estoy flipando. ¿Has visto cómo han dejado al viejo?

—Ya te digo. No parece una persona.

—He preguntado por ahí delante. Se dice que han matado a varios. Les han sacado a tirones de los coches y se los han cargado. A algunos se los llevaron a rastras.

—¿Cómo se puede hacer algo así?

Abreu dice:

—Pues haciéndolo, tío. Haciéndolo. Qué más da. Hay gente que estaba esperando esto.

Alfonso se acomoda en el asiento trasero. Es muy estrecho para él.

Dice:

—¿Cómo van a estar esperando esto, hombre?

—Que lo estaban esperando, Alfonso, hazme caso. Mira si no a los colgados de la hoguera. Todavía están ardiendo.

—Todo esto es muy jodido.

Abreu da una calada al cigarrillo y suelta el humo hacia arriba.

Y dice:

—¿Qué harías tú si el mundo se acabase esta noche? ¿A qué dedicarías las últimas horas?

Alfonso titubea.

—No sé.

—O sea, que no me lo quieres decir.

—No me tiraría a la carretera a apuñalar gente, eso te lo aseguro.

—¿Por qué no? —pregunta Abreu—. A lo mejor es lo que más coloca.

—Tío, me estás asustando.

—Piénsalo. ¿Alguna vez has matado a alguien? ¿Quién te dice que no es lo mejor del mundo?

Alfonso no contesta. Ese silencio se convierte en una serpiente que estrangula lo poco que pudieran decir para espantar el miedo.

—Me vuelvo al taxi. La enana esta me da yuyu.

—Oye, que yo no quería…

—Bah, déjalo. Total, si se acaba el mundo esta noche, tampoco voy a sacar nada en claro pasando mis últimas horas contigo.

—Hombre, gracias.

Alfonso ya ha salido del coche. Abreu se vuelve hacia Gzhala. La niña tiene los ojos enrojecidos a causa del humo.

Abreu dice:

—¿Y tú? ¿Qué harías tú si te fueras a morir esta noche? ¿A quién matarías?

El cuerpo de Cándido está cubierto con un trozo de lona que han encontrado en su maletero. Se acabó Cándido. Ya no existe, lo ha

reemplazado un bulto en mitad de la carretera. Se habrían atrevido a moverlo, a acercarlo siquiera al arcén, pero se deshace por todas partes.

Samuel se enciende un cigarrillo delante del bulto. Ya ha empezado a apestar. El sol cae con fuerza a estas horas de la mañana. Ojalá se empiecen a mover pronto. Joder, cómo le molesta la boca.

Una puerta se abre y vuelve a cerrarse. Pasos. Alfonso se detiene junto al cuerpo, a su lado.

—¿Me das un cigarro?

Samuel mueve el paquete con desgana. Apenas le quedan. Se pondrá muy nervioso cuando se acaben, lo sabe ya. Lo que no sabe es cuánto tiempo tendrá que estar nervioso. Le ofrece uno.

El taxista se lame los labios. Dice:

—Pobre viejo. Tendría que haberse quedado en su casa.

—No quería sentarse a esperar el final.

—Ya, pues mira con qué final se ha encontrado. Esta no es forma de morir. Ni para él, ni para nosotros, ni para nadie. No deberíamos estar aquí.

—¿Adónde vas tú?

Alfonso le taladra con la mirada.

—Me divorcié hace unos años, pero estuve veinte de casado. Vivimos un tiempo en Mijas. Los años más felices de mi vida. Me gustaría que se acabase allí. —Tira el cigarrillo a la cuneta con cara de asco—. Samuel, yo no he tenido nada que ver con lo del médico y Ruth. He hecho muchas cosas malas en mi vida. He estado metido en muchas mierdas. Pero en esto no.

El policía asiente, la vista aún fija en los restos de Cándido.

—Te creo.

—No, no me estás entendiendo, Samuel. Te digo que yo no he sido.

—Ya te he oído. ¿Y qué?

—Joder, para ser policía eres un poco lento, macho. Yo no he sido. Tú tampoco, en principio. Entonces, ¿quién queda?

La atención de Samuel se vuelve por primera vez hacia Alfonso.

—¿Tú no crees que hayan sido esos locos de anoche?

—Ni de cofia. Ya has visto los destrozos que han hecho. A Ruth ya no sé, pero estos no mataron al médico.

—Ya. ¿Y quién ha sido, según tú?

—Te lo he dicho, no creo que hayas sido tú. Quedan Tote, Abreu y el hippie.

—También quedan Alicia e Inés.

—No me hagas reír, hombre. Alicia no puede ni levantarse del asiento, e Inés…

No termina la frase.

—¿Qué? ¿Inés, qué?

—Inés no ha sido.

Samuel rumia sus palabras. Alfonso estudia la llanura y el fuego a lo lejos con el ceño fruncido, la expresión bovina, rotunda.

El policía dice:

—La gente piensa que hay muchos motivos para matar a alguien, pero en realidad son siempre los mismos: pasta o cuernos. Codicia o venganza. No hay más. Pero ¿qué motivos tendrían para matar al médico? ¿Y a Ruth? Ninguno de los dos encaja con esos motivos. El dinero ya no es importante. ¿Venganza? ¿De verdad crees que alguien ha venido hasta aquí para vengarse del médico y de Ruth? Venga ya.

Alfonso medita un segundo antes de responder.

—Te equivocas.

—¿Qué?

—A este tío no le hace falta más motivo para matar que saber que se va a morir. Igual que esos locos de ayer. Igual que esos otros locos. —Señala la llanura, la columna de humo negro—. Cuando tienes encima a la muerte, haces de todo para no pensar en ella. Te vuelves religioso. Te gastas todo tu dinero en medicinas raras, en homeopatía, en droga o en putas. Haces las cosas que nunca te atreviste a hacer, dices lo que nunca te atreviste a decir. Para consolarte pensando que al menos has hecho lo que te apetecía de verdad antes de que todo acabe.

—Ya. Y a esos colgados de ayer les apetecía asesinar a la gente en la carretera.

—Yo qué coño sé lo que les apetecía, Samuel. Lo que sí sé es que hace tres noches mataron al médico. Hace dos noches mataron a Ruth. Anoche mataron a Cándido. Por ahí hay un hijo de puta que no se va a dormir tranquilo si no muere alguien.

—Eso lo has pensado tú solo.

—Ya sé que te parezco un idiota. Pero hasta los idiotas podemos tener miedo.

—¿Y de qué tienes miedo tú?

—De que anochezca. De que llegue esta noche y me toque a mí.

—¿Y qué sugieres hacer?

—Encontrar a ese cabrón.

—Eso es muy fácil decirlo. ¿Cómo?

Se encoge de hombros.

Y dice:

—Yo qué sé. El policía eres tú.

Samuel asiente.

Dice:

—¿Sabes una cosa? Tienes razón.

Da media vuelta, antes de que Alfonso replique nada.

Y se dirige a la caravana del hippie.

¿Está preparado para hacer esto? ¿Está preparado para enfrentarse a la muerte? Qué curioso, enfrentarse a la muerte sabiendo que va a morir igualmente. Debería darle igual. Debería importarle muy poco morir a manos del hippie, si de verdad es el asesino.

Y sin embargo le importa. No quiere que lo maten. Hasta ahora no piensa en lo que tienen detrás. Está consiguiendo olvidarlo. Porque Alfonso tiene razón: esto es lo que le hace olvidar la muerte. Buscar al asesino. Lo que hacen los policías. Pero ahora va a cambiar todo. Casi querría no encontrarlo. Querría que el mundo le diese una prórroga, más tiempo, más días para perseguirlo.

Al mundo le dan igual sus miedos. Cuando anochezca, morirá alguien más. Si Samuel no lo impide.

Y si ha sido el hippie, lo va a impedir.

Samuel da la vuelta a la caravana y se queda paralizado.

La puerta del hippie está abierta.

Alicia está saliendo.

—¿Qué estás haciendo?

—Estaba hablando con él. ¿Por qué?

Con él. Con él, estaba hablando.

Me cago en la puta.

—Me cago en la puta, Alicia. ¿Y si te hubiera hecho algo?

Alicia le mira con el ceño fruncido. Es porque ha dado un puñetazo en el costado de la caravana, se acaba de dar cuenta. Le

duele la mano.

—Deja de intentar protegerme, madero. No me ha hecho nada.

La tensión baja. Una olla a presión. Samuel siente que los nudos alrededor de sus articulaciones se aflojan.

—Voy a descansar un poco. Charlamos un rato luego, ¿te parece? ¿Pasas por mi coche? ¿Me asomo yo al tuyo?

Sí. Sí, lo que tú digas. Sí, pasaré luego por tu coche. Sí, pasa luego por el mío. Espérame. Te espero.

Samuel no responde.

Alicia dice:

—Hasta luego, madero.

Da media vuelta y se aleja.

Cuando llega la noche, alguien muere.

Cuando alguien habla con el hippie, muere.

Todos van a morir. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Samuel entra en la caravana del hippie.

Si pudiera acercarse sin que lo vieran.

Si pudiera acercarse a Cándido.

Solo un bocado. Solo un trozo. No se va a enterar nadie.

Tote ha roto el espejo retrovisor. Se ha asomado un par de veces. No hay nada, pero sabe que está ahí. Su colega el Mauro está ahí. Su madre también, mano a mano con la vieja. Están ardiendo. Se ríen. Se chupan los ojos la una a la otra. Se los arrancan. Los mastican. No saben a nada. Los ojos de los muertos no tienen sabor. Están esperando a probar los de Tote. Ahí mismo. A tiro de espejo. Por eso Tote lo ha arrancado. Por eso lo ha estrellado contra el salpicadero una y otra vez, una y otra vez.

Si pudiera acercarse sin que lo vieran.

Solo un bocado.

Cristales por todo el suelo. Fragmentos. Filos. Tote agarra uno, el más grande que encuentra. Estira el brazo. En su muñeca tatuada casi no queda carne. Es un esqueleto esperando librarse de la carne que lo rodea. Tote pincha la muñeca con un trozo del cristal. Sale un poco de sangre. El dolor le espanta. Suelta el cristal. Gime. En alguna parte alguien se está riendo de él. Los ojos de su colega el Mauro le siguen. Su madre lo peina.

No se va a enterar nadie.

Un bocado, nada más.

Tote está temblando. El dolor de barriga es insoportable. Los mocos le mojan la perilla. Un hilo de baba temblequea entre sus labios. Está rodeado de cristales y le da miedo hacerse daño. Las lágrimas enturbian su visión. Muy despacio, se echa hacia atrás. No llegará jamás al mar. Se tumba en el asiento trasero a llorar un poco más y su mirada tropieza con la cajita de Tranxilium. Está debajo del asiento del conductor. Aún quedan dos tabletas enteras.

Los dedos de Tote, sus uñas sucias, reptan hacia ella.

Primero das una calada. Honda, sentida.

El humo que sale de tu boca es espeso. No parece humo. Parece algo distinto. Algo importante. El humo nunca es importante. Tú atiendes a ese humo, intentas adivinar qué hay en él. Fracasas.

Creías que había sido yo, pregunta el hippie.

Todavía lo crees. Cómo puedes saber que no ha sido él.

Él se encoge de hombros. No puedes, claro. Pero qué motivo tendría.

Qué motivo tendría nadie.

Te lo pasa. Dejas que el humo plante su secreto en tus pulmones. Podrías estar a punto de tener una ausencia. Nunca has estado más lúcido.

Tienes razón, dice el hippie. Qué motivo tendría cualquiera. Y más ahora.

Quieres saber por qué viaja el hippie. Para qué.

Él menea la cabeza. No hay un para qué. Viaja. Nada más.

No lo entiendes.

Es lo que hace. Viajar. Es lo que es. Desde hace años. Desde siempre. No hay motivo para dejar de ser quien eres cuando el final se acerca. Al contrario. Si dejase de ser quien es, si dejase de hacer lo que hace, todo habría sido mentira.

Quieres saber si no le preocupa morir aquí. Si no le apena que el mundo se acabe mientras él está en la carretera. Si no tiene nadie a quien ver, de quién despedirse, en quién pensar.

El hippie no es mayor. Puede que haya rebasado los cuarenta. Apenas. Es alto. Está muy moreno. Tiene el cuerpo lleno de tatuajes. Una barba enorme y canosa. De ella cuelgan trenzas, abalorios, hilos. La frente prominente. Manos de pausa. Mármol. Ojos muy claros. Ojos que nadan. Ojos encallecidos.

Las piernas. Dónde están tus piernas.

Hay alguien más en la habitación. Ese alguien eres tú.

Pienso en mucha gente. Eso es lo que dice el hippie. Pienso, fumo, medito. Es lo que hago con mi tiempo. El final importa poco.

Es el fin del mundo, le recuerdas.

Siempre es el fin del mundo.

No le entiendes.

Su mano extendida. Desde hace mucho. No recuerdas para qué hasta que te das cuenta de que lo tienes en la mano. Un hilillo blanco culebreando hacia el techo. Se lo pasas.

El fin del mundo es otra muerte más.

El fin del mundo pasa cada vez que alguien muere.

Protestas. Eso no es cierto. Está tu recuerdo. Tus hijos.

Tú tienes hijos, te dice.

No. No los tienes.

El hippie fuma. Venillas rojas. Le preguntas si no tiene miedo.

Y tú, pregunta.

Sí. Sí que tienes miedo.

De morir.

Esa es la última pregunta. La de verdad. El fin del mundo sucede cada día. Cada línea plana en un hospital. Cada sobredosis. Cada cáncer. Cada disparo. Cada gota de sangre que brota de una muñeca abierta. Cada vez que alguien se lanza por el balcón mientras la policía derriba su puerta. Cada una de esas personas que no verán el final, que no sabrán que había un final a la vuelta de la esquina y que en ese final vivía un asesino. El fin del mundo ya ha pasado. Ya es de noche para el médico, para Ruth, para Cándido, para todas esas personas que hablaron con el hippie y que también hablaron contigo justo antes de morir.

Te levantas.

Tienes que irte.

Él te responde antes de que salgas por la puerta.

Cada vez estás más cerca.

—¡Samuel!

La voz. Sale de la caravana del hippie dispuesto a hablar con Alicia. Sus pies trastabillan en cuanto pisan el asfalto. Se siente mareado. El aire fuera es diferente, pertenece a otro mundo. Samuel se apoya en la caravana. La chapa está muy caliente. Las piernas le

tiemblan.

—¡Samuel!

La voz. Le ha llamado una voz. La puerta de la caravana está cerrada. Quizá nunca llegó a entrar. Los huesos de sus piernas han desaparecido. El preludio de una arcada se despereza en su estómago vacío.

—¡Samuel!

La voz. Le ha llamado una voz. Samuel es su nombre. No es él quien se gira, es el mundo el que cimbrea y pivota y vomita y lo que vomita es él. Centra la vista y ve las manos levantadas y ve las caras de preocupación y ve las bocas que dibujan su nombre. Samuel. Ayúdanos. Sálvanos.

Sienta bien.

Están alrededor del coche de Tote. Echa a andar hacia ellos. Se pregunta en qué punto se caerá.

Tote vuelve a estar tendido en la acera. Inés, Alicia, Abreu. Incluso Alfonso está ahí, como si le estuvieran esperando. Todos a su alrededor. El cuerpo de Tote inmóvil.

Muerto.

No, muerto no. Se mueve. Manotea.

—Samuel. ¿Qué hacemos?

La voz. Le ha llamado una voz. Samuel es su nombre. La dueña de la voz es Alicia. El nombre es un ancla. El mundo tiene sentido alrededor de Alicia. Tote, a sus pies, gime.

—No puedo más —la voz pastosa—. No puedo más. Mamá. Mamá, espérame.

—Se ha tomado pastillas, no sabemos cuántas —anuncia Alicia, y repite—. ¿Qué hacemos?

Alfonso masculla:

—A este ya no hay quien lo ayude. No hay adónde llevarlo.

Samuel sacude la cabeza. No, Alfonso no. Alicia. Céntrate en Alicia. El ceño fruncido. Las manos retorcidas. Los pies gordos, deformes. La barriga que es un satélite siguiéndola a todas partes. Hasta el final.

—Dadle la vuelta.

—¿Qué te has tomado tú, Samuel?

Ha sido Abreu. Cree. Podría haber sido Inés. Podría no haber sido nadie.

—El hippie —y eso lo explica todo—. Dadle la vuelta. Que vomite.

—Aguantadlo —Inés—. Esto lo he hecho yo muchas veces.

—¿Y eso? —pregunta Abreu.

—Soy maestra —y eso lo explica todo—. Aguantadlo boca abajo, hacedme el favor.

Alfonso es el primero en agarrar a Tote de un hombro. Él se revuelve. Samuel le sujeta del otro lado.

Tote lleva un rato hablando entre dientes. Sílabas atropelladas.

—Mis manos. Samuel, mis manos.

Inés se agacha a su lado. Le acaricia la cara. Luego le mete los dedos índice y corazón en la boca. Él tose. Inés los introduce más hondo. Tote grita, saca la lengua, aparta la cara. Pero Inés no ceja. Le sujeta la cabeza e introduce los dedos más hondo. Un chorro de bilis transparente desborda los labios de Tote y baña la mano de Inés. Alicia y Abreu asisten a la escena en silencio. Tote llora y gimotea. Samuel y Alfonso lo agarran, pero la verdad es que apenas tienen que hacer fuerza. Samuel mira a Alfonso. El taxista atiende con los ojos desorbitados. Tote tiene las mejillas y la frente húmedas de sudor, la mandíbula impregnada de vómito. Su expresión dice que no sabe lo que está pasando. Se vuelve hacia él. Bizquea.

—Mira mis manos, socio.

Inés le sujeta. En el charco de bilis hay trozos blancuzcos de algo sólido, grumos medio diluidos de muerte.

—Mis manos, Samuel.

Inés vuelve a hurgar con los dedos la garganta de Tote. Un nuevo chorro de bilis, muy violento. Tote palmea, sus pies golpean el suelo. La melena empapada. Temblando.

Después de un par de intentos más queda claro que Tote está vacío. Abreu mira para otro lado. Alicia no. Inés se levanta. Se seca la mano en el pantalón.

—Ya está. Metedlo en su coche. Que descanse.

—Está todo lleno de cristales —informa Abreu.

—No —Tote gimotea—. En mi coche no. En el de Cándido. Cándido. Cándido.

Samuel:

—Está bien. Metedlo en el coche de Cándido. ¿Puede quedarse

alguien con él?

—Yo lo hago —dice Alicia.

Alfonso aprieta el paso. Llega hasta el taxi. Inés ha vuelto con los niños. Alicia se ha metido en el coche con Tote. Samuel, a quién le importa qué esté haciendo Samuel. Alfonso está temblando. Rebusca en el bolsillo hasta que encuentra las llaves. Abre la puerta. Entra con dificultad. Deja caer todo su peso en el asiento. El cuero ya ni siquiera protesta. Gruesos goterones de sudor le corren por el cuello.

En pleno día. Puede verte cualquiera.

Alfonso no se para a pensar. La erección le aprieta en el pantalón. Hacía años que no tenía una erección así. Ni siquiera recuerda el tiempo en que las tenía solo, que no tenía que masajearse un par de minutos. Forcejea con su cinturón. Inés metiéndole los dedos en la boca a Tote. Se baja los pantalones. Se quita los zapatos. Baja los calzoncillos con los pulgares. Se lame los labios. La lengua le sabe a sangre. El olor no le desagrada. Se escupe en una mano y se sujeta la polla. La aprieta. Inés, la cara de Inés metiéndole los dedos en la boca a Tote. Tote vomita, no, no pienses en eso. Inés. Alguien va a verle. Está sudando. Se van a morir esta noche. Se acaba. Todo se acaba. Cada vez queda menos tiempo. Inés metiéndole los dedos en la boca a Tote.

Alfonso se masturba. Con mucha fuerza. Muy rápido. Se muerde el interior de los carrillos. Da un puñetazo sobre el salpicadero. Si alguien le viera ahora, si alguien se atreviera a asomarse a su taxi, vería a Alfonso con la cara desencajada, los ojos desorbitados y los labios replegados. Dientes amarillentos y encías rojas, muy rojas. Sudando mucho. Inés metiéndole los dedos en la boca a Tote. Echa la cabeza hacia delante, su papada se abomba contra el pecho. Se muerde la palma de la mano, la chupa, la lame. No le molesta el olor. Hace muchísimo calor. Cuando se corre, lo hace sobre los pantalones, sobre los calzoncillos, sobre los zapatos y el asiento y las alfombrillas. Todo se mancha. Nadie va a limpiarlo. El cuerpo se desploma.

Alfonso permanece quieto el par de segundos que tarda en llegar la vergüenza. Se sube los calzoncillos. Se sube los pantalones. Sus pies culebrean hasta meterse en los zapatos. Baja la ventanilla, respira un poco de aire y da un puñetazo en el asiento del copiloto.

El segundo puñetazo es un poco más fuerte. Inés metiéndole los dedos en la boca a Tote ha desaparecido. Ahora solo está Tote vomitando. El tercero es todavía más. Y el cuarto. Alfonso sigue dando puñetazos al asiento del copiloto hasta que los latidos de su corazón se calman, hasta que se seca el semen viejo que le corre por las piernas y le humedece los huevos y el culo.

Qué harías si se acabase hoy. Si se acabase pronto. Si se acabase en cuanto anochezca.

Si harías algo, más vale que lo hagas.

Porque después no habrá nada.

El coche de Cándido es confortable. Huele a nuevo. Tote está echado en la parte de atrás. Tiene las rodillas encogidas, pegadas al pecho. Alicia ha tenido el impulso de taparle con una manta, pero hace demasiado calor. Está sentada delante, ladeada, mirándole sin verle. Tote tiene los ojos abiertos. Hasta ahora no ha dicho ni una palabra. Hasta ahora.

Sus ojos ruedan hacia Alicia.

—¿Qué haces aquí?

—Te estoy cuidando.

Tote no contesta. Se gira hacia un lado, le da la espalda. No tarda ni un minuto en volver a mirar hacia arriba. Levanta las manos, las gira delante de ella.

—Mira, Alicia. Mira mis manos.

—Ya las veo, Tote.

—Mentira. Míralas.

Ella lo hace. Las manos de Tote tienen la piel reseca, los dedos largos. Uñas sucias y una ligera pelusa cubriendo las falanges. Los nudillos están hinchados. Entre los dedos, en las palmas, cerca de las muñecas, se reparten varias pequeñas cicatrices.

Tote le dice:

—¿Ves estas marcas? Esto es mi vida. Toda mi vida está aquí escrita.

—Claro.

—No me haces caso porque he intentado suicidarme —su voz todavía es pastosa—. Míralas. A lo largo de tu vida, te vas haciendo marcas. Tienes accidentes. Te caes. Mira, esta de aquí es de unas navidades que me corté mientras trabajaba en una charcutería. Casi pierdo el dedo por cortarle el jamón a un gilipollas.

Alicia se fija en la marca blancuzca cerca del tendón.

—Estas cicatrices son el mapa de mi vida. Me van a perseguir siempre. Hasta que me muera. No hay tatuaje que se compare a esto. Son los testigos de las veces que la he cagado. De todo lo que he hecho mal.

—¿Por qué no intentas dormirte, Tote?

Él no le hace caso. Le tiembla la mandíbula inferior.

—Nosotros somos las cicatrices en las manos del mundo, Alicia. Nosotros. Mira lo que hemos hecho. La hemos cagado una y otra vez. Nos merecemos esto. Nos lo merecemos.

—No digas eso.

Tote ya está gimoteando.

—¿Por qué habéis tenido que hacerlo? ¿Por qué?

—¿Te encuentras mal?

Se inclina hacia él. Le toca la frente. Tote se zafa. Dos lágrimas sobrepasan sus párpados y caen a plomo hacia la parte de atrás de su cabeza.

—Sí, me encuentro mal. Debería estar muerto y estoy vivo. Debería haberme tomado todo el Tranxilium y haberme ido tranquilo. Pero no me habéis dejado —su voz se quiebra—. ¿Por qué no me habéis dejado morirme tranquilo? ¿Qué derecho teníais a salvarme? ¿Quiénes os creéis que sois para decidir que tengo que morir así?

Ella se queda paralizada. Tote sigue llorando, abrazado a sí mismo. Ella debería decir algo. Consolarle o pedirle perdón o algo. Pero no reacciona.

El llanto se va pasando. Las lágrimas aún brillan en la cara. Se sorbe los mocos. La respiración se acompasa, los ojos se cierran. Alicia piensa que se ha quedado dormido, por eso se sobresalta cuando dice:

—No quiero estar aquí.

Ella asiente. Qué gran verdad.

—Yo tampoco.

—No. No quiero estar en este coche. No quiero morirme en este coche.

—Está bien —duda, lo piensa, se envalentona—. ¿Quieres venir al mío?

—Al de Cándido. Quiero conducir el coche de Cándido. Me lo

pidió.

—Ya estamos en el coche de Cándido, Tote.

Se detiene. Y dice:

—¿Cómo que te lo pidió?

—Me dijo que pronto no estaría aquí. Que si quería el Tranxilium tendría que llevar yo su coche —se le escapa un sollozo—. Y yo he estado a punto de romper mi promesa. Otra vez cagándola. Todo lo que toco se convierte en mierda.

—Eso no es verdad.

Él sigue llorando. Alicia, sentada en el asiento derecho, los pies estirados sobre el del conductor, duda. Puede ver sus pies hinchados, las líneas verdes de las varices ascendiendo por las piernas.

Le pregunta:

—¿Quieres que te dé la mano?

Tote la mira un instante.

—No.

Ella no da su brazo a torcer.

—¿Quieres un poco de agua? A lo mejor por aquí queda un resto.

Sucede así, sin más. Alicia tantea debajo del asiento. Da un grito y aparta la mano. La sostiene delante de su rostro. Tiene un corte. Tote deja de gimotear. Ella vuelve a meter la mano debajo del asiento, esta vez con más cuidado. Lo encuentra. Lo sostiene. Lo saca. Ambos se lo quedan mirando.

Debajo del asiento de la derecha Cándido llevaba un cuchillo grande. De esos de la teletienda. Un cuchillo embadurnado de algo que no es chocolate.

—Todos estamos asustados —comenta Samuel—. Ayer pasó algo horrible. Es así.

Los restos de Cándido siguen tirados en el suelo. Cubiertos de mala manera. La columna de humo en la llanura asciende hacia el cielo. Hay muy poca claridad. Pronto será de noche.

—¿Has averiguado algo? —Inés.

—No ha sido el hippie. Eso os lo puedo asegurar.

—Cada vez va quedando menos gente para que nos asegures, Samuel.

Abreu. Samuel arruga el ceño, pero se obliga a ignorarle. Lo que

no puede ignorar es que tiene razón. Abreu. Inés. Alfonso. Alicia. Tote. Alguien ha matado al médico y a Ruth. No han sido los locos de anoche. Tiene que haber sido uno de ellos. Samuel espera que sea solo uno. De pronto se le ocurre que sería una gran ironía, una tristísima ironía que hubiera sido otra persona completamente distinta. Alguien que está a más de tres coches de distancia, donde todo se vuelve borroso. Y que el asesino sea un idiota que ahora mismo está escuchando música en su automóvil, a treinta metros de ellos, esperando a que anochezca para matar a otro más.

Sacude la cabeza. Esa imagen no le ha gustado. No puede ser así. Tiene que ser uno de ellos, uno de los que conocía al médico. Esto no es una película. Esto es la vida real. La vida que se acaba. Y nadie tiene derecho a decidir cuándo se acaba.

¿Y qué derecho tiene él? A lo mejor el asesino está haciendo un favor a la gente. A lo mejor el final que les espera es mucho más horrible, mil veces más doloroso y aterrador que ser estrangulado por un cinturón. Es preferible un golpe seco que te destroce la cabeza y acabe con esta maldita espera. Si Samuel no estuviera buscando al asesino, el hambre ya lo habría vuelto loco. A lo mejor se ha vuelto loco igualmente y no lo sabe. Hay tantas posibilidades y tan poco tiempo para contemplarlas todas.

Inés dice:

—Samuel, ¿te encuentras bien? Te estás poniendo pálido.

Él asiente. Todavía está un poco mareado. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba. El fin del mundo pasa cada vez que alguien se muere. Tantos, tantos finales. Cientos, miles, millones de microscópicos fines del mundo a lo largo de la historia. Una vez leyó que el número de gente viva sobre el planeta Tierra es mayor que la suma de todos los muertos a lo largo de su historia. No sabe si es cierto, pero es una idea que da vértigo. Que todos los vivos mueran a la vez. Están a punto de pulverizar el récord de muertos sobre el planeta Tierra. Se pregunta qué habrá después. Qué sucederá cuando suceda.

—Quiero que hagamos algo esta noche.

Alfonso se tensa.

—Vamos a quedarnos todos en los coches…

Abreu le interrumpe:

—Ya empezamos.

—… y me vais a dar las llaves.

Alfonso casi explota:

—¿Cómo?

—Quiero todas vuestras llaves. Os vais a quedar todos metidos en los coches hasta por la mañana. Veremos si así se detiene esta locura. Esta noche yo seré el único que pueda salir.

—Eres un inútil, Samuel.

Él se vuelve. Abreu lo mira desafiante, pero se acerca unos centímetros a Alfonso.

—Así te lo digo. Como no eres capaz de encontrar a quien ha sido, nos das a todos por culpables y aquí paz y después gloria. Pues conmigo no cuentes.

—No va a funcionar si no me dais todos las llaves.

—¿Y por qué nos vamos a fiar de ti? —interviene Alfonso—. A lo mejor eres tú el asesino. Por eso no eres capaz de encontrarlo. ¿Y si al darte las llaves nos ponemos a tu merced?

Samuel dice:

—Ya estáis a mi merced.

Eso no ha sonado bien, lo reconoce en la arruga en el entrecejo de Inés, en el modo en que Abreu desvía la vista. Pero ya no puede detenerse.

Dice:

—Tengo un arma, por si no lo habéis notado. Y siempre tenéis las puertas abiertas. Si quisiera mataros ya lo habría hecho. Empezando por ti.

Señala a Abreu. Él se queda congelado.

—¿Por mí?

Samuel dice:

—Estoy hasta los cojones de ti. No haces más que poner pegas a todo, no ayudas en nada, engatusaste a Alfonso para robar la gasolina, que solo sirvió para que casi acabásemos a hostias. Si por mí fuera, si no tuvieras a esa niña en el coche, te echaba a puñetazos de la autopista y ahí te las apañaras.

Ha hablado despacio, sin alzar la voz. A Abreu le tiembla el labio. Inés ha bajado la vista. Abreu busca apoyo en Alfonso, pero no lo encuentra. El taxista atiende a las palabras de Samuel, como descubriendo un nuevo sentido en el que no había reparado hasta ahora.

Samuel dice:

—No os confundáis. No estoy aquí para ayudaros. Nadie puede ayudaros, ni a vosotros ni a mí. Estoy aquí para evitar que ese hijo de la gran puta mate a más gente. Y eso lo vamos a conseguir encerrándonos todos en los coches.

A Abreu le tiembla la mandíbula. Suelta el aire por la nariz, una, dos veces. Da media vuelta y se aleja. Samuel alza la voz:

—Cuando anochezca paso a recoger tu llave.

Abreu se ha ido pero ha dejado tras de sí el silencio. Alfonso mira al suelo. Solo Inés se atreve a preguntar:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Samuel se enciende un cigarrillo. Agita la caja con la cara arrugada. Le quedan apenas tres. Los últimos cigarrillos que se fumará.

—Ahora, si no os importa, me gustaría enterrar a Cándido.

Un discurso precioso, pero ha sido imposible enterrarlo. No han encontrado ni una sola herramienta, nadie de los alrededores que tenga algo parecido en el coche. Escarbar la tierra con las manos no ha servido para nada. Han acabado decidiendo que dejarán los restos de Cándido en el coche de Tote. Cuando el atasco vuelva a moverse —si llega a hacerlo alguna vez, si este no es el punto y final— lo sacarán de la carretera y lo dejarán en el arcén. Cándido no se lo merece, todos lo saben. Pero están demasiado derrotados para obrar de otro modo.

Cada vez queda menos tiempo.

Samuel se peina con los dedos.

Abre la puerta sin llamar y se asoma.

—Hola.

—Hola —responde Alicia.

Sus ojos tras las gafas son grandes extensiones marrones.

—¿Puedo sentarme?

—Claro.

Samuel se acomoda junto a ella. Cerca, tan cerca. Las costumbres recién adquiridas se imponen y el silencio vuelve a cubrirles. Samuel se revuelve. Por suerte ella está ahí para salvarlo.

Ella dice:

—No debería haberme puesto así.

Así cómo. Es lo primero que quiere decirle él. Así, cómo. Así, sin

querer hablarme. Así, haciéndome daño.

—No pasa nada.

—Sé que estás haciéndolo todo por nosotros, madero. No debe de ser fácil.

—No lo es.

—No estamos ayudando mucho, ¿verdad?

Una sonrisa amenaza con curvar los labios de Samuel. Es tan leve que casi no se nota.

—Hacemos lo que podemos. Todos nosotros.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—No lo sé.

Ni siquiera sabe a qué se refiere con conseguirlo. El llano se ha convertido en un océano gris. Los rescoldos de la hoguera aún brillan. Mejor no pensar en los cuerpos, en qué aspecto tendrán ahora.

—¿Adónde vas, Alicia?

Ella no se esperaba esa pregunta. Parpadean sus ojos marrones. Las manos en su bajo vientre. Los muslos asomando por debajo de la falda.

—Voy a dar a luz en otra parte. Lejos de la ciudad. Lejos de todo.

No dice nada más. Este silencio es otro, tiene otra cara, sabe distinto. En él hay palabras, hay preguntas. Samuel alarga la mano. Ella le invita sin hacer nada. Tan quieta y tan elocuente. Podría caerse en esos pozos marrones. La mano se posa sobre la barriga de ella, siente su calor.

Samuel dice:

—Llevo días teniendo el mismo sueño.

Ella espera a que continúe. Al cabo, él lo hace:

—Sueño que sucede. Que caen pájaros muertos del cielo. Todo se desmorona. Como en Madrid. La gente corre. Veo sus bocas abiertas y debería oírles gritar, pero no oigo nada. Yo salgo del coche, pero no hay adonde ir. Está aquí, nos ha alcanzado.

Alicia atiende a su explicación. Muy seria.

—Entonces veo a una mujer. Cuando la veo me doy cuenta de que la he estado buscando todo el tiempo. Antes no lo sabía, pero ya sabes cómo son los sueños. Está arrodillada en el suelo. Algunos tropiezan con ella. Tiene un niño entre sus brazos. Yo me acerco

corriendo a ellos, me arrodillo a su lado y los abrazo. Entonces se acaba. Nos morimos los tres así. Abrazados.

Se atreve a decir:

—En el sueño no les veo las caras, pero no soy idiota.

Y pronuncia las palabras que llevan tiempo sobrevolando su cabeza:

—Yo podría cuidar del niño. Del niño y de ti. Mientras no se acabe.

Alicia al principio no reacciona. Esos segundos de nada donde cabe un mundo, incluso uno que se acaba. Luego sus cejas se contraen. Algo chapotea en sus pupilas. El rojo que brota en sus mejillas y la curva que asoma al borde de sus labios. Una curva que desciende.

—No va a ser niño.

—Pues de la niña.

Los ojos de Alicia se humedecen.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho algo malo?

—No. —Niega con la cabeza—. No has dicho nada malo, madero.

—Yo no pretendía…

Ella lo toca. Le pasa los dedos por la cara, por el pecho, por los brazos.

—¿Por qué haces esto, Samuel? ¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Samuel dice:

—Por tus manos.

—¿Qué?

—Tienes manos de buena persona.

Alicia espera a que explique qué quiere decir. No lo hace.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, madero. ¿Te importa dejarme sola?

—Pero…

Tarda aún unos segundos en darse cuenta de que no es una pregunta.

—Claro. Como quieras.

—Luego te doy las llaves cuando anochezca.

Abre la puerta. Aún hay tiempo para que su corazón se encoja cuando ella le llama:

—Samuel. —Le ha llamado por su nombre. Se gira—. Ten cuidado.

Hablar con Alicia le agota. Medir cada frase, cada reacción, cada gesto. Estar atento a que no entienda una palabra de manera equivocada, a que no se tome a mal cualquier cosa. Así no se puede. Este no es modo de pasar el tiempo que queda.

Probablemente no sea para tanto.

Probablemente esté todo en su cabeza.

Samuel se detiene. De pronto se da cuenta. Gilipollas. Le ha dicho que podría cuidar del niño. Eso le ha dicho. Ni más ni menos. Yo podría cuidar del niño. Podría cuidar del niño los cinco minutos de vida que les quedan. Con razón le ha pedido que la deje sola. Le ha recordado que se van a morir hoy, mañana, pronto. Vaya figura. Es la última vez que queda como el culo delante de alguien.

Ojalá esta sí fuera cierta.

Genial. Los coches se están moviendo de nuevo. La serpiente sacude sus escamas de metal en el horizonte. Una hilera de luces rojas se va encendiendo, avanzando hacia ellos. Una marea hecha de ojos de búho. La silueta del hippie brota en el retrovisor de Samuel. Gira la llave del contacto.

Tote acaba de arrancar el coche de Cándido. Empiezan a conducir. Atrás queda el cuerpo del anciano. Atrás queda también el horror que han vivido las últimas veinticuatro horas. Ya no se distingue el fuego, solo la columna de humo. Samuel, como los demás, no quiere pensar en lo que aguarda delante. Se pregunta dónde están ocultos los locos, si hablan entre ellos, si dormitan abrazados mientras esperan el final con la ropa empapada en la sangre de Cándido. Quién sabe si volverán esta noche.

Pasa junto al coche de Tote. No han tenido tiempo de apartarlo. Supondrá un retraso. El autobús de Inés ya lo está bordeando, como hizo esta mañana con el de Ruth.

La angustia le quema. El día se acaba, les pillará la noche conduciendo. No quiere que termine. Tiene miedo. Van a morir dentro de poco. De pronto la idea misma le parece insoportable. Una lágrima al rojo vivo le desborda el párpado y cae por la mejilla. Puede que sea la primera vez de verdad que piensa en la muerte. En la suya, en la de sus padres, en la de sus amigos. Toda la gente que conoce se está muriendo. Toda la gente que no conoce se está

muriendo. Los locos de anoche se están muriendo. Cándido ha muerto. Alicia y su bebé van a morir. Y él no va a cuidar de nadie. A cada segundo que pasa es más y más probable que no encuentre al asesino.

La aguja de la velocidad sube por encima de cincuenta. Es lo más rápido que han ido en días. El taxi de Alfonso hace un amago de internarse en su carril. Entre él y Alicia. Samuel hunde la mano en el claxon. Suena tan intenso que le taladra los oídos. Alfonso lo mira a través del cristal. El ceño fruncido. Atrévete, le dice Samuel sin palabras. Atrévete a meterte entre nosotros. Échale huevos y aumenta aunque sea cinco pasos la distancia entre nuestros coches. Te mato. Te juro que te mato.

Parece que capta el mensaje, porque no lo vuelve a intentar. Mejor. Samuel centra la vista en la carretera y es entonces cuando atisba lo que hay al frente.

Se le forma un vacío en el estómago. No puede ser. Están muy lejos aún, quizá no lleguen. Y sin embargo la hilera de coches sigue avanzando. Diez, quince kilómetros por hora, de nuevo diez, se detienen unos segundos, vuelta a empezar, de nuevo quince. Y lo que hay delante se acerca cada vez más.

Mierda.

Se están acercando a un túnel.

Pronto será de noche. Desde donde están no se distinguen luces dentro de la boca del túnel. Hay tantas imágenes que se les vienen a la cabeza mientras se acercan. Tote, agarrado al volante que hace menos de veinticuatro horas tocaron las manos de Cándido, piensa en la portada de una película que vio de niño. No recuerda que el título es Noche de Miedo. Alfonso ve un coño. Inés piensa en Dios. Abreu piensa en el agujero en el que encaja un ataúd. Samuel piensa en Alicia. Y Alicia no quiere pensar.

No importa a qué les recuerde esa negrura, hay una idea que reverbera en la cabeza de todos, todos y cada uno de los que se adentran en ella: aquí no, por favor. Que no se termine mientras estoy aquí dentro.

El túnel los engulle. La oscuridad es un tajo en el aire. Apenas un par de metros hacia dentro y se empiezan a encender los faros, las luces de freno, la luz del interior. Nadie quiere quedarse a oscuras. Pero el contraste es grande, se está más solo aquí.

Y sucede. Porque las cosas tienen que suceder así. Porque alguien lo ha decidido de antemano. Porque nadie lo ha decidido y estar acabándose no es excusa para que el mundo deje de ser tan cabrón. Porque no podría ser de otra manera. Esperan. Las miradas rebotan entre los mandos del coche, el volante, la entrada del túnel que ya no se ve. La salida al otro lado, que tampoco. Y nada se mueve. Ellos no se mueven. Los primeros motores que se apagan son la gota que altera una masa de agua dormida. El ronroneo de miles de motores se va sosegando, amodorrando, durmiendo. Y de pronto está claro que este animal prehistórico que es el atasco se ha detenido.

Están en medio del túnel.

10

AQUÍ SIEMPRE ES DE NOCHE. No se puede salir. Los neones del techo están apagados. Es como haber muerto en un naufragio, los pulmones llenos de agua, el estómago, el intestino. Y flotar en un mar ahíto de cadáveres. La negrura. Samuel también apaga las luces y el motor. Mejor así, por ahora. No quiere encenderlo y descubrir con horror que se ha gastado la batería o que no queda gasolina. Aquí no. Aquí no, por favor. Que no sea esto lo último que vea.

Podría salir. Pedirles a todos las llaves. Ir de coche en coche.

Pero no se atreve.

Esto no es como la noche. Esto es peor. Samuel piensa en los locos. Amparados en la oscuridad. Piensa en el asesino. Mata de noche. Piensa en el fin del mundo, en el hambre, en la sed. Las formas de morir se multiplican. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba.

Su mano tiembla sobre el interruptor de la luz interior. ¿Y si ahora la enciende y ya están ahí? ¿Y si llevan ahí todo el tiempo?

Alfonso no sabe ya en qué posición colocarse. El coche se le echa encima. Asfixia. El rosario descolorido del espejo retrovisor yace sobre el suelo, rota la cadenita, las cuentas desparramadas. El taxista tiene los ojos cerrados. La cabeza echada hacia atrás para paliar el vértigo. Siente los dientes muy grandes, como si no le cupieran en la boca. Los labios no dejan de sangrarle. El hambre llega ya hasta su garganta. Como si el vacío ocupara lugar. Como si pudiera rebasar el estómago y extenderse por su cuerpo. Como si fuera a explotarle, a salirle por los ojos. Un hueco negro que se lo come desde dentro.

Aquí no hay nada que hacer. Solo esperar en la oscuridad. Y uno nunca está solo dentro del coche. Lo acompañan cosas. Cosas que terminan por hablar.

Hay un instante en que Inés no los reconoce. Ese instante es el peor.

Peor que el momento en que vio irse a Maite y a Julián. Mil veces peor que estar aquí atrapada, sola, mirando siempre hacia atrás, obligándose a sonreír y a decirles que dentro de poco llegarán a casa e inventándose juegos para que las horas goteen a su alrededor mientras la muerte ronda fuera. Para que no recuerden que hace días que no comen nada. Peor, mucho peor que eso, es el instante en que no les reconoce. Cuando Inés levanta las manos del volante y se obliga a aceptar que les ha tocado detenerse justo en medio del túnel. Apaga el motor. Ha olvidado encender las luces interiores. De pronto se da la vuelta y no los reconoce. Inés se siente morir. Cincuenta y dos siluetas sentadas frente a ella, esperando, en mitad de la negrura del túnel, de esa negrura que se va haciendo dueña del mundo a medida que los coches de alrededor también apagan las luces. Empezarán a protestar, a chillar, a pelearse y a llamarla en un instante, pero este instante es otro. En este, que ya dura demasiado, son cincuenta y dos sombras de piedra que esperan que Inés haga algo, que les salve, que pruebe que merece ir al cielo salvándoles, llevándoles a un sitio seguro, preparándoles para morir. Como si existiera una manera de preparar a cincuenta y dos niños de diez años para morir.

Están a oscuras.

Y el instante aún no ha pasado.

Tote tampoco ha encendido las luces. Ni las de posición, ni las cortas, ni la luz de dentro. Está inmóvil en el asiento. No necesita cerrar los ojos. Las manos siguen sobre el volante. Los labios juntos, como si silbara. Gira el volante a la derecha. Endereza. Sonríe. Coge el primer desvío y se incorpora. Se detiene un segundo en un cruce. Mete primera de nuevo. Acelera, pero no demasiado. Segunda, tercera… El viento le sacude la melena. Qué sensación de paz. Pronto habrá llegado. Cada vez está más cerca. Ya casi puede oler el mar.

A su derecha, sobre el asiento vacío, descansa un cuchillo manchado de sangre seca.

El tiempo se espesa.

Luego desaparece.

En otras ocasiones, cuando se han parado, la gente ha salido a charlar. Ha conversado, se ha quejado, ha discutido, se ha insultado y ha regresado a sus coches. Y vuelta a empezar. Ahora no. Ahora

nadie se atreve a salir. Ahora los miedos tienen nombre, tienen cara, tienen un cuchillo.

Samuel abre la guantera. El tacto de la pistola no le reconforta. De pronto tiene la sensación de que va a pasar algo malo. Se le acelera el corazón. Algo malo. Algo malo va a pasar, está a punto de suceder, se mueve entre los coches, se acerca, lo ha visto, viene hacia él directo, esquiva un coche y después otro y otro y llega hasta él y se abre la puerta del coche.

Se abre la puerta del coche. El corazón le da un vuelco. Se le salen los ojos de las órbitas. La pistola apunta hacia delante sin que él se lo mande. Cuando se quiere dar cuenta, su dedo tiembla sobre un gatillo que de pronto es demasiado ligero, que podría dispararse con un soplo de aire y volarle los sesos a la persona frente a él.

Pero ella adelanta la mano. La pone sobre la pistola. La aparta. Se la quita y la deja sobre el salpicadero. Entra en el coche. No es más que una silueta en la oscuridad. Cierra la puerta con cuidado. Él tiembla. Ella se inclina hacia él. Su piel está fría al tacto. Sus dedos rozan la cara de Samuel. Suave, tan suave.

Intenta hablar. No sabe qué decir.

—Sssh.

Está tan cerca que nota el calor que emana de su cuerpo. El aliento le huele fuerte. No importa, por debajo hay otro olor. Otro sabor. Tiene los labios muy blandos. Él apenas entreabre los suyos. La lengua es rasposa, casi se diría que áspera. El sabor es muy intenso. Se mueven; es difícil maniobrar. Fuera, la oscuridad. Ella le desabrocha un botón de la camisa, uno cualquiera. Le acaricia. Le pasa la lengua por los labios. Su mano baja hasta los pantalones. Sus dedos se cierran sobre la polla por encima de la tela. Abre los botones de la bragueta. La saca y de pronto ya no le está besando. Primero la rodea con la lengua. Respira muy fuerte. Él también. Sus dedos se mueven. Los labios se cierran sobre ella. Comienza a moverlos. Se ayuda de la lengua. Samuel echa la cabeza hacia atrás porque cree que es eso lo que debería hacer. Le gusta esta sensación. Ella aumenta el ritmo. Solo el diálogo de las dos respiraciones desacompasadas. Se detiene, esperan en silencio, vuelve a empezar. Fuera, la oscuridad. Ya no sabe lo que hace con los dedos, ni con la lengua, ni con los labios. Cuando se corre, Samuel se muerde el labio inferior porque piensa que eso es lo que

tiene que hacer. Sacude todo su cuerpo, siente que algo le rasga por la mitad. Deja caer la cabeza hacia delante. Ella está junto a él. Le besa el cuello. Los labios. Las pupas reaccionan al contacto. El chasquido del dolor. El sabor remoto de su propio semen en la boca.

Fuera, la oscuridad.

La mano de Alfonso tiembla sobre el cierre. Podrían estar ahí fuera. Agazapados junto al taxi. Podrían estar esperándole. En cuanto abra la puerta y ponga un pie fuera, una mano se cerrará sobre ese pie. Alfonso no es imbécil; sabe reconocer en esa imagen que le taladra el cerebro el mismo miedo que tiene un niño tapado con la sábana para ocultarse de los monstruos de su cuarto. Si quisieran matarle, si estuvieran realmente ahí, entrarían en el coche. Y él podría resistirse, pero fracasaría. Estar dentro o fuera del coche no supone ninguna diferencia. Salvo que aquí dentro se está muy solo.

Follando. Déjame que te lo diga otra vez. Fo. Llan. Do.

Si el mundo se acabase hoy, ¿qué harías? ¿En qué aprovecharías las últimas horas?

Alfonso coge aire. Se cruje los nudillos, un gesto que ya ni siquiera sirve para darse confianza.

Abre la puerta.

El túnel está en silencio. A oscuras. La única fuente de luz es la del interior del taxi. Es como estar muerto. No se distinguen los contornos de las cosas, apenas llega a atisbar la caravana del hippie a pocos pasos. Si cierra la puerta, la luz se apagará. Y entonces empezará a gritar, lo sabe. Si se aleja, se zambullirá en la oscuridad.

El tacto. Ayúdate del tacto. Está temblando. El corazón le late muy fuerte en el pecho. Muy lento y muy fuerte. Morirse de un infarto mientras el mundo se acaba. Alarga la mano. Con la otra sigue palpando la carrocería del taxi. No llega a tocar la caravana. Es como estar al borde de un precipicio. Un salto. Y que la oscuridad no lo devore.

Da un paso adelante.

Hay un momento en que no toca nada. Ni el taxi ni la caravana. En ese momento lo domina el pánico. Siente que cae y ni siquiera habrá un suelo que detenga su caída, que seguirá cayendo en la oscuridad para siempre. Pero la realidad es pertinaz, y el frío contacto con la chapa de la caravana le recuerda dónde está. La bordea a tientas. No se da cuenta, pero tiene los ojos cerrados.

El autobús está ahí. Un tótem, una de esas esculturas gigantes con la cara de un tío. Todo está en la mente de Alfonso, imágenes con las que llenar esa masa negra en medio de más negrura. Dentro hay una luz tenue, la emiten los controles del salpicadero, y a eso se aferra. Se desprende de la caravana, camina como un zombi hasta el autobús. Apoya las dos manos en el cristal. Hace frío aquí fuera. O es aquí dentro. No lo sabe.

Llama.

Pasan los segundos. La puerta se abre. Aparece Inés. Viste lo mismo que estos días, la misma camiseta manchada de vómito y los vaqueros que torturan metódicamente sus michelines. La erección instantánea sorprende a Alfonso.

Inés está asomada a la puerta. En el primer escalón. Ni siquiera ha bajado del todo.

Eso no le gusta.

—Vuélvete al taxi, Alfonso, por favor.

—Ven.

—¿Qué?

No sabe qué pasa a continuación. No sabe qué tiene que decir. Una presión en la parte de atrás de la cabeza no le deja pensar con claridad. Quiere que pase, que ya haya pasado. Quiere estar follando. Fo. Llan. Do. No puede ser tan difícil.

Lo repite:

—Ven.

Inés suelta todo el aire por la nariz. Su cara está en sombras. Pero a Alfonso no le interesa su cara.

—Ven conmigo. Queda poco tiempo. En mi taxi.

No sabe explicarse mejor. A Inés no le hace falta.

—No, Alfonso. No.

Alfonso parpadea. Una sensación de malestar anida en sus tripas, un cuchillo que está a la vez frío y caliente.

—Lo siento. Tú lo has dicho, no queda tiempo para ser amable ni para tener tacto. Me das asco. No me gusta cómo me miras. Me disgusta tenerte cerca. Aunque no tuviese que estar con los niños no me acercaría a ti.

Alfonso ha dejado de oírla en algún punto. Le zumban los oídos. Una presión extraña se ha apoderado de sus mandíbulas, las hace apretarse hasta que le duelen. Si Inés dice algo más, no se entera. La

puerta del autobús se cierra y le deja varado en la oscuridad, donde viven los terrores.

Qué fácil sería. Liarse a patadas con la puerta hasta tumbarla. Subir esos escalones y llegar hasta Inés. Destrozar esta oscuridad y este túnel y este mundo y estas últimas horas de vergüenza que le han tocado vivir.

Da media vuelta y vuelve al taxi.

Ojalá sus miedos fueran reales. Ojalá la oscuridad se lo llevase. Pero la oscuridad que lo rodea no tiene ni punto de comparación con la que lleva dentro. Ni punto de comparación. Lo que despierta a Samuel es el sonido de la puerta, pero no puede decir si se ha cerrado o se ha abierto. No sabe dónde está. Sigue así unos segundos. Flotando en la oscuridad. Atisba las luces de posición de algunos coches y recuerda. Recuerda todo.

Esta vez no ha soñado.

Tantea a su lado. El asiento a su derecha está lleno de nada. Ella se ha ido. Fuerza la vista a través del parabrisas, pero es imposible reconocer su silueta. No en mitad del túnel. En mitad de este sitio que no es ningún sitio.

Se recuesta en el asiento. Quizá debería seguir durmiendo. Tiene la garganta seca. La botella debe de estar en alguna parte, le queda un poco. La buscará enseguida. Se le cierran los ojos. El coche está cerrado por dentro. Si los locos aparecen de nuevo, se despertará. No hay nada que temer.

Un cinturón se cierra sobre su cuello.

La sensación es muy molesta. Su garganta hace un ruido inusual. Tose. Se le desorbitan los ojos. Le aprieta con fuerza. Patalea. Los pantalones y los calzoncillos siguen alrededor de sus tobillos. Su polla, que ya no está erecta, se sacude arriba y abajo. La presión es enorme. Quizá el miedo es más pesado que la asfixia. O más rápido. Se está mareando. Los bordes de su visión se doblan. Le cuesta respirar. La correa le hace daño en la garganta. Si forcejea demasiado se romperá la tráquea. Si no lo hace lo suficiente, morirá estrangulado. Ya no entra aire en sus pulmones. El pecho le abrasa. Intenta revolverse, pero tiene el cinturón de seguridad puesto. No recuerda haberse puesto el cinturón de seguridad. La oscuridad cada vez es más grande. Manotea hacia delante. Cree que golpea el claxon, pero no se oye nada. No sabe por qué no se oye nada. Es la

última vez que pide auxilio. Es la primera vez que lo estrangulan. Es la última vez que lo estrangulan. Alguien respira a su espalda. Muy fuerte. Nota la presión de unos pies en el asiento. Echado hacia atrás. La pistola. Se le ocurre que tiene la pistola. Patalea. Intenta alcanzar el salpicadero. No lo consigue. La correa baila en su cuello. Nota cómo le abre cortes, cómo deja marcas que nadie sabrá identificar cuando encuentren su cuerpo mañana. Ya ha perdido. Su lengua cuelga de la boca abierta. Los ojos están a punto de explotar.

Echa las manos hacia atrás. El reposacabezas no le deja moverse. Cree que toca algo, pero podría ser que su cerebro ya no tiene oxígeno y se desprende lentamente de la realidad. Es aquí. Es ahora. El fin del mundo sucede cada vez que alguien muere. Todo ha dejado de dar vueltas, ha llegado al fondo, la oscuridad es tan grande, tan inconmensurable, y él siente tanta pena y tanto dolor y tanto miedo que morirá sin saber si lo están matando o está teniendo una ausencia.

—Rota. La solución está en Rota.

Gzhala no le hace caso. Juega con los coches sobre el salpicadero. Están a oscuras, pero oye las ruedas raspando contra el plástico.

Abreu se empecina. Ojalá tuviese algo para beber.

—En todas las catástrofes hay supervivientes. Solo hay que encontrar un sitio donde esconderse. Un búnker. ¿Sabes decir búnker?

El sonido de las ruedas de los coches diminutos rasgando el plástico.

—Qué vas a saber tú.

Un coche embistiendo contra otro.

—En algún momento se acabará el atasco. Una vez pueda darle caña al acelerador, en cuestión de horas me planto en Rota. ¿Y sabes lo que hay en Rota?

Silencio.

—Te lo digo yo, lo que hay en Rota: en Rota hay una base naval. El ejército americano, nada menos. Gente preparada para estas mierdas. Despachos, tecnología. Búnkeres. Eso es lo que me está esperando en Rota.

Silencio.

—Si te estoy aburriendo me lo dices, ¿eh? Te puedes ir a dar un

paseo por el túnel. A ver si te agarra uno de los locos y me dejas a mí en pa…

No termina la frase. Ni siquiera a él le ha gustado cómo ha sonado. Algo en su estómago le dice que debería pedirle perdón. No debe de ser tan difícil.

—Seguro que nos dejan entrar. A ti y a mí, enana. Porque somos supervivientes.

Gzhala no le hace caso. Juega con los coches sobre el salpicadero.

—Seguro que en la base tienen médicos. Médicos de los buenos.
Lo primero que hace es abrir los ojos.

Lo primero que siente es frío.

Lo primero que ve es nada.

Le duele la garganta. Tiene una correa atada alrededor del cuello. Ya no le aprieta, pero las marcas que ha dejado en su piel ya no se irán. La sangre le mancha la camisa pero se debe a heridas superficiales. Tiene aún los pantalones por los tobillos, las piernas heladas. Piel de gallina. Pueden haber pasado horas. Quizá más.

Todavía no se mueve. No se atreve. El túnel está en silencio. A oscuras. No hay luces de posición, ni faros, ni aristas. Ni el menor punto de referencia. A lo mejor esto es la muerte. A lo mejor ya ha pasado. Se ha acabado todo y esto es lo que hay, una nada negra y el frío y el silencio.

Traga saliva y eso le provoca una punzada en la garganta. Le lagrimean los ojos. Cree que si se inclina, si se atreve a cambiar de posición aunque sea para subirse los pantalones, esta calma se romperá y pasará algo. Algo malo.

Pero lo malo ya ha pasado.

Se desprende del cinturón y no es como volver a nacer. En absoluto. Lo deja caer al suelo. Hace un ruido absurdo, casi inocente. No hay ruidos culpables pero este debería serlo, esta cosa que le ha matado debería gritar culpable con cada sonido que emita.

No es así.

Nota pinchazos cuando se agacha. Su cuerpo no está acostumbrado a morirse. Se sube los pantalones y se los abrocha. Por un momento se pregunta dónde está su cinturón, hasta que se da cuenta. La humillación no se va. Ni siquiera con la muerte.

Es ahora cuando lo piensa: se dará la vuelta y el asesino estará ahí. Mirará por encima del hombro y descubrirá su silueta negra sobre el negro que es todo. Esperándole. En lugar de girarse, su mano tantea el techo. El segundo que tarda en encontrar el interruptor de la luz es enloquecedor. Su corazón hace añicos el silencio. Una mano está a punto de cerrarse sobre la suya. Pulsa el interruptor y está solo en el coche. El retrovisor muestra unos asientos vacíos. Y algo más.

El retrovisor muestra la caravana del hippie.

Ni siquiera piensa en los locos. Tantea y da con el cierre. Tampoco piensa en la pistola. Abre la puerta.

Es como si todos se hubieran ido.

Los coches están ahí. No se distingue a nadie dentro. Lunas negras. Opacas. Está mareado. La caravana del hippie. Se apoya en su coche. Débil, tan débil. Las yemas de los dedos acarician el chasis. Da un par de pasos. La garganta es un infierno. No queda nadie en el mundo. Sus dedos pierden el contacto con el coche y es como quedarse flotando en alta mar. De noche. Una noche que no se acaba.

Llega hasta la caravana y no es capaz de decir si la puerta estaba abierta o si la acaba de abrir él. Entra.

Huele fuerte, dentro. Está oscuro. Quien habla con el hippie, muere. Mira a un lado y a otro. La puertecita que da al compartimiento con la cama está cerrada. Hay un hilo de claridad debajo de ella. La única claridad que hay aquí.

Samuel dice:

—En realidad no soy policía.

Su voz es un crujido de hojarasca. Se acerca. Sigue mareado.

Dice:

—Soy guardia de seguridad. Trabajaba en un centro comercial. De noche.

No hay reacción tras la puerta.

Samuel dice:

—Debía dinero al banco. Y a otra gente. Tenía problemas. Pero quién no los tenía.

Está muy cerca. Cree intuir que algo se mueve en la línea de luz. El hippie.

Dice:

—Cuando todo esto empezó, me quisieron matar.

Quien habla con el hippie, muere.

Samuel dice:

—Me quisieron matar unos policías.

Quien habla con el hippie muere a manos del hippie.

Dice:

—Creo que los maté yo. No lo sé. No me acuerdo.

Estrangulado. Con la cabeza abierta.

—Ese ni siquiera es mi coche.

Asesinado.

—Siempre quise ser policía. Pero no di la nota. No pude entrar en el cuerpo por más veces que me presenté.

Muerto.

—Esta es mi oportunidad. Aquí puedo ser policía. Aquí puedo ser quien he querido ser toda mi vida. Encontrar al culpable.

La mano de Samuel, posándose sobre la puerta corredera.

—Es lo que hacen los policías.

Descorriéndola.

—…

El hippie está tumbado en la cama en una posición inusual. Su sangre empapa las sábanas. Una herida monstruosa se abre en su garganta. No ha sido tan violento como lo de Cándido, pero quizá la tenue luz de la lamparita y las reducidas dimensiones del habitáculo lo hacen todo más impresionante. Tiene los ojos abiertos. Su expresión no denota la menor paz. No hay contemplación posible cuando te están degollando. Nadie se reconcilia con la vida mientras lo asesinan. Huele muy fuerte. Hace calor aquí dentro.

Hay un cuchillo tirado en el suelo. Es un cuchillo grande, de esos de teletienda. Está empapado de la sangre del hippie. Samuel da un paso atrás. Se le ha secado la boca. Cierra la puerta del cuartucho donde el hippie duerme. Lo deja durmiendo.

Sale. La oscuridad sigue ahí. La puerta de la caravana chasquea al cerrarla. Los niños en el autobús le están mirando. Sombras en medio de este mundo de sombras. Samuel no les devuelve la mirada.

Va a su coche.

A buscar las cadenas para remolcar.

11

PRONTO SERÁ DE NOCHE, pero no habrá diferencia.

El olor seguirá ahí. Y el estruendo.

Será de noche pero no estará oscuro.

Después vendrá el silencio, pero ahora, cuando todo está bullendo, cuando el cielo empieza a tornarse de ese color incómodo y los locos pestañean y escupen trozos de algo que se ha enfriado y las sombras del túnel son largas y las pesadillas llenan el mundo y la puerta del coche de Cándido se abre muy, muy despacio, ahora, en esta hora, aún parece posible salvarse.

Alicia dice:

—No pueden habérselo llevado. Nos habríamos enterado.

El coche de Cándido está vacío. Tote ha desaparecido. La puerta, aún abierta. A su alrededor, todos ellos. Este es el último de los malos augurios que les prometía el túnel. Ninguno quiere decirlo: quizá Tote era el asesino. La culpabilidad hecha ausencia.

Suena el primer pitido.

Los coches se mueven.

—Mierda.

—¿Y si se ha perdido? ¿Quizá salió a orinar por la noche y se ha perdido en la oscuridad?

Alicia la reprende:

—No digas tonterías, Inés.

Otro pitido más. Tienen tantas ganas de salir de aquí como ellos. Aquí siempre es de noche.

Abreu dice:

—Tenemos que irnos.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Inés.

Samuel interviene:

—¿Puedes remolcarlo, Alfonso?

El taxista quiere decir que no. Todo su cuerpo está diciendo que

no. Las luces de posición de los coches le alumbran la cara, la convierten en la máscara de un monstruo. Otro pitido le deja claro que no pueden ponerse a discutir. Asiente.

Antes de volver a su coche, Abreu se vuelve hacia el policía y pregunta lo que nadie se ha atrevido a preguntar:

—¿Qué tienes en el cuello, Samuel? ¿Qué son esas marcas?

Samuel no contesta. Abreu no se rinde.

—Algo ha pasado anoche, ¿verdad?

Samuel no contesta.

—Han matado al hippie. Lo han matado y no nos lo quieres decir. Por eso lo estás remolcando.

Samuel no contesta.

—¿Ha sido Tote? ¿Tote es el asesino?

Samuel no contesta.

Abreu intenta aguantarle la mirada. Fracasa.

No será hasta que salgan. Entonces comprenderán. Entonces. Y vaya si comprenden.

Es media tarde. Han pasado casi un día entero en el túnel. Pero todo ha cambiado desde que entraron. El atasco ha vuelto a detenerse un par de kilómetros más adelante. Y lo que se ve al otro lado no les ha traído el menor alivio. La ladera que el túnel atraviesa está cubierta de vegetación. Un muro oscuro de árboles se levanta a su derecha. Pero es su izquierda lo que les preocupa.

Hay un desvío más allá de los tres carriles del otro lado. A la autopista se le desprende un brazo grisáceo que va a parar a una fábrica.

Están ahí dentro. Esos muros lo están anunciando a gritos. Los rastros de sangre que van desde la empalizada hasta las mismas puertas. Las luces encendidas aquí y allá, salpicando la fachada. Las verjas deslavazadas, los cristales rotos en la garita vacía. Esa barrera de entrada partida en dos, levantada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, como las banderas cuando hay que tocar a muerto. No es difícil imaginarse a los cuerpos debatiéndose, chillando, siendo arrastrados por los pelos. O ya inertes, llevados por las piernas, por los brazos, dejando esos regueros rojos que convergen en la entrada del edificio.

Por encima de todo, esa chimenea industrial encendida, que sigue vomitando humo al cielo ennegrecido del mismo modo que la

hoguera que han dejado atrás.

No es una fábrica abandonada. Ojalá fuera una fábrica abandonada. Saben quién está dentro. Saben quién duerme entre esas paredes esperando a que anochezca. Para volver con sus gritos, con sus cuchillos, con su hambre.

Es la última vez que Samuel apaga el motor. Hace rato que ha dejado de preocuparle la luz que alerta que el depósito se está agotando. Morir asesinado le libra a uno de muchas preocupaciones.

Le duele mucho el cuello. La sangre acumulada en los pequeños cortes le ha hecho costras por todas partes. Le trae sin cuidado que le pregunten. A Abreu no le ha dicho nada, pero quizá la próxima vez que le pregunten dirá la verdad. Me mataron dentro del túnel. Estaba todo muy oscuro. Probablemente tampoco mienta si te preguntan dónde está el hippie. La única pregunta que le interesa es la misma de siempre: quién lo ha matado.

No está más cerca de la verdad que hace tres días. Eso le molesta mucho. Así no actúan los policías. Y Samuel es policía. En eso tampoco miente.

Sale del coche. A este lado del túnel refresca. Será por los árboles, por la ladera. Mucha gente a lo largo del atasco también se asoma. Han perdido el miedo, o la esperanza, no se sabe. No hablan entre ellos. Casi nadie se acerca a sus vecinos. Recelan. Temen.

Se ha levantado una brisa desagradable. El cielo sigue igual, pero algo ha cambiado.

Pasa una cosa muy rara. Todo el mundo está fuera. Todos han salido de sus vehículos. Inés está apoyada en el autobús. Alicia, la piel erizada, se sujeta la barriga. El viento la despeina. Se ha vuelto a cambiar de ropa. Abreu se muerde los nudillos. La mirada de Alfonso sigue a la de los demás. Todos miran la fábrica como quien mira el fin del mundo. Poco importa que sea hoy o no. Todos saben que esta noche saldrán de ahí. Que vendrán. Esas luces que titilan en las ventanas brillan ahora mismo sobre la piel de los locos, acurrucados unos junto a otros, mascando y esperando a que anochezca para volver a cazar. Y ellos están allí mismo, a su alcance. No hay nada más triste que morirse un martes.

—¿Y si fuéramos a por ellos? —pregunta Alfonso—. A lo mejor ahora están durmiendo.

Samuel:

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos. Porque somos pocos.

—Joder, ¿cómo que somos pocos? —Abreu abarca a ambos lados con los brazos—. Doscientos kilómetros de atasco, ¿y dices que somos pocos?

Samuel menea la cabeza.

—Entrar ahí significa morir.

—Vamos a morir de todos modos.

—Ya. Intenta convencer a la gente de que te acompañe y verás.

Abreu no dice nada.

Están junto al quitamiedos izquierdo. El autobús los protege de la brisa que se ha levantado. Los otros tres carriles son un desierto. En la llanura al otro lado vive una de las muchas muertes que campan por esta tierra.

Alicia interviene:

—Tiene razón. Desde que mataron a Ruth, nadie quiere acercarse a nosotros. Menos todavía van a meterse ahí dentro.

Parece que va a añadir algo más, pero la cara se le contrae en una mueca de dolor. Se dobla sobre sí misma. El corazón de Samuel da un vuelco. Inés se yergue de un respingo. Solo Abreu y Alfonso comparten un fruncimiento de ceño.

Abreu dice:

—Lo que nos faltaba. Se nos va a poner de parto.

—No, gilipollas. Es que la espalda me está matando. Prueba a conducir una semana con un sobrepeso de diez kilos y me cuentas.

Ha querido sonar dura, pero no engaña a nadie. Le tiembla la voz.

Alfonso dice:

—Si vamos nosotros solos, no tendremos ni una oportunidad. No tengo ganas de que me descuarticen. Yo ahí no me acerco.

Abreu vuelve a la carga:

—¿Y entonces qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí a esperar a esta noche?

—O rezamos para que el atasco se descongestione.

Todos miran a Inés. Ella se sonroja y baja la vista.

—Era un decir, hombre.

Samuel niega con la cabeza.

—No vamos a ir, y punto. Vamos a seguir el plan de ayer. Vais a cerrar los coches y me vais a dar las llaves. A lo mejor podéis meteros en los coches por parejas. Intentad tener a mano algo que sirva como arma.

—Sí, hombre —dice Abreu. Samuel le desintegra con la mirada—. Ya sé, ya sé, Abreu es un tocapelotas que pone problemas a todo. Pero es que joder, Samuel. No te ofendas, pero nos estás pidiendo que nos encerremos en un coche con alguien que no sabemos si es un asesino. Y que tengamos un arma a mano. Si quieres me meto un limón en el culo y que me horneen directamente.

Samuel hace algo inesperado. Sonríe. Sabe sonreír, claro que sabe sonreír. Y lo hace. Abreu enarca las cejas. No pasa ni un segundo antes de que los dos empiecen a reírse. La risa se contagia primero a Alicia, luego a Inés. Ninguno sabe lo que está pasando. Samuel suelta carcajadas que parecen ladridos. Abreu lagrimea. Hasta Alfonso se cubre la cara con las manos y termina soltando una risilla aguda. Inés se abraza a Alicia, pasa de la risa al llanto y a la risa de nuevo. Ninguno sabe cómo parar. Ni siquiera lo intentan. Es la última vez que se ríen, y en esa risa, aunque la muevan los hilos de la histeria, está la tregua que el mundo no ha querido darles.

El momento dura mucho más de lo que cualquiera podría imaginarse. Samuel abre las manos en un gesto de rendición sin condiciones.

—La verdad es que no tengo la menor idea de qué podemos hacer. Hay un asesino entre nosotros y un puñado de locos que quieren descuartizarnos cuando caiga la noche. No sé qué hacer, la verdad.

Respira hondo. Decir eso, de algún modo, le produce alivio. Está muy lejos de sentirse en paz, pero se ha sincerado. Ha empezado a hacerlo.

Inés dice:

—Me voy con mis niños. No quiero dejarlos mucho tiempo solos.

Abreu se levanta.

—Tienes razón. Yo debería echarle un ojo a la mía.

La maestra le dedica una mirada apreciativa. Asiente. No dice

nada.

Alfonso, Samuel y Alicia comparten unos segundos de silencio. El taxista se remueve en un titubeo. Sus ojos rebotan en todas partes, aunque siempre terminan pasando entre Alicia y Samuel. Da media vuelta y se aleja del quitamiedos.

Ellos dos se quedan un rato más contemplando la fabrica. El viento arrecia. El calor también ha desaparecido del mundo.

—¿Quién te llama al móvil, Alicia?

Ella aprieta los labios. Se encoge de hombros.

—Alguien que no está aquí. Estoy yo y eso basta.

En ese momento pasa un coche. Un Renault Clío solitario, verde, de los antiguos. Se dirige al túnel. Los dos lo siguen con la vista hasta que se pierde en la oscuridad.

Hacen falta huevos. Hacen falta muchos huevos para decir lo que dice Samuel a continuación. Morir estrangulado le da a uno una ración extra de huevos:

—¿Quieres que vayamos a tu coche y nos tumbemos un rato?

Ella esboza una media sonrisa.

—¿Ya no quieres encontrar al asesino?

Él contempla los carriles por los que ha pasado el Clío.

—El tiempo que pase buscándolo no lo pasaré contigo.

La sonrisa se ensancha en la cara de Alicia.

—Mejor vamos al tuyo. Mi chatarra es demasiado estrecha.

Entre el quitamiedos y el coche de Samuel hay diez metros. Apenas diez pasos. Eso es lo que dura la felicidad. Esos pocos pasos con el brazo por encima del hombro de Alicia será el último respiro que tendrá Samuel. Porque al final de esos diez pasos, en la misma puerta de su coche, está Abreu. Abreu, llorando. Abreu, la cara desencajada. Abreu, las manos convertidas en puños.

Dice una sola palabra:

—Gzhala.

Y Samuel sabe que aunque el cielo aún no tenga ese color incómodo, aunque no estén cayendo pájaros muertos, el mundo ya se ha acabado.

—Os juro que estaba aquí. Ha sido solo un momento, no hemos pasado más de cinco minutos hablando.

El coche de Abreu está vacío. La puerta del copiloto abierta. Sobre el asiento hay dos cochecitos de juguete. Uno rojo y el otro

amarillo. De no ser por eso, se diría que Gzhala nunca ha estado ahí. No hay huellas en el asfalto, claro. Nada.

La mirada de Inés está clavada en Abreu. Tan intensa, tan asesina, que hasta Samuel se siente incómodo.

Inés dice:

—¿Qué te dije?

—Muy lejos no puede haber ido —aventura Samuel.

Inés dice:

—¿Qué te dije, Abreu?

Él calla, la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Inés dice:

—Abreu, ¿qué te dije?

Alicia sugiere:

—A lo mejor tenía que ir al baño.

—No le quites ojo de encima. Eso es lo que te dije. No la pierdas de vista nunca. Nunca, Abreu.

—Venga, Inés, por favor.

—¿Qué más te dije, Abreu? ¿Hay algo más que hayas hecho mal? ¿Le has hecho algo, Abreu?

Él retrocede como si le hubiera abofeteado.

Dice:

—Oye, no te pases.

Pero Inés no está para escuchar advertencias. Respira muy rápido. Tiembla. Le brillan los ojos.

—Sí que me paso, Abreu. Me paso porque la niña estaba bajo tu cuidado y ha desaparecido. Porque has dejado que se vaya o porque algo le has hecho para que ya no quiera estar cerca de ti. Así que vaya si me paso, Abreu, porque hay un montón de locos por ahí sueltos y ahora no sabemos dónde está ella y…

Se le rompe la voz. Le fallan las piernas y es Samuel quien tiene que sujetarla. La ayuda a sentarse en el suelo. Ella hunde la cara entre las manos. Abreu hace un gesto, pero no es capaz de acercarse ni un paso.

Inés solloza.

—Es culpa mía. Es todo culpa mía. Ay, Dios mío, qué vamos a hacer, qué vamos a hacer…

Alicia también abraza a Inés. Ahora levanta la vista y murmura:

—Mierda.

Todos se vuelven hacia ella.

Hay ocasiones en las que solo puede pasar lo peor, y uno lo sabe. E incluso mientras está pasando, mientras se suceden cagada tras cagada tras cagada, todo parece transcurrir según un guion que uno tiene en la cabeza. Quizá por eso nadie se sorprende cuando Alicia levanta la mano y señala.

La figura de Gzhala se distingue más allá del quitamiedos y los carriles de la izquierda.

Se dirige a la fábrica.

Inés grita su nombre. Se levanta como movida por un resorte. De nuevo es Samuel quien tiene que sujetarla. Ella forcejea, el policía no sabe de dónde saca las fuerzas, porque casi le derriba. De pronto se ha convertido en una pantera. Sigue gritando el nombre de Gzhala. Las lágrimas le corren por las mejillas. La niña se aleja.

—¡Suéltame! ¡Tengo que ir a por ella!

Y lo peor vuelve a suceder.

Samuel dice:

—No, Inés, tú no puedes ir —traga saliva, la ronquera no se va—. Voy yo.

Como si le hubieran echado un cubo de agua helada encima, Inés enmudece. Nadie se ha dado cuenta hasta ahora, pero el silencio en medio del atasco es patente. No es ensordecedor, qué estupidez. Los silencios no ensordecen. Pero pueden romperte el alma.

El sol aquí no calienta tanto. Hace fresco. Quizá es por los árboles, o por la humedad de la ladera. Cuando sea de noche el frío no dejará dormir. Quién sabe qué habrá pasado para entonces.

La maestra dice:

—Te van a matar.

Samuel se encoge de hombros.

—Eso ya ha pasado. Tú tienes cincuenta y dos niños de los que ocuparte. Yo voy a buscarla.

—Voy contigo.

No es Tote. Tote ha desaparecido. Tote podría ser el asesino que Samuel ha estado buscando. Quien ha hablado ha sido Abreu. Samuel siente un *no* abrupto, visceral, que le nace de las entrañas. Entiende que Abreu quiere que lo diga. Sabe reconocer que se muere de ganas por que le diga que es un inútil, un cobarde, que se

esconde detrás de palabras amargas para no tener que involucrarse. Que no quiere acompañarle; no es más que fachada, para salvar el tipo delante de la maestra, como si importase a estas alturas salvar el tipo ante nadie.

Pero ese *no* nunca llega a surgir del vientre de Samuel. En su lugar brotan dos palabras.

—¿Por qué?

Abreu no varía la expresión cuando dice:

—Tengo cáncer. ¿Sabes lo que es cáncer?

Y de nuevo ese silencio, ese no saber qué va a pasar, esa seguridad de que todo va a ir a peor, cuando el policía contesta:

—Voy a por la pistola.

Abreu dice:

—Yo voy a coger los cochecitos. Los echará de menos.

Samuel sostiene la pistola. La toquetea un poco hasta que da con el modo de sacar el cargador. Lo examina. Está completo, no ha sido disparado ni una vez. No sabe cuántas balas son en total. Un policía lo sabría. Samuel es lo más parecido a un policía que hay por aquí. Un madero.

—Madero.

No se sobresalta. Alicia está junto al coche.

Samuel sale. La puerta cierra en falso. No se molesta en cerrarla bien. Alicia sostiene una botella de agua entre las manos. Se la tiende.

—Llévate mi agua.

Él niega con la cabeza.

—A ti te va a hacer más falta.

—Haz el favor, madero. Llévatela. Aunque sea para darle de beber a la niña.

Samuel rebusca en los bolsillos, saca el paquete de tabaco y el zippo. Queda un cigarrillo. No se detiene a pensar en la ironía. Se lo deja en los labios. Juega con el mechero entre los dedos.

Se conocen desde hace poco, pero de algún modo Alicia sabe lo que le está diciendo.

—No la vais a encontrar con vida, ¿verdad?

—No creo.

—Entonces, ¿por qué vas?

Él sigue jugueteando con el mechero. Se encoge de hombros. Y

lo dice de la forma más sencilla que se le ocurre:

—Algo bueno tendré que hacer antes de irme.

Alicia asiente despacio. No hay tiempo para las prisas, para las malas ideas. Es el momento de irse en paz. De prepararse. No es justo, pero de algún modo lo es.

—Hasta aquí hemos llegado, ¿no, madero?

Samuel no contesta.

—Me habría gustado sentarme contigo en el coche a esperar —le vuelve a tender la botella—. Anda, llévatela. Déjame hacer algo bueno a mí también.

Samuel la acepta. Se la guarda en el bolsillo de la chaqueta. Junto a la pistola.

—Si la veo, le diré que el agua es tuya.

—¿Me das un abrazo, madero?

Él lo hace. Respira el olor de su pelo. Alicia entera huele fuerte. Está sucia. Le da igual. La blandura de sus pechos contra su cuerpo, el calor que emana. Es el último calor que sentirá, eso cree. Cree eso porque aún no ha llegado a esta noche. Las palabras que no digan ahora se quedarán mudas, se ajarán como se ajan las flores viejas y apestarán a mantillo. Pero sería una tontería decir algo. Despedirse. Ya nada significa nada.

—Ten cuidado, madero.

Alicia se separa de él. Vuelve a su coche y se lleva el mundo con ella. Un mundo que se acaba sigue siendo un mundo cuando te lo quitan, cuando el que se va eres tú. Samuel aprieta las manos. Se peina con los dedos. Se siente raro.

Dice:

—Yo quería ser tu héroe. Quería salvarte. Salvar el mundo.

Pero se lo dice al aire. A la llanura. Al fin del mundo.

Abreu le espera junto al quitamiedos. Samuel le pregunta:

—¿No tienes un arma?

Él niega con la cabeza. Puede que esa negativa suponga en realidad una aceptación, un paso final que Samuel no se ha atrevido a dar.

—Pues vamos.

Abreu mira más allá de su hombro y tuerce el gesto. Samuel se vuelve. Alfonso está de pie frente a él, apenas a dos pasos. Para lo voluminoso de su cuerpo, se ha acercado en total silencio. O será

que a Samuel ya no le importa oír lo que pasa a su alrededor.

—¿Vas a venir con nosotros?

El taxista no responde. Tiene la expresión seria, bovina. El ceño fruncido. Parece que está luchando contra sí mismo por hacer algo. Samuel espera que no le abrace. Apesta. Da un par de golpes al zippo y se enciende el cigarrillo que le cuelga de los labios.

—Si has venido a disculparte, no hace falta que lo hagas. —Echa una bocanada de humo al aire—. Todos hemos pasado por…

Alfonso le da un puñetazo en la cara. Es un golpe brusco, apenas sin impulso. De otro modo podría haberle roto el pómulo. Samuel retrocede, trastabilla y cae sentado al suelo. El zippo tintinea. El pie de Alfonso aplasta el cigarrillo entre ellos dos.

Samuel ni siquiera sabe por dónde ha venido el puño. Se le va a hinchar, se le va a hinchar una barbaridad. Pero de momento no siente nada. Podría levantarse y responder a Alfonso. Tirarse encima de él. Un codazo en el vientre lo doblaría por la mitad. Una patada en la sien, dada con la suficiente fuerza, podría matarlo. O un puñetazo en el cuello, a la altura de la nuez.

Entonces Samuel habría encontrado al asesino.

Dice:

—¿Ya estás contento?

Alfonso bizquea. No esperaba palabras. Pasan un par de segundos y da media vuelta. Vuelve al taxi. No mira atrás.

Abreu se ha mantenido al margen, pero ahora se acerca. Le tiende la mano.

—Vámonos. Ya ha hecho lo que tenía que hacer.

Samuel se la acepta.

—Sí. Ahora nos toca a nosotros.

12

LA BARRERA DE LA ENTRADA ESTÁ ROTA. También lo están los cristales de la garita. Dentro hay varios monitores encendidos. Muestran las esquinas del edificio y lo sola que está la carretera que desemboca en la entrada. El trozo que falta de la barrera asoma por la puerta. Una de las pantallas está manchada.

Gzhala las deja atrás. Se dirige al edificio. Solo una de las chimeneas lanza humo. Las demás están muertas. Pasea la vista entre ellas. Está todo manchado, por todas partes. Hay una dentadura postiza tirada en el suelo. También está manchada. La entrada es una abertura enorme y negra, una boca mellada. Podría ser peligroso atravesarla. Gzhala la atraviesa.

No está todo oscuro. Bombillas pegadas en las paredes. Los pasillos son estrechos y hay pintadas por todas partes. Símbolos amarillos y rojos.

Se queda muy quieta.

Algo se ha movido.

La barrera de la entrada está rota. También lo están los cristales de la garita. Chorretones de sangre por todas partes, pero ningún cadáver. No le prestan mucha atención. Contemplan la fachada del edificio principal. La persiana metálica que sirve para cerrarla es ahora un bostezo negro. Charcos de sangre en el suelo. Restos humanos.

Dentro está muy oscuro.

La carretera todavía se distingue a su espalda. La silueta del autobús destaca por encima de la hilera de coches. Hay cabezas giradas hacia ellos. Gente que se debe de estar preguntando qué hacen ahí, cómo se les ha ocurrido acercarse a ese sitio. Los locos. Los locos están ahí dentro. Esperando a que anochezca.

Se miran. Si han pensado en volver, en dejarlo, este es el momento.

Samuel dice:

—Te voy a hacer una pregunta. Me gustaría que me contestases la verdad.

Abreu se pasa la lengua por los labios. Sus ojos descienden hasta la pistola que asoma en la chaqueta del policía.

—Yo no he sido.

—¿Por qué no te esperas a que te pregunte?

—Yo no he sido, Samuel.

Pero en esto hay algo de ritual, de peaje a pagar.

—No te voy a disparar. No sé cómo se usan estas cosas.

—Te juro por Dios que no he sido yo.

—Dime la verdad, Abreu. ¿Lo mataste tú? ¿Mataste al médico? ¿Lo estrangulaste? ¿Le abriste la cabeza a Ruth? ¿Apuñalaste al hippie? ¿Me mataste a mí?

Samuel dice todo esto muy rápido. De pronto tiene la respiración alterada.

Y dice:

—No quiero morirme sin saberlo, Abreu.

Abreu ha levantado las manos en el típico gesto que hacen los culpables cuando los pillan.

—No he sido yo.

Samuel inspira profundo una vez, dos, tres. La mandíbula apretada. Se peina un par de veces con los dedos.

—Ya. Me lo imaginaba.

Abreu enarca las cejas.

—¿Me crees?

Él asiente.

—Eres un gilipollas de campeonato, pero no creo que seas un asesino.

—¿Y entonces por qué me lo preguntas?

Samuel menea la cabeza.

Dice:

—Porque ya no estoy seguro de nada.

Abreu no responde. Normalmente, en estos momentos el genio le juega malas pasadas y se le va la lengua. Pero esta vez es diferente. Esta vez tienen la muerte delante, alrededor, encima.

La puerta da a una nave grande, vacía. Está abandonada, lo ha estado mucho tiempo. Hay cascotes por el suelo y envoltorios de

patatas y litronas rotas y grafitis en las paredes, mensajes y dibujos que podrían ser monstruos. Se distinguen vigas y plataformas que se cruzan sin aparente sentido, aunque qué entenderán ellos. Muchas ventanas están rotas a pedradas; la poca claridad que queda entra a través de ellas. Ojalá hubiesen traído linternas.

Abreu susurra:

—¿Cómo vamos a orientarnos?

—No lo sé. Quizá deberías coger una tubería o algo. Por lo que pueda pasar.

Abreu obedece. Enarbola un trozo de metal. Está muy oxidado, le araña las palmas de las manos. Arruga el rostro, un gesto dedicado a Samuel que se pierde en la penumbra.

Avanzan, todavía no a tientas, pero no falta mucho. Lo único que pueden hacer es atravesar la nave. Todo está muy quieto. El viento que sopla fuera no llega hasta ellos.

Hay maquinaria abandonada, herrumbrosa y llena de aristas. Llevan un rato aquí dentro y aún no aciertan a distinguir qué tipo de fábrica es. Papel, piezas, embotelladora. No saben por qué está aquí, detrás del túnel, en mitad de la nada. Aunque quizá haya una ciudad cerca, un pueblo, una pedanía, algo que abasteciera la fábrica antes. Quizá trabajaban aquí los abuelos de los que ahora están a punto de morir. Quizá si dan media vuelta, salen y echan a andar carretera abajo, lleguen a tiempo. Pero a tiempo de qué.

Es solo un tintineo. No es más que eso. Pero un tintineo es un sonido aterrador en un desierto, en un cementerio, en un lecho de muerte. Abreu lo secunda con un gemido de niño en mitad de una pesadilla. Samuel traga saliva. El tacto de la pistola sigue sin reconfortarle. Le hace una seña al periodista. No se para a ver si le sigue. La claridad está a punto de escurrirse por las ventanas.

Pronto será de noche.

Veinticinco, veintiséis, veintisiete.

Inés les va tocando la cabeza. Uno a uno. Huele el pelo de algunos. A otros les acaricia, o les deposita un beso ligerísimo en la coronilla. Los hay que duermen abrazados, los asientos echados hacia atrás lo poco que pueden. Tienen llagas en la boca, la piel paliducha, las caritas hundidas, todo pómulos y cuencas. Adivinar la calavera de un niño es algo espeluznante.

Qué valientes han sido. Sus niños. Ay, sus niños. Ya se han

dormido. Las cortinas del bus están cerradas. Inés es la única despierta. Y está sola.

Fuera hay monstruos.

Cincuenta y dos. Cuenta hasta el último de ellos. Reza un padrenuestro de corrido. El sol ya se ha escondido tras el horizonte. Quedan minutos de claridad. Un viento desganado sisea entre las ramas de los árboles. A lo lejos se divisa la fábrica. Se pregunta si les habrán matado. Dios mío, que no les hayan matado. Que traigan sana y salva a Gzhala. Pero en esta hora de sombras no es tan fácil engañarse. La noche no admite las mentiras que el sol acepta con indulgencia de madre.

No quiere quedarse sola. Esto Inés lo sabe. No quiere estar sola cuando pase.

Será solo un momento.

Sale. La puerta del autobús se abre y vuelve a cerrarse tras ella. Mira alrededor. No hay nadie fuera. Todo el mundo se está poniendo en paz con Dios. Están sentados en sus coches, esperando. Decidiendo qué será lo último que piensen, las últimas conversaciones que tengan, qué merece la pena recordar antes de que suceda.

Se acerca al coche. Golpea con suavidad el cristal. El cierre salta. Inés se asoma dentro.

—¿Te importa? Necesito hablar con alguien.

Alicia niega con la cabeza. Le sonríe.

—Pasa.

Es difícil entender lo que sucede a continuación. En un momento se oye el sonido y al siguiente están avanzando. La luz mengua cada vez más. No se distingue nada. Se encuentran en medio de pasillos que se entrecruzan. Caminan muy despacio, a tientas. Hay puertas cerradas y otras entreabiertas. Asesinos detrás de cada una de ellas. Luego aire y una nada negra que se atraganta. Esquivan cascotes. Son dos ciegos rodeados de objetos punzantes. Tropiezan. Resbalan. Pasan por encima de muebles tirados en mitad del suelo. Suben una escalera estrechísima. No deberían haber hecho eso. Al final hay otro corredor más amplio. Abreu resuella a su espalda. Por su boca salen vaharadas de miedo. Ambos creen que algo o alguien camina delante de ellos, pero no lo dicen en voz alta. Podría ser verdad. Es imposible verlo. En su cabeza resuenan pasos. Una respiración.

Quizá no esté en su cabeza. Los cristales que se hacen añicos cuando los pisan. No deberían seguir, pero no hay manera de parar. Si paran tendrán que dar media vuelta. Hay cables colgando del techo. Samuel los esquiva como si fuesen a enrollarse alrededor de sus brazos, de su cintura, de su cuello. Le da miedo mirar las pintadas en las paredes y descubrir su nombre grabado en ellas. Hola, Samuel. Bienvenido. Abreu tropieza, quién sabe con qué. Cae al suelo. Grita y se arrepiente al instante. La barra tintinea contra el cemento. Samuel sacrifica dos segundos en volver y levantarle de un tirón. Ya saben que están aquí.

Y de pronto llegan. Llegan y reconocen que han llegado y que les han estado esperando y que aquí termina todo y que ya ha anochecido y Samuel sabe que aquí es donde Abreu y él van a morir.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Alicia dice bien, y esa palabra sabe tan rara como suena. Cómo sentirse bien, cómo encontrarse bien ahora, precisamente ahora, que ya ha anochecido. Dentro de esta chatarra roja. Tan lejos de todo.

—¿No tienes dolores?

Alicia aprieta los labios, un gesto que Inés no sabe interpretar. Niega con la cabeza.

—Puedo darte un masaje en los pies. Mi hermana tiene cinco niños y con el tercero se le llenaron las piernas de varices…

—Inés.

—Creo que en el botiquín del autobús hay alcohol de romero…

—Inés.

—¿Qué?

—No necesito que me des un masaje.

Ella baja la vista.

—Solo pretendía ayudar.

—Ya. Ahora dime por qué has venido y déjate de hostias.

La maestra suspira. Mira a través de la ventana. Fuera está la noche.

—No estoy preparada, Alicia.

Alicia atiende. Para qué preguntar. Para qué instarla a que hable de lo que nadie quiere oír. Sus manos reposan sobre su vientre. La

piel tirante. Se siente incómoda, pero eso no es nuevo. Quizá un poco más incómoda de lo normal, quizá un poco más dolorida. De pronto piensa en Ruth y en su coche.

Inés dice:

—¿Crees que Tote estará por ahí suelto?

—No lo sé.

—¿Y crees que es el asesino?

—No lo sé, Inés.

Ella la mira. Le brillan los ojos.

—Soy una mala persona, Alicia.

—¿Por qué dices eso?

La primera lágrima rebasa el párpado. Vendrán más.

—Porque he hecho cosas malas. He hecho… cosas que no debería haber hecho. Y las he pensado. Y ya sé que este no es mi castigo, que esto no es por mí y que pensar eso es soberbia, pero no puedo evitar pensar… —solloza—… cuando anochece… no puedo evitar pensar.

Alicia se retrepa hacia atrás.

—Sea lo que sea, Inés, seguro que no es tan malo.

Ella se aparta. Niega con la cabeza.

—He rezado para que me matase a mí, Alicia. Para ser yo la siguiente.

—¿Qué?

Inés asiente. No puede parar de llorar.

—No quiero ver el final. No quiero estar aquí cuando el mundo se acabe. Sé que es pecado y que no está bien pensar estas cosas, pero bien sabe Dios que si tuviera valor, si tuviera valor…

—No digas eso, Inés. Tú tienes mucho valor. No has dejado a los niños solos…

Ella la mira de nuevo. Y hay algo distinto en su expresión.

—A los niños también me los llevaría conmigo.

Si Alicia va a contestar algo, no llega a hacerlo. Una punzada de dolor la atraviesa de parte a parte. Se inclina hacia delante. Suelta un alarido.

Cuando se vuelve hacia Inés, encuentra en los ojos de la maestra el mismo miedo que hay en los suyos.

Gzhala está sentada en mitad de la escalinata de la izquierda. Abreu es quien se fija en ella. Samuel ni siquiera la ha visto. Está

contemplando algo mucho peor.

El pasillo termina en una plataforma. Están en el primer piso de una sección amplísima. Unas luces rojas iluminan el interior. En el centro de la nave se levanta la chimenea principal, un monstruo hecho de ladrillo cascado cuya barriga hinchada aún desprende ráfagas de un calor horroroso. Un insoportable olor a mierda, a carne cruda, a matanza, se mete a puñados en la nariz.

Alrededor de la chimenea, cuatro fosos ocupan el resto de la nave. Los locos se arremolinan en torno a ellos. Yacen en el suelo, despatarrados, algunos todavía dormitan. Otros, acuclillados unos junto a otros, roen algo que, por suerte, Samuel no llega a distinguir.

La plataforma en la que están se abre a dos escalinatas que descienden hasta la parte de abajo. Gzhala, ahora sí la ve, está sentada en mitad de una de ellas, la de la izquierda. No hace nada, sigue en su mutismo.

Antes de que Samuel pueda detenerlo. Abreu baja los escalones. Se agacha junto a la niña. Susurra:

—Hola, enana. Mira lo que te he traído.

Le tiende la mano abierta. Bajo la luz roja. Samuel distingue los dos cochecitos de juguete.

La niña alza los ojos y le mira.

—Mamá —dice.

El policía tiene ganas de estrangular a Abreu. Tiene ganas de estrangular a Gzhala. Pero no se atreve a moverse. Tiene miedo de lo que pasará si mueve aunque sea un músculo.

Uno de los locos se gira en su dirección. Se acerca despacio. Tiene algo en la mano. Abreu también lo ha visto. Se levanta y baja un escalón. Uno pensaría que se trata de la vieja. De alguno de los que mató a Cándido. En ello habría una especie de justicia poética, una de esas ironías que uno nunca se creía en las películas de antes, cuando todavía había películas y el horror no era dueño de la tierra.

Pero no es la vieja, aunque lleva un cuchillo en la mano.

Samuel reconoce ese cuchillo. Lo ha visto antes.

El loco llega hasta el pie de la escalera. Está en calzoncillos. Primero mira a Abreu, luego a la niña. Pero su rostro solo se altera cuando su mirada asciende hasta Samuel. Y dice:

—¿Qué pasa, socio? ¿Cómo vas de agua?

Ya ha anochecido. Nada se mueve en la carretera. Hay muchas luces encendidas. Las de posición, las interiores de los coches. La caravana del hippie está a oscuras. También lo está el coche de Cándido. En su interior ya no hay nada.

Y hay otro coche a oscuras. Las ventanas no muestran su interior. Como si se hubiesen vuelto opacas de pronto. Quizá sea mejor. El coche es un taxi, blanco, con muchas cagadas de pájaro encima. Quién sabe lo que pasa dentro. Quién sabe qué cadena de acontecimientos, de ideas negras, de decisiones suceden en él para que ahora, en ese preciso momento, la puerta de este taxi se abra.

—Parece que después de todo no voy a ver el mar, socio.

Tote va en calzoncillos. Se entiende, con el calor que desprende la chimenea. Chorros de sudor recorren la espalda de Samuel, su frente, sus piernas. Tiene los huevos aplastados contra el cuerpo y la polla encogida. Probablemente su miedo tiene que ver con que Tote está cubierto de sangre de la cabeza a los pies, con el cuchillo que tiene en la mano y con el hecho de que otros locos se están volviendo en su dirección.

—¿Ves esos estanques? —continúa hablando para Samuel, como si Abreu y la niña no existieran—. Antes servían para purificar no sé qué, socio. Me lo han contado, pero se me ha olvidado. Ahora están llenos de carne. La traemos a rastras hasta aquí y echamos los trozos ahí dentro. Te acostumbras enseguida al olor. Cuando llegue el momento, nos zambulliremos nosotros también.

Samuel boquea.

—No me preguntes por qué, porque no lo sé. Pero sé que tiene sentido, socio. Nos llamáis locos, pero esto es lo más cuerdo que he hecho en mi vida. El mundo se acaba y esto es lo que hay que hacer. Porque es ahora o nunca, socio. Mi colega el Mauro está aquí. Y mi madre también. Solo somos cincuenta y tres, pero les he visto. Te lo juro por Dios.

—Hijo de la grandísima puta —escupe Abreu—. Estaba seguro de que eras tú quien había matado al médico.

Es entonces cuando Tote repara en él de verdad. Se acerca un par de pasos.

—¿Qué voy a matar yo al médico, hombre? Yo no he matado a nadie en mi vida.

Y cuando lo dice, hay verdadera indignación en él. Todo lo

indignada que puede estar una persona embadurnada de sangre que enarbola un cuchillo enorme.

—Esto me lo encontré en la caravana del hippie. Me desperté por la noche y fui a hablar con él, pero me lo encontré degollado. Y comprendí. Supe que tenía que venir aquí. Que lo habían dejado para mí, para invitarme a la familia. No voy a morir solo, Samuel. Estoy en casa.

Samuel traga saliva. Todavía no se ha acercado nadie, pero los demás se están despertando. Muchos les miran de pie, muy quietos, como si les sorprendiese ver a alguien manteniendo una conversación en estas circunstancias, como si solo ellos fueran lo suficientemente lúcidos como para ver lo absurdo de su discusión.

—Tote, por favor. Si queréis esperar a que se acabe el mundo aquí abajo, no os lo vamos a impedir. Pero por favor, deja que nos llevemos a Gzhala.

Eso hace reaccionar a Tote. Da otro paso adelante y se inclina para mirar a la niña.

—Hola —le dice. Qué terrible, qué horrenda puede ser una sola palabra cuando encierra la promesa de lo que te harán a continuación.

Y esa sencilla palabra lo pone todo en marcha.

—¡No te acerques a ella! —chilla Abreu.

Tote lo apuñala. Le hunde el cuchillo en un lado del cuello. La herida deja escapar un borbotón de sangre, oscura bajo la luz roja.

El periodista cae de rodillas. Se aferra a Tote. Sus manos resbalan sobre su piel arrancando costras de sangre seca.

Gzhala despierta de pronto. Empieza a gritar.

—¡Mamá, mamá, mamá, *mamámamámamá*!

Los cochecitos caen de su mano y chocan en el suelo. Samuel los ve. No es ni un parpadeo, algo infinitamente más pequeño que un segundo. Menos tiempo del que tarda una estrella en morir o el mundo en acabarse. Ve los cochecitos, rojo y amarillo. Oye a la niña gritando. Esa palabra: mamá. Los cochecitos. Mamá. Rojo y amarillo. Mamá, mamá, mamá. Y algo se mueve en su cabeza.

Gzhala es una niña muy sensible
la gente piensa que hay muchos motivos para matar a alguien
mamá, mamá, mamá
en realidad son siempre los mismos

los niños han estado preguntando por sus padres todo el tiempo
mamá, mamá, mamá
pero ella no
mamá
te preocupa que viese lo que le pasó al médico
mamá
se exponen al peligro
mamá
motivos para matar a alguien
mamá
son siempre los mismos

Lo siguiente que sabe es que está disparando.

Alicia se dobla sobre sí misma. El dolor le provoca calambres en las piernas. Se cubre la barriga con una mano. Suelta un gemido. Inés da un salto.

—¿Es el niño? Ay, Dios mío. ¿Es el niño? ¿Ya viene?

Alicia se gira hacia ella. Tiene el rostro desfigurado en una mueca. Consigue negar con la cabeza y decir:

—No es el niño.

Un olor turbio, sucio, irrumpe en el coche. Inés mira a un lado y a otro. No sabe qué hacer. Palmotea.

—Tenemos que reclinarte, tenemos que prepararnos. Ay, que yo no he hecho esto nunca, Dios mío.

Alicia no responde. Sus manos se aprietan en puños diminutos. Las gafas se le caen al suelo. Inés está fuera de sí.

—Tenemos que usar algo para esterilizar. ¿Tienes toallitas? ¿Alcohol?

Toquetea la guantera. Alicia alarga una mano para detenerla, pero no llega a tiempo. Inés abre la guantera y su contenido se desparrama por el suelo.

De pronto se hace el silencio. Inés mira el contenido de la guantera. Lo contempla con la boca abierta. Alarga una mano temblorosa y recoge del suelo una de las cosas que ha caído de la guantera al abrirla. La sostiene en alto, entre ella y Alicia.

Alicia mira a Inés. Alicia no mira el objeto que Inés sostiene entre los dedos. Alicia ya sabe lo que Inés le está enseñando. Es un llavero. Las llaves de un coche. Unas llaves electrónicas, que abren un coche desde fuera. Y que también lo cierran desde fuera.

Están envueltas en una funda azul chillón. Una funda con un dibujo de Bob Esponja. Una funda como la del volante del médico.

Alicia la mira.

Inés boquea, sin saber que en este mismo momento Abreu está muriendo, dibujando con los labios el nombre de Gzhala. Inés no sabe que la niña es lo último en lo que piensa Abreu.

Alicia dice:

—Me dio sus llaves de repuesto.

Inés niega con la cabeza. No quiere oír lo que está diciendo Alicia. No quiere oír nada. En este momento solo quiere salir de ahí.

Alicia dice:

—Me dijo que podía pasar por su coche cuando quisiera.

El dolor de la primera contracción ha pasado. Inés tiene la boca todavía abierta, los ojos desorbitados. Tantea el cierre, lo acciona.

Alicia dice:

—Aunque fuese de noche.

La puerta se abre. El aire de la noche entra con timidez en el denso ambiente del coche.

Alicia abre su puerta también. Se gira con dificultad y sale. En el asiento hay una mancha de sangre, justo en el hueco de sus piernas.

Las dos mujeres se miran por encima del coche. Inés no para de negar con la cabeza. Alicia la observa en silencio. Y sigue observando cuando una sombra enorme, gigantesca, inabarcable, surge de entre la oscuridad detrás de Inés, cuando un brazo peludo la rodea y una mano encallecida se cierra sobre su boca. Alicia contempla cómo esa sombra arrastra a Inés, se la lleva consigo.

No hace nada por impedirlo.

Alicia bordea su coche con dificultad. Tiene miedo. Los calambres se repiten, dentro de poco llegará otra contracción. Se agarra la barriga y resopla. Le tiembla la mandíbula. Pasa junto al taxi. La puerta está abierta. Se acerca despacio al coche de Abreu. Va hasta la parte de atrás. El dolor nace en su abdomen. Ya llega. Se oyen ruidos en la oscuridad, el llanto de Inés entre los coches. Llega hasta ella el sonido de varios golpes. Alicia cierra los ojos, cierra los oídos. El dolor, el de verdad, ya está aquí. Se aplasta contra la carrocería del coche de Abreu hasta que mengua. Tantea el cierre y abre el maletero. Dentro está el bidón de gasolina que Abreu y Alfonso sacaron del coche del médico. Aunque Alicia no cree que

fuera médico.

La sangre le corre por los muslos.

Hurga en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Saca un zippo plateado con una calavera grabada.

Samuel tampoco ha matado nunca a nadie.

No necesita mucha preparación para hacerlo.

El primer disparo acierta a Tote en el pecho. Resuena como una bomba en mitad de la nave. Samuel nunca ha disparado, no sabía que un arma hiciese tanto escándalo. El retroceso le lastima la mano. No se para a pensar en el dolor. Coge a Gzhala entre los brazos. La niña no deja de gritar, su voz es un punzón que le perfora los oídos. El corazón de Samuel late muy, muy, muy lentamente, pero cada latido duele como un martillazo en su pecho. Los locos aúllan. Samuel corre y sigue corriendo y corre aún más y no deja de disparar y la niña pesa demasiado como para llevarla con él y quiere dejarla atrás y que la asesinen mientras él escapa y no puede, no puede, no puede hacer eso y tiene que seguir corriendo y un cable estalla en una lluvia de chispas que le espanta más si es que eso es posible y la pistola se le ha caído o la ha soltado y la niña sigue chillando pero ya no oye a los locos y no sabe dónde está, dónde está, dónde cojones está.

Y está fuera.

Fuera es de noche. Gzhala ha dejado de gritar. Por un momento cree que está muerta, pero se da cuenta de que aún sigue agarrada con fuerza a él. Le encantaría consolarla, pero es incapaz de hablar. Es incapaz de hacer nada que no sea abrazarla a su vez con todas sus fuerzas, aferrarse a ella como si fuera lo único bueno que ha hecho en su vida, lo que se llevará antes de que todo acabe.

Las lámparas de la entrada están encendidas. No sabe si es un sistema automático o si alguien las ha encendido y ese alguien le está esperando agazapado en la garita. No le importa. Está seguro de que, si se gira, los locos estarán ahí, justo en la línea de oscuridad que separa el interior de la fábrica del resto de la noche. Así que no se gira. Afianza a Gzhala en sus brazos y corre hacia la autopista. Lo ha conseguido.

En ese momento ve el fuego.

Inés está llorando. Alfonso le da un puñetazo en el estómago. Ella se dobla sobre sí misma y vomita por la boca y por la nariz. Él gira el

cuerpo solo un poco, lo suficiente para que no le salpique. El siguiente puñetazo se lo da en la boca. Escupe sangre, le ha partido el labio y tres dientes, que también escupe. Aunque Inés es una mujer corpulenta, el peso de Alfonso la paraliza en el suelo. Quizá sea el miedo. O la vergüenza. Alfonso le clava las rodillas, los codos, forcejea, intenta abrirle las piernas a golpes de cadera. Inés las vuelve a cerrar. Él se echa hacia atrás y le da un puñetazo en el pecho, tan fuerte que Inés cree que se va a desmayar. No se desmaya.

Grita. Grita hasta desgañitarse la garganta y no hay nadie que responda. Le araña los brazos, intenta hacer lo mismo en la cara, pero él le pega más. Le está lamiendo la cara, el cuello. Con una mano le destroza la camiseta. Le arranca el sujetador y le aprieta las tetas, muy fuerte. Las chupa. Las muerde. Le hace sangre. Ella sigue gritando. Alfonso la abofetea. Inés nota que su ojo se está hinchando. No siente el labio inferior, aunque una especie de calor sordo se está extendiendo por toda su cara. No ve nada en el lado derecho. Por favor, está pensando, por favor, Señor, por favor, por favor. Alfonso vuelve a cargar el peso sobre ella, la inmoviliza. Su mano derecha forcejea con el botón de los vaqueros mientras vuelve a darle un puñetazo, esta vez en el hombro. Alfonso resuella. Su olor, repugnante, le llega hasta lo más hondo. Déjate hacer, dice alguien. Déjate hacer. No es la voz de Alfonso. Inés la oye en su cabeza. Déjate hacer, deja que lo haga y que pase pronto. Si te resistes te seguirá pegando. El dolor no es nada comparado con la pena.

Algo está ardiendo cerca. El resplandor del fuego llega hasta ellos. Pero la cordura de Inés se desmorona solo en el momento en que oye los gritos de los niños.

La puerta del autobús está cerrada. Las ventanas también.

A Rodri le estaba subiendo la fiebre. Carolina necesitaba ir al baño cada quince minutos. Ahora los niños se aprietan contra las ventanas. Sus siluetas negras resaltan contra el fuego que arde en el interior del autobús. Se están quemando. Las bocas abiertas, todas dientes blancos y lenguas retorcidas. Las manitas golpeando contra los cristales. A una silueta se le incendia el pelo. Probablemente es una niña, porque lo tiene largo. Es difícil distinguirlos entre el humo. La silueta se aparta de la ventana y corre por el pasillo. Agita

los brazos hasta que cae al suelo y desaparece. El sonido que hacen sus gargantas pidiendo ayuda es algo que nadie, jamás, debería oír.

A Rodri le estaba subiendo la fiebre.

Carolina necesitaba ir al baño cada quince minutos.

Inés grita y llora y pide a Dios que Alfonso la mate, que Alfonso la mate ahora mismo porque no puede seguir oyendo cómo el fuego devora a sus niños. Dios no la escucha. El botón de sus pantalones salta. Alfonso la libera por un instante de su peso y echa de un tirón sus pantalones abajo. Inés le da una patada en el costado. Alfonso descarga los dos puños sobre su barriga. Tan fuerte que la vista de Inés se apaga por unos instantes. Para cuando la recupera, Alfonso vuelve a estar sobre ella. Inés se rinde.

Los dedos de Alfonso le hurgan dentro. El dolor es un cuchillo. Se los lleva a la boca, escupe sobre ellos y vuelve a hurgar. La impregna de su saliva y se prepara. Inés cierra los ojos. La polla de Alfonso se aplasta contra ella. Está fláccida.

Hay una cosa negra en la expresión de Alfonso. Vuelve a manosearle las tetas. Hunde la cara en su cuello, aspira, lame. Los chillidos de los niños cada vez están más lejos. Las lágrimas empantanan la garganta de Inés. Alfonso lo intenta de nuevo, pero su polla está fláccida. Se la masajea él mismo, pero su polla está fláccida. Le enseña una ristra de dientes torcidos y apestosos, se frota contra ella. Pero su polla está fláccida.

Se aparta. Inés respira, pero quiere no respirar. No se mueve. Tiene la blusa destrozada, los pantalones y las bragas por los tobillos y por dentro está hecha trizas.

—Esto no —dibujan sus labios sin sonido alguno—. Esto no me lo merezco.

Alfonso ya no es una silueta negra e inabarcable. Es un taxista cuarentón con sobrepeso que le ha pegado una paliza y ha intentado violarla. Pero su polla está fláccida.

Se levanta. Inés le mira desde el suelo.

Dice:

—No me merezco esto. Nadie se merece esto.

Alfonso da un paso atrás. Y otro. Y otro más hasta que desaparece en la noche.

Inés no le sigue con la vista.

Mira al cielo.

Está cambiando de color.

Alfonso retrocede. Se aleja de Inés como si fuese un monstruo. Es el monstruo que Alfonso lleva dentro, la bestia hambrienta que es la vergüenza, la pena y el bochorno de comprobar que se ha convertido en esto. No puede respirar. El mundo cada vez está más oscuro. Retrocede y en cada paso atrás ruega toparse con un barranco. Se da cuenta de que todo lo que ha hecho hasta hoy han sido pasos atrás.

El primer pájaro cae cerca de él. Es de noche, no debería estar volando. Y sin embargo cae, con un sonido de guante empapado. Le siguen un par más. Alfonso alza la cabeza y lo ve.

El cielo.

Ese color incómodo. Está aquí. Ha llegado hasta ellos. Les ha dado alcance, pero a Alfonso ya le da igual. Las puertas de los coches se están abriendo. Las primeras cabezas se asoman, llegan las expresiones de terror, los gritos. La gente empieza a correr, algunos siguen la carretera hacia delante, otros regresan por donde vinieron. También los hay que se internan en la llanura.

Alfonso se acerca al autobús. Las llamas lo envuelven. El calor es agradable solo en un primer momento, pero tan cerca se vuelve insoportable. Da una patada a la puerta. Su rodilla se resiente. Da otra. Otra más. La puerta se abolla, luego se abre un resquicio. Alfonso forcejea con ese resquicio. Ampollas gordas como tomates brotan en sus manos. El humo lo ahoga. De un brutal tirón, Alfonso desencaja la puerta. Lo suficiente, al menos.

Alfonso entra en el autobús. Las llamas lo envuelven en un abrazo de madre. Nadie ve cómo sus ojos explotan por el calor. Nadie ve su expresión. En medio de la bruma del dolor, Alfonso piensa en águilas. En gente durmiendo entre cartones.

El autobús sigue ardiendo cuando Samuel y Gzhala rebasan el quitamiedos. El policía cierra los ojos. La niña se aprieta contra él. Temblando.

—Mamá —dice una sola vez.

Atraviesa los tres carriles de sentido contrario. Cuando bordea el autobús, la gente que huye es ya una muchedumbre, un hormiguero desbocado por el terror. Para él no existen, ni siquiera les ve cuando pasan a su lado. El mundo ha quedado reducido a la niña colgada de su cuello, a esos tres carriles, a ese autobús en llamas y a lo que

le espera detrás. El olor a carne quemada es un millón de veces más fuerte que en la hoguera que dejaron atrás. El calor le acaricia el rostro. Al otro lado está su coche. Sentada en el suelo, apoyada en la puerta en medio de un charco de sangre, está Alicia. La persona que Gzhala vio estrangulando al médico hace un millón de años.

La mamá.

—Hola, madero.

—Hola, Alicia. Por fin te he encontrado.

13

—¿CÓMO LO HAS SABIDO?

Samuel niega con la cabeza.

—Yo no lo he sabido. Lo sabía Gzhala. Lleva todo el tiempo diciéndolo. Solo había que escucharla.

Alicia tuerce el gesto. Puede que no le comprenda o puede que esté teniendo otra contracción, porque el círculo de sangre que la rodea como lo opuesto a un aura se hace más grande.

Dice:

—¿Vas a preguntarme por qué?

Samuel se encoge de hombros.

—¿Importa ya?

Ella reflexiona su pregunta.

Está muy pálida.

—Me gustaría que lo último que haga sea contarlo.

—Entonces cuéntamelo.

Alicia niega con la cabeza.

—No, madero. Así no. Pregúntame tú.

La idea de no hacerlo pasa por la cabeza de Samuel, de darse la vuelta y huir él también. Pero huir implica que hay un sitio al que escapar. Eso es lo que nadie en todo el atasco ha entendido. Tiene a Alicia frente a él. Gzhala, siempre en silencio, se aferra a su cuello. El cielo tiene ese color incómodo. Su sueño se ha cumplido, aunque como todos los sueños, en la realidad no es como esperaba.

—¿Por qué mataste al médico?

Ella arruga la cara. Se inclina hacia delante unos segundos, aguantando la oleada de dolor.

—Está muerto.

—Eso ya lo sé.

—No, madero. No me refiero al médico.

Él parpadea. Tarda en comprender lo que tarda el mundo en

acabarse un poco más.

—El niño.

—David. Iba a llamarse David. Mi hijo. El médico me auscultó con lo poco que tenía. Me dio la noticia hace cuatro noches. Me dijo que sin el instrumental correcto no podía estar seguro, pero que su corazón no latía.

—¿Te dijo por qué?

—Me dio una explicación que no quise oír. Estadísticas. Mierdas.

—Preferiste negar lo que había pasado. Matar al único que sabía que estaba muerto.

Ella esboza una sonrisa amarga.

—Como si matando al único que sabía que mi niño estaba muerto le fuese a devolver la vida, ¿eh? Vaya idiota.

Samuel mueve la cabeza. De pronto, comprende.

—Por eso saliste corriendo cuando viste al hijo de Ruth.

Alicia asiente. La sangre a sus pies se extiende.

—No podía concebir que hiciera eso con su hijo.

—Era un acto de amor, Alicia. Lo llevaba a enterrarlo.

—¡Vete a la mierda! —debería haber sido un grito, pero es más un gemido—. Su hijo muerto. Llevaba a su hijo muerto dentro.

—Estás chiflada.

Pero Samuel no se lo cree. Decir que Alicia está loca sería una excusa fácil, y el tiempo de las excusas ha pasado. Le basta una mirada para saber que está cuerda. Tan cuerda como esas personas embadurnadas en sangre dentro de la fábrica. Esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba. Todos esos asesinatos tienen sentido para ella. Todo lo ha hecho por su hijo. Samuel no podrá jamás entender qué siente una mujer cuyo hijo muere después de llevarlo en su cuerpo durante nueve meses. Pero Alicia no está loca, y eso es lo más aterrador.

—Tenías razón, no hacía falta alguien muy fuerte para aplastarle la cara a Ruth con la llave inglesa.

Si Samuel tuviese aún la pistola, si no la hubiese soltado o se le hubiese caído en la fábrica, ahora mismo estaría apretando el gatillo frente a la cara de Alicia, una y otra vez. Aunque no tuviera balas. Agarra a Gzhala con más fuerza.

—Lo que no entiendo es por qué me dejaste vivir a mí.

—Cuando la vieja me tocó la barriga y me dejó vivir, pensé que

lo había hecho por el niño, que el médico se había equivocado y que sí estaba vivo. Pero tuviste que venir a mi coche con tus carantoñas y tus cariñitos y decirme que querías cuidar de nosotros. Me recordaste la pura verdad: que nadie iba a cuidar de nosotros. Que David se me había muerto dentro. Quise matarte, sí.

—Pero me dejaste vivir.

—No te maté porque no te lo mereces, madero.

—¿Y los demás sí?

—¡Los demás sí! —ya no es más que un susurro. Alicia se desangra. Su hijo muerto la está matando—. Pero tú no. Te dio un yuyu de esos que te dan y te quedaste tieso. Pensé que te había matado, pero después te tomé el pulso. Fue un alivio.

—Pero tenías que matar a alguien porque era de noche.

Alicia suelta un resoplido. El cielo resplandece. Ese color incómodo lo domina todo. A Samuel le cuesta trabajo centrar la vista. Gzhala tiembla en sus brazos.

—Tú y tus teorías. Matar de noche, quien habla con el hippie muere.

—¿Me equivoco?

—De cabo a rabo, madero. Maté al hippie con el cuchillo de Cándido porque se lo conté. Me invitó a fumar y se lo solté. Cuando se me bajó, me di cuenta de lo que había hecho y tuve que matarlo.

—Así, sin más.

—Sin planes maquiavélicos ni esquemas, madero. La vida es una cosa absurda.

—Un momento. ¿Cómo que el cuchillo de Cándido?

A Alicia se le están cerrando los ojos. Su piel ya es de cera.

—Ay, madero. Ninguno de tus compañeros de viaje es lo que tú pensabas que era.

Samuel la mira, desconcertado. Alicia se va. Se prepara para reunirse con su hijo David. El mundo se acaba. La gente sigue corriendo a su alrededor. Ese color ya es dueño de todo. Ha llegado la hora. Solo queda una última pregunta por hacer. No es una pregunta, es una súplica.

—Dime que no has sido tú quien ha prendido fuego al autobús.

Alicia levanta la cabeza, solo un poco. Un hilillo de saliva se le queda entre los labios.

—El futuro ha muerto. Mi niño ha muerto. No va a haber

mañana. No hay nada que salvar, Samuel.

Se interrumpe. Su teléfono suena. Alicia manotea en el aire como si quisiera espantar el sonido. Lo saca y lo sostiene frente a su rostro de muerta. La luz de la pantalla le ilumina la cara. No hay nada más en el mundo, solo Alicia, la cara de Alicia en ese resplandor. Alicia pulsa la pantalla y se lleva el móvil al oído.

Dice:

—Soy yo.

Y así muere. Sin epílogos, sin redenciones. La asesina que lleva buscando desde hace días, la que iba a dar sentido a sus últimas horas. Es la última vez que Samuel interroga a un sospechoso. Es la primera vez que lo hace. Ya no distingue la diferencia entre el cielo y la tierra. El color ha llegado. Y el estruendo.

—Samuel.

Entre la claridad cegadora se distingue una figura. Está desnuda de cintura para arriba. Se acerca, tambaleándose. Muy magullada, tiene el ojo cerrado y la cara destrozada. Pero consigue llegar hasta él. Hasta Gzhala.

—Lo has conseguido, Samuel. La has salvado.

Samuel abraza a Inés. Gzhala, entre ellos. Caen de rodillas en el suelo. De pronto se dan cuenta de que están rodeados de gente. Gente que levanta las manos al cielo, que se cubre la cara ante ese color que cada vez es más intenso. Están en mitad de un atasco, perdidos en un lugar que no es un lugar. A su alrededor hay personas que rezan, que follan, que se arrepienten, que lloran y que meditan y que corren y que aúllan porque ya no queda tiempo para esperar al final, porque el final ya está aquí, porque el fin del mundo pasa cada vez que alguien muere, porque están rodeados de miles de fines del mundo, porque lo que hagas ahora será lo último que hagas, porque esto es lo que pasa cuando el mundo se acaba. Así que Samuel cierra los ojos y aspira el olor de esa mujer y de esa hija que ahora son su mujer y su hija, que le dan sentido a lo último que ha sido, a lo que ha sido siempre. Las abraza con más fuerza y ellas responden a su abrazo. Es la última vez que Samuel abraza a alguien y en su último pensamiento se le ocurre que, en realidad, esto sí se parece a su sueño.

Frankfurt, 31 de enero de 2014

Agradecimientos

El autor quiere expresar su agradecimiento a las siguientes personas: Mamen de Zulueta, Guillem López, Miguel Puente, Rubén Sánchez, Sandra Vázquez, Alexander Páez, Miquel Codony, Antonio Torrubia, Fernando Martínez, Jesús García, María Angulo, Ángela Pérez, Jacobo Cortés, David Abeijón, Octavi Segarra y Jorge Lara. Sin ellas no habría sido posible acabar esta historia.

PRONTO SERÁ DE NOCHE
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN MAYO DE 2015
POCO ANTES DEL
APOCALIPSIS

JESÚS JIMÉNEZ CAÑADAS (Cádiz, España, 1980). Escritor español afincado en Berlín. Siempre vinculado a la literatura de género, sus relatos han aparecido en revistas como *Asimov Magazine, Lovecraft Magazine, Miasma* o *Aurora Bitzine*; así como en las antologías *Visiones 2008, Errores de Percepción, Calabazas en el Trastero, Ácronos, Fantasmagoría* o la más reciente *Charco Negro*.

En 2011 publicó su primera novela, *El baile de los secretos*, llegando a ser finalista a Mejor Novela en los Premios Scifiworld. *Los nombres muertos* es su segunda novela.

Viajero incansable, ha vivido en más de trece ciudades en los últimos diez años. En la actualidad reside en Alemania, donde compagina la literatura de género con su trabajo en la Feria del Libro de Frankfurt.